
JORGE ORTEGA
LAS MALAS COSTUMBRES
Grijalbo

JORGE ORTEGA

Las malas costumbres

Grijalbo

A mis hijas, a mis padres y a todos los que me quieren,
porque vivo en ellos

El mal existe, pero no sin el bien, como la sombra existe, pero no sin la luz.

ALFRED DE MUSSET

1

—Me va a perdonar, mi brigada, pero el caso está bastante claro —se jactó el sargento Calleja, recostado en la silla de su oficina, después de inspirar como un resucitado—. No hay duda de quién es el asesino.

Parecía algo más joven que yo, menos de treinta, pero su gestualidad transmitía aplomo, seguridad en sí mismo. Era una de esas personas encantadas de ser orador y audiencia a la vez. Lo podía imaginar ensayando discursos ante el espejo, con su voz aflautada.

No recuerdo bien cómo eran sus ojos, apenas miraba de frente, pero sí la barbilla: afilada y erguida; una seña de identidad.

Para contrarrestar tal arrogancia, me masajeé el cuello con desgana y le respondí con esa misma actitud.

—Le explico, sargento. Cuando me mandan de la comandancia a investigar un asesinato, no es por capricho; es porque el caso no está del todo claro o han surgido nuevas pruebas. —Dejé de hablar durante unos segundos para que asimilara mis palabras—. No he venido a este pueblo a decirles cómo llevar a cabo su trabajo, pero no puedo renunciar a hacer el mío.

En realidad, consistía en escarbar en el de los guardias rurales cuando tenía lugar un delito grave. Para eso era el jefe de la

Brigadilla de la Comandancia de la Guardia Civil de Cuenca, los escarbadores por excelencia. No solía ser bien recibido allá donde iba, aunque la jerarquía me otorgaba la posibilidad de hacer las cosas a mi manera. Y eso me gustaba. Sobre todo cuando percibía reticencias, y en todos los pueblos hay un reticente al acecho

—Claro, mi brigada. —Hizo un amago de una media sonrisa que más bien se tornó en desazón—. No era mi propósito deslucir su presencia aquí, solo me limito a exponerle los hechos.

Los hechos eran los siguientes, según él: tres días antes, Mateo Moya, el Legionario, de veintidós años, había aparecido muerto en su domicilio de Fuentefría, el municipio de Cuenca en el que me hallaba, debido a un fuerte golpe en la nuca propinado con algún objeto. Horas antes, varias personas habían sido testigos en el mesón de la Viuda de una discusión violenta de Mateo con un vecino llamado Rodolfo Sánchez, agricultor de profesión. Este último había huido esa noche del pueblo después de que lo vieran saliendo de la casa del muerto, al rato del incidente en el bar, y se desconocía su paradero.

Para el sargento Calleja, comandante de puesto en Fuentefría, el caso estaba resuelto; solo hacía falta localizar al fugitivo. La solución fácil, lógica. Pero a mí no me terminaba de cuadrar tanta línea recta. Quizá por mi afición a las novelas de intriga, siempre he buscado otras alternativas al consenso, sobre todo en los asuntos más evidentes.

Inconformista o terco, da igual el término. Así constará en mi lápida.

Guardé silencio durante unos segundos. El suboficial debió de notar mis dudas y por fin se dignó mirarme, aunque lo hizo como si

yo fuera retrasado y no percibiera lo obvio.

—Conozco los hechos, sargento —aseveré, elevando la voz más de lo habitual, para recordarle su inferior divisa—, pero lo que usted no sabe es que ayer detuvimos a un agente del fielato que hay a la entrada de Cuenca por la carretera de Valencia. Por lo que hemos podido averiguar, este consumero era muy dado a recibir regalos y beneficios. A cambio, no revisaba ni cobraba la carga de algunos camioneros que llegaban a la ciudad.

Calleja se revolvió en su silla, como si hubiera descubierto complicaciones imprevistas.

—Igual que con el estraperlo —apuntó.

Empezaba a ser consciente de que yo venía a fastidiar su triunfo o, como poco, a apropiarme de parte de él.

—Así es. Nos dio varios nombres de transportistas implicados en los sobornos. Uno de ellos era nuestro muerto, Mateo Moya. —Hice otra pausa dramática—. He venido a comprobar si esto tiene algo que ver con su asesinato y qué mercancía quería ocultar a su llegada a Cuenca.

—Comprendo.

—Por fin nos entendemos.

Asintió con su fina cabeza. Todo en él era fino: el cuerpo, el bigote, las maneras; como un señorito de ciudad a la búsqueda de aventuras que había acabado hastiado de tanta vulgaridad en aquel lugar perdido. En su cara se apreciaba un gesto de amargura continuo, que no sé si era el usual o solo me lo dedicaba a mí.

Nos separaba el escritorio, lleno de papeles y enseres ordenados, pero barrunto que nos unía la sensación de que cada uno ocupábamos el puesto del otro. Yo soy de Almansa, una localidad de

Albacete, y no me importaría que me destinaran a algún pueblo pequeño: un ecosistema tan particular como extrapolable, en el que la humanidad está representada con toda su aspereza. Por el contrario, él parecía el prototipo de urbanita incómodo en el desierto y que sueña con aglomeraciones.

Una representación gráfica de la ciudad de Cuenca llamó mi atención. En el calendario del taller Huécar, colgado entre Franco y José Antonio, detrás de mi interlocutor, figuraba marcada con rotulador la fecha del asesinato: 25 de septiembre de 1960, domingo. Paradojas del día de descanso.

—Me gustaría hablar con la persona que descubrió el cadáver…

—Su hermana.

—… con los testigos de la pelea y con quien vio al sospechoso abandonar el lugar del crimen.

Dio un leve golpe en la mesa y apretó los labios, como si yo le hubiera formulado su mayor anhelo.

—Si quiere, vamos ahora mismo. La casa de la hermana de Mateo está en la otra punta del pueblo, pero solo se tardan unos diez minutos —dijo, colocando las palmas de las manos hacia arriba, en señal de oferta irrechazable.

El cumplimiento del deber había neutralizado su arrogancia inicial. Se levantó de la silla y esperó en posición de firmes a que lo imitara. De pie era un poco más alto que yo, incluso más delgado, aunque para superarme en este aspecto hace falta ser muy profesional. Lo cierto es que ambos parecíamos haber tenido un racionamiento genético. Él agregaba unas caderas escurridas en las que el cinturón evitaba un nudismo parcial, y un pecho abombado hacia adentro, hasta el punto de curvarle un poco la espalda.

Cogió el tricornio y la capa antes de salir apresurado de la estancia. La urgencia por acabar con el trámite de mi visita le había conferido una energía insólita para trabajar.

Andaba con las piernas un poco separadas, como un jinete del Oeste, pero sus zancadas eran largas y rígidas. Probablemente se debía a la falta de caderas. Me costaba seguir su paso y casi choqué con un perchero colocado, no sé si adrede, a la vuelta de la esquina del pasillo.

En el cuarto de puertas nos saludó con ímpetu un guardia muy joven y lampiño, un pipiolo con pinta de seminarista. Por lo que había comprobado hasta entonces, la media de edad en ese puesto se aproximaba a la escolar.

Calleja le dio instrucciones, en un tono demasiado alto y autoritario, para que fuera a buscar al testigo que había visto salir a Rodolfo Sánchez, el presunto asesino, de la casa del muerto la noche en cuestión. El taconazo subalterno que dio el muchacho al despedirnos estuvo a punto de dejarme sordo.

2

Cuando los rayos del sol ya rozaban los árboles otoñales, salimos a la calle en pareja, como el cuerpo tiene usanza, pero enseguida el sargento intentó encabezar la marcha.

Aquella vez, mi precedente no mantuvo un paso tan vertiginoso como en el pasillo del puesto, por lo que pude alcanzarlo.

Empezaba a refrescar y el viento nos daba de cara; me abroché la gabardina para compensar en parte mi falta de grasa natural. Hacía más relente que en Cuenca, algo poco usual, y pensé que a ese pueblo le venía al pelo el nombre de Fuentefría.

El sargento señaló mi Seat Seiscientos, aparcado cerca del cuartel.

—¿Es suyo?

—Sí —respondí con orgullo.

En poco tiempo, el coche había compartido muchas aventuras conmigo. Un fiel compañero. El primero en mi vida con motor. Me había sacado el carnet de conducir relativamente tarde, después de hacer el servicio militar, pero no había conducido más que en ocasiones contadas antes de tener el Seiscientos, y siempre vehículos ajenos. No es que me entusiasmara la idea de ponerme al volante, pero la comodidad que proporciona el hecho de no depender de otros para desplazarse compensa las reticencias.

—¿Qué camión tenía el muerto? —pregunté, para mantener la conversación dentro del ámbito del motor.

—Un Pegaso *mofletes* —respondió mi acompañante, que andaba con las manos a la espalda, como si estuviera engrilletado—. No es muy grande y es más feo que Picio, pero a él le valía.

—¿Y qué solía transportar?

—Supongo que de todo. Cereal, madera, material de obra, hortalizas… Lo que surgiera. De todo, ya le digo. Era el único camionero del pueblo y también cargaba en las pedanías cercanas. No le iba mal, al parecer.

Ese «de todo» era lo que me inquietaba. Siempre he tenido una gran imaginación.

—Me gustaría ver el camión.

Sin volver la cabeza hacia mí, Calleja aceleró el paso ya de por sí rápido.

—Está aparcado cerca de la casa de su padre. Es allí adonde vamos.

Caminábamos por una vía estrecha, llena de arena y piedras, por la que íbamos dejando un ligero rastro de polvo en suspensión. Nos cruzamos con pocos vecinos: algunas mujeres con cubos o barreños y hombres con azadón o garrota; desarmados, los menos. En señal de respeto, todos nos saludaron con una leve inclinación de cabeza y prosiguieron la marcha con destino a sus quehaceres. El mayor grupo que vimos fue uno de tres personas que arreglaban la rueda de una pequeña tartana, la cual descansaba su cojera sobre un poyete.

Al final de una cuesta pronunciada llamó mi atención la iglesia, más moderna de lo habitual en los pueblos castellanos. Un edificio

sobrio, en el que una tímida torre y su campana sacralizaban el conjunto. Sin ellas, más parecería un simple caserón que un templo.

—La iglesia no tiene muchos años, ¿verdad? —interrogué al sargento, no solo por curiosidad, sino para intentar que distrajera su rápido caminar.

El trayecto, aunque parecía corto, me estaba dejando sin resuello y me obligaba a respirar por la boca, con lo malo que era ese viento fresco para mi garganta.

—Creo que la remodelaron antes de la guerra. Había en el mismo sitio una especie de capilla, pero no me haga mucho caso. Yo estoy destinado aquí desde el cincuenta y siete nada más. —Tosió y rogué que fuera de cansancio, para poder hacer una parada, pero no hubo suerte—. Este pueblo tampoco tiene muchos años. Será de principios de siglo, más o menos. Hasta entonces era una pedanía de La Parrilla, según me han contado. Ahora tendrá unos trescientos habitantes, pero poco a poco se van marchando a la ciudad —expresó con cierta envidia.

No era un pueblo grande, o, al menos, no se veían demasiadas casas. Me recordaba a Villanueva, donde un año antes había conocido a mi novia, Paz, y donde había investigado unos asesinatos bastante truculentos. Amor y muerte. Morir de amor, casi literalmente.

Lo más extraño, dada la escasa población, era que Fuentefría tuviera un puesto de la Guardia Civil. Suponía que se trataba de una cuestión de estrategia, ya que se encuentra en un lugar bien comunicado por carretera y con fácil acceso a otros municipios cercanos, si bien se me antojaba excesivo el mantenerlo. Aunque con ese asesinato su permanencia cobraba más sentido.

Vimos el camión del Legionario al principio de la calle del Calvario. Ciertamente, la cabina blanca hacía honor a su apodo, pues semejaba una cara mofletuda con una rejilla en medio y dos faros que la escoltaban. El remolque, sin lona que lo cubriera, no era demasiado grande. Apoyé un pie sobre una de las ruedas traseras y me asomé al interior. No había carga, pero me llegó un olor extraño que mi olfato policial no supo concretar.

Pedí la ayuda del sargento, quien resbaló al intentar trepar por la rueda y casi arruina su cara de galán de cine. No parecía muy dotado para las escenas de acción. Le di la mano, cual chiquillo que figuraba, para que progresara más fácilmente en la subida. Cuando por fin lo logró, solo contribuyó con su expresión de asco más lograda.

—No sé. Es algo que he debido de oler en otra ocasión, pero ahora no caigo —señaló, al tiempo que bajaba con cuidado para hacer literal su última frase.

3

Tratando aún de identificar el origen de aquel aroma, doblamos una esquina. Mi acompañante golpeó como un susurro la puerta de una casa vieja y maltrecha, que contrastaba con las vecinas, satisfechas de cal. Sobre una fachada más agrietada que revocada, sobresalía una mellada fila de tejas que auguraban accidentes. Di un paso hacia atrás para alejarme del peligro, sin compartir mi recelo con el sargento.

Abrió la puerta una mujer con la cara llena de rojeces y marcas a juego con la fachada. Un pañuelo le tapaba todo el pelo, salvo un mechón rubio. Era de constitución recia y estimé que debía de rondar la treintena, como yo.

Nos miró con cautela y recelo, sobre todo a mí, que era el desconocido.

—Hola, Manuela —habló Calleja—. He venido con el brigada Andrés Valencia, de Cuenca. Te quiere hacer unas preguntas sobre la muerte de tu hermano.

—Pasen ustedes —dijo con una seriedad propia de su vestido y pañuelo enlutados.

Se colocó de lado, para facilitar nuestra entrada a un pequeño salón sin más decoración que los muebles imprescindibles.

A pesar del ofrecimiento de la anfitriona, no quise sentarme; las dos sillas que había alrededor de una mesa camilla daban la sensación de ser endebles. Un reto para mis posaderas, ya que tengo una cicatriz de bala en esa zona, fruto de una arriesgada misión que terminó en fuego cruzado con los maquis en unos montes castellanos.

Sobre la redonda mesa había esparcidos varios números de *El Mensajero de san Antonio*, que daban algo de color al mantel blanco.

—Mi madre la lee también. —Señalé las revistas.

La mujer las cogió y las guardó apresurada en el cajón de un viejo aparador. No parecía que aquel fuera su lugar habitual de almacén, pues solo se atisbaban utensilios de cocina.

—Ustedes perdonen el desorden, pero he venido de Cuenca hace un rato y no me deslío.

—No hay problema —dije, aunque me extrañó la urgencia de su acción.

Aparentaba ser una mujer muy tímida, que escondía la mirada en el suelo, pero a la vez nerviosa y llena de energía. Tenía unas facciones regulares, si bien unas manchas diseminadas por la frente y las mejillas deslucían su estética.

—Verá, ya sé que los compañeros del puesto la interrogaron en su día, pero querríamos saber en qué circunstancias encontró el cadáver de su hermano —expuse cuando Manuela terminó de recoger la mesa.

Esa vez se quedó quieta, como si imitara el mueble que tenía a su lado.

—¿A qué hora lo descubrió usted muerto? —intenté ser más concreto.

—Por la noche. Las diez, más o menos, creo —respondió ella con duda.

—¿Y dónde estaba el cadáver?

Nos interrumpió el grito de un hombre. El sonido parecía provenir de una cortina cerrada a mi espalda.

—¡Manuela! —clamaba la voz—. ¿Quién hay ahí?

—Es mi padre —aclaró la aludida con apuro.

—Es paralítico —añadió el sargento—. Está postrado en la cama desde que yo tengo noticia, ¿no?

Se dirigió a la hija, la cual asintió enseguida.

—Hace mucho. Ya va para diez años.

El hombre volvió a chillar. El accidente solo le había afectado a las piernas; la garganta la conservaba en perfecto estado. Más que la paciencia.

—Perdón —se excusó la mujer, y con presteza se encaminó al lugar de donde procedían los gritos.

Entró en lo que intuí que era un pasillo, por el que desapareció durante un rato.

—Vaya carácter el de ese hombre —le comenté al sargento cuando nos quedamos solos.

—Era albañil y tengo entendido que se cayó de un tejado —me informó Calleja mientras esperábamos—. Eso le agría el carácter a cualquiera.

Un accidente muy común entre los albañiles, sobre todo en los pueblos, donde no se suele trabajar con tantas medidas de seguridad como en las ciudades.

—Me gustaría hablar con él luego.

Calleja me miró con expresión de fastidio. Iba a disfrutar de mi compañía durante más tiempo.

—Claro. No habrá problema —dijo, contradiciendo su expresión.

—¿Y la madre de ella?

—Creo que murió hace unos cuantos años.

Una familia llena de desgracias. La única que se mantenía en pie, nunca mejor dicho, era Manuela.

Volvió la mujer al salón con paso rápido y jadeando levemente, lo que no sé si denotaba cansancio por la carrera o ansiedad.

—Perdón. —Hizo una leve reverencia.

Retomé la pregunta del hallazgo del cadáver. Al igual que al sargento, al menos sus gestos así lo demostraban, aquel cometido se me empezaba a hacer largo, y eso que acabábamos de comenzar.

—Lo encontré tirado boca abajo en la cocina de su casa, nada más entrar por la puerta de la calle, lleno de sangre —me respondió.

—¿Qué hacía usted en la casa de su hermano a esas horas tan tardías?

Seguía demorando las respuestas y se notaba su desazón. No debía de ser una persona muy sociable. Cada poco tiempo, cambiaba el peso de las caderas, con lo que giraba ligeramente toda la parte superior del cuerpo, como si sus ideas fueran un líquido dentro de un aerosol.

—Fui a llevarle un poco de pisto que había hecho ese día.

—¿No vio a nadie rondar la vivienda?

—No. Mi hermano vive… Perdón, vivía en las afueras, y ya era de noche. No vi a nadie.

Manuela no dejaba de mirarme los zapatos cada vez que me hablaba. Eché un vistazo por si estaban sucios y, aunque se apreciaba el polvo de la travesía, habrían podido pasar revista sin problema.

—¿Y notó algo extraño en la casa, cualquier cosa fuera de lugar?

Negó con la cabeza.

—Entiendo. —Señalé hacia una ventana del salón desde la que se distinguía la calle—. ¿Por qué aparcaba el camión aquí al lado si vivía en las afueras?

—Su calle es estrecha y no tiene bombilla ni vecinos. Decía que aquí estaba más vigilado.

—¿Vivía en aquella casa desde hacía mucho? Su hermano era muy joven aún.

—Desde poco antes de marcharse a la mili. Era la casa de mis abuelos, los padres de mi madre.

Como el interrogatorio no avanzaba mucho respecto a los detalles significativos, quise probar suerte con el cabeza de familia, para comprobar si su ímpetu vocal era parejo a sus conocimientos sobre el hijo muerto.

4

Manuela nos condujo por un pasillo estrecho y tan enlucido como la fachada. Era una casa que no aportaba mucha seguridad para ser habitada.

La mujer abrió otra cortina y nos adentramos en una habitación donde un hombre canoso de unos cincuenta años yacía en una cama.

Lo primero que me llamó la atención fueron sus piernas, que, a pesar de que estaban cubiertas por el pantalón de un pijama, se adivinaban muy delgadas, con unos tobillos de gorrión puesto a dieta. El torso estaba abrigado por una camisa blanca adornada con algún que otro lamparón. Además, tenía las mismas manchas rojas en la cara que su hija Manuela. No cabía duda de su parentesco ni de que a esa familia no le complacían los colores uniformes.

—Es mi padre —indicó ufana la mujer, a pesar de que no hacía falta.

—Mario Moya, para servirles —se presentó el hombre, con un tono de voz bastante alto.

Deduje que, al tener que llamar a gritos a su hija cuando la necesitaba, se le habían fortalecido las cuerdas vocales. Podría haber sido un estupendo pregonero.

—Siento la muerte de su hijo —dije, para tratar de consolarlo, aunque el hombre no hizo ningún gesto al respecto—. Como las circunstancias nos llevan a pensar que puede haber sido un asesinato, lo tenemos que investigar como tal y por eso le vamos a hacer algunas preguntas, si no tiene inconveniente. —Hizo un gesto de asentimiento y suspiró—. ¿Sabe usted si Mateo tenía enemigos?

—No sabía casi nada de sus andanzas, la verdad. Pero no me extrañaría que los tuviera, porque era muy puñetero y revoltoso desde pequeño. —El hombre se desplazó hacia atrás en la cama, con la palanca de sus brazos, como si le incomodara el tema—. Lo tuvo mi mujer, que en paz descanse, cuando ya creíamos que no vendrían más. Mi Manuela le lleva…, quiero decir, le llevaba más de diez años a su hermano. Y que les cuente ella, pero no ha dado más que disgustos. Su madre, la pobre, murió de unas fiebres poco después del parto, y fue mi hija la que se encargó de él desde el principio. Mire que lo cuidó como si fuera su hijo propio, pero siempre nos lo pagó con tormentos.

Me giré hacia la mujer y vi la resignación casi tatuada en su rostro manchado. Había dedicado toda su vida a cuidar a sus familiares: primero a su hermano y luego a su progenitor. Como tantas otras, sin reproches. Como mi novia, Paz, que en esa época atendía en Villanueva a su padre convaleciente y a la que no veía apenas debido a su entrega altruista.

—Pero, por lo que me ha dicho mi chica, ya saben quién lo mató. El Rodolfo, de los Pelaos —prosiguió el hombre a la vez que alternaba la mirada entre nosotros—. No lo tenía yo por mal hombre, pero uno ya no se extraña por casi nada a estas alturas.

—Todavía estamos investigando todas las opciones —me adelanté al sargento, sospechando que iba a confirmar la autoría del crimen.

Por la única ventana de la habitación se veía un pequeño patio que desembocaba en una vieja construcción, del mismo estilo arquitectónico que la casa. Pregunté al hombre por ella.

—Es un corral. Hay cuatro gallinas y algún conejo, pero dan menos rendimiento que yo. Llevo años sin pisarlo. —Miró hacia el extremo de la cama—. He dicho «sin pisar» y, ya ve usted, no sé si tengo pies. Aquí *asobinao* todo el tiempo. Dicen que cada día tiene su afán, pero yo no veo diferencia.

—¿Su hijo no guardaba ninguna mercancía ahí? —insistí con el corral para no escuchar otra letanía.

—¿Mi hijo? —Sonrió y seguidamente hizo una mueca de amargura que dejó ver unos dientes de solfeo—. Ese no venía por esta casa desde antes de irse a la mili. Era un descastado. —Puso la mano en alto, como si quisiera parar un tren—. Miento. Solo vino aquí una vez, para engañarme, justo después de la guerra de África. El muy marrullero me hizo firmar un papel, que resultó ser un poder para vender siete almudes mollares que yo tenía en el Casarejo. Así se pudo comprar el camión, el muy… Me había dicho que era para arrendar las tierras a cambio de un buen dinero, y, como casi no sé ni leer ni escribir… —Se encogió de hombros—. Al final, nos quedamos sin nada mi chica y yo. Tirados como muebles viejos.

Apunté los datos importantes en mi libreta antes de proseguir con el interrogatorio, mejor dicho, el discurso del ocioso monarca que nos daba audiencia en sus aposentos.

—Entonces ¿Mateo estuvo en la guerra de Ifni?

—Sí. Él estaba en la Legión, haciendo la mili en Las Alhucemas, y tuvo que acudir cuando atacaron los moros en esos parajes.

—Luego volvió al pueblo —aventuré.

—Hace más de dos años, cuando lo licenciaron. Se compró el camión, hizo un dinerillo con los portes y a nosotros no nos dio ni un mísero real.

—¿Les habló de lo ocurrido en África? —Siempre sigo cualquier línea divergente, por lejana que parezca.

—Era muy suyo. No soltaba prenda casi nunca. Para sacarle una palabra había que tirarle de la lengua, salvo cuando quería conseguir algo, como las tierras que me quitó. Además, ya les he dicho que hacía mucho que no venía por aquí. Sabrá más cosas de él quien haya pisado el bar del pueblo que yo mismo.

Se me iban abriendo y cerrando puertas después de cada pregunta. Aun así, insistí en mi teoría divergente sobre la causa del asesinato.

—A pesar de que apenas tuvieran relación, ¿sabía usted qué mercancías transportaba en el camión?

—No le puedo decir. Me imagino que lo que le echaran. Todo lo que fuera para ganar unas perras. Mateo no tenía muchos reparos. —Apretó los labios, lo cual interpreté como señal de decepción—. Desde pequeño se hacía a cualquier oficio con tal de sacar dinero. Albañil, segador, pastor… Estuvo un tiempo en Cuenca de camarero en un bar, según me contó mi chica.

—¿En cuál?

—En el Miami —contestó la hija, que miraba a su padre como si pidiera permiso para intervenir, aunque este se había encogido de hombros ante mi pregunta.

—Estuvo poco, al parecer —siguió el padre—. No llegaría a tres meses. Nunca tuvo mucha paciencia. Era un culo de mal asiento, y vivir en la ciudad no parecía gustarle mucho.

Me giré hacia Manuela. Quería resolver una duda, pariente de una de mis intuiciones.

—Se me ha olvidado preguntarle antes, ¿por qué ha ido usted a Cuenca hoy? Tenemos entendido que su hermano también iba hasta allí algunas veces con el camión.

—Va todos los miércoles —respondió el padre, como si ella fuera muda a intervalos—. Es modista, ¿sabe usted?, y lleva remiendos y ganchillo a una mercería.

—Coge usted el autobús de línea, imagino. —Ignoré al hombre y la miré de nuevo.

—Sí —afirmó Manuela, con su recelo característico—. Cojo «la Catalana» desde aquí. Solo voy por necesidad, porque les tengo *acoro* a los autos. Más desde que se cayó uno al Júcar en una curva grande y murieron muchísimas personas. Fue un miércoles, como hoy, pero ese día estaba mala y no pude ir. Me libré de milagro.

Tenía la voz algo ronca. Por timidez o falta de práctica. Se notaba que hacía un gran esfuerzo para enlazar las frases.

Acoro, un vocablo muy curioso. Lo apunté en mi libreta oficial. Soy un devoto de las palabras extrañas, del lenguaje tradicional de cada pueblo que visito y del castellano antiguo. Una manía que me viene de la infancia, de mis soledades lectoras de niño frágil y relegado.

—Lo recuerdo. Una tragedia. Murieron prácticamente todos los pasajeros —comenté—. Además, fue por estas fechas hace dos o tres años.

—Va para tres —concretó Manuela.

—¿Y nunca fue en el camión con su hermano a Cuenca? —retomé mi hilo.

—No, señor —me cortó la modista.

Mario tosió para reclamar la atención. Se notaba que le gustaba hablar. Quizá al estar siempre postrado en la cama y no recibir apenas visitas aprovechaba cada ocasión que se le presentaba.

—Así nos mantenemos. Con las cuatro perras que le dan a Manuela por las labores y con lo poco de mi invalidez.

—También hago costura para la gente del pueblo que me lo pide.

La hija miraba al padre buscando aprobación cada vez que participaba, aunque fuera ella quien lo cuidaba y procuraba el sustento familiar.

—Malvivir es lo que hacemos —sentenció este—. A base de caldos y poca chicha. Yo me he quedado en los huesos, como ustedes, y eso que siempre he sido recio.

Preferí no hacer caso a la referencia al físico de las autoridades presentes y me centré en lo importante.

—¿Usted tampoco sabe qué transportaba su hermano en el camión? —pregunté a Manuela.

Negó con la cabeza. Su incomodidad era evidente. Tenía las manos entrelazadas bajo el pecho y sus dedos formaban una bandera blanca y encarnada, por la tensión. La mirada rendida, salvo cuando tenía que intervenir y solicitar la venia de su progenitor.

—¿Él no le contaba nada de su trabajo cuando se veían? —insistí.

—Nos veíamos poco y él no hablaba casi.

La discreción oral de los hermanos no debía de ser herencia paterna.

—Pero nos ha dicho antes que cuando lo encontró muerto había acudido a su casa a llevarle pisto. Eso indica que tenían una buena relación.

Me fijé en el paralítico, quien miró con severidad a su hija. Ella bajó la cabeza como si la hubiera pillado cometiendo una falta imperdonable. Con esfuerzo, respondió:

—A veces le llevaba algo de lo que nos sobraba. —La mujer seguía contemplando el suelo, como si buscara un resquicio por el que escapar de la habitación.

—¿Sobraba? Nos trató como a perros vagabundos y tú le llevabas comida cuando algunos días nosotros casi no tenemos nada para llevarnos a la boca. ¿Te has vuelto loca, Manuela? —Se puso rígido, con el tronco estirado, y me dio la impresión de que iba a levitar como un espíritu.

La aludida no respondió. La rojez por la vergüenza había superado el tono de las manchas dispersas como islas por todo su rostro.

—Además —continuó su reprimenda el paralítico—, Mateo tenía bastante dinero, y bien que se lo gastaba en los bares y en todos los vicios, según he oído.

—Señor Moya, no sea tan duro, por favor —intenté suavizar la situación—. Al fin y al cabo, él era su hermano. Y, por lo que parece, su hija tiene mucho mejor corazón.

—Eso desde luego —dijo, más calmado, aunque todavía molesto —. Pero tampoco había que rascar mucho para tener mejor fondo que Mateo. La mala sangre le venía de su abuelo, el padre de mi difunta, que era un gañán y un furtivo, y siempre andaba en pendencias con todo el mundo. Hasta estuvo preso por quemar un corral ajeno.

Temía que nos fuera a contar los entresijos de su familia política, por lo que me apresuré a cortarlo.

—Bueno, pues ya nos marchamos y no los molestamos más, señor Moya, que nos queda alguna gestión por hacer. Muchas gracias por su testimonio. Si necesitáramos alguna cosa más de ustedes ya vendríamos a verlos.

Concluí la visita con el resultado de empate. Por un lado, la información recopilada acerca de la personalidad del muerto; la falta de pistas sólidas sobre el asesinato, por el otro.

También había corroborado una de mis teorías de barra de bar, la cual habla de que las relaciones familiares son, la mayor parte de las veces, indescifrables como arcanos milenarios, aunque nunca idílicas.

La mujer nos acompañó hasta la salida, donde se despidió en silencio con una reverencia ciega. Parecía estar pidiendo perdón todo el tiempo por existir.

A su carácter retraído se había añadido la actuación excesiva del padre. El conjunto evidenciaba una vida de padecimiento, reproches y servicio sin gratitud.

No era una situación envidiable ni parecía que el futuro le pudiese deparar algo mejor.

En realidad, el luto que llevaba aquella mujer era por su vida.

5

El interior del mesón de la Viuda era un contrasentido. El amplio local solo estaba ocupado por dos mesas con bancos y una barra minúscula. En las horas más concurridas imaginé que los parroquianos tendrían que sostener sus consumiciones en la mano y rellenar el vasto espacio de manera aleatoria. Mal plan para comer y beber a la vez.

Tras la barra, con el pelo revuelto y enmarcada por un pequeño arco de ladrillos, la dueña parecía un lienzo fallido de Velázquez.

Su vestido de color negro viuda contrastaba con su tez, blanca como la cal de las enlucidas paredes, y con sus ojos, de un azul apagado.

Al acercarnos el sargento y yo, los únicos clientes, apretó con fuerza los labios, con lo que su mandíbula, digna de los Austrias menores, se alzó amenazante y casi se juntó con su nariz aguileña cuando mi acompañante me presentó.

—Venimos a hablar contigo de la discusión que hubo aquí, entre el Legionario y Rodolfo, el mismo día del crimen —informó Calleja.

Le costó unos segundos abrir la boca, despegarla de su mitad superior. Al hacerlo, nos obsequió con un tono de voz muy agudo, incompatible con su cara de bulldog resentido.

—Yo creía que lo mataba ahí mismo. —Señaló el inmenso espacio hasta la puerta; era difícil imaginar un punto concreto—. Estaba como loco por un dinero que le debía el Legionario. Aunque ese, que en paz descanse bien descansado —se santiguó dos veces a la velocidad de la luz—, era más agarrado que un puño. Cuando hacía un porte se lo tenías que pagar a correprisa, pero él se hacía el sordo cuando le tocaba liquidar.

—¿De dónde provenía la deuda? —pregunté.

—De un trigo que había cosechado el Rodolfo y que se conoce que el Legionario vendió en Tarancón y no le abonó luego. Aquí dijo que ya le pagaría cuando tuviera dinero, que ahora estaba seco como la mojama.

Era tal la dureza del rostro de la mujer que yo dudaba que hubiera sonreído en la vida. Su carácter no debía de ser un gran reclamo para acudir a entretenerse al bar, que era el único del pueblo.

—¿Entonces fue cuando Rodolfo amenazó a Mateo?

La mujer me apuntó con un dedo acusador con apariencia de garra e, instintivamente, me palpé el bolsillo de la gabardina, donde solía llevar el arma reglamentaria; ese día la había dejado guardada en la guantera del coche. Mejor evitar tentaciones fugaces.

—Le gritó que quien no tenía una perra gorda ni para semillas era él y que, como no pudiera sembrar el trigo este otoño, lo iba a matar. El Legionario se puso muy farruco y el Rodolfo entonces levantó la garrota y estuvo a pique de arrearle con ella. Si no es por Pepito Riñones, yo creo que lo descalabra aquí mismo. Menudo cisco se lio.

Después de su explicación, la camarera nos sirvió café de una jarra, aunque no le habíamos pedido ninguna consumición. Probé un

sorbo por educación y me arrepentí al instante. Parecía aguachirle de achicoria y estaba tan frío como su carácter. La mujer debió de notar mi cara de grima y me correspondió con la suya, más profesional.

—¿Llevaba la garrota porque es cojo? —continué el interrogatorio para disimular mi incomodidad.

—No. Se había torcido un tobillo hacía poco y la llevaba para no cansar mucho la pierna, pero cojo no es. Tampoco muy ágil, porque ya tiene sus buenos cuarenta años.

Vaya. Me quedaba poco tiempo para que no me considerara casi un tullido.

—¿Se acuerda de si los dos hombres se marcharon a la vez, después de que los separaran?

Se quedó pensativa, con lo que el labio inferior le cubrió la punta de la nariz. Mala costumbre para los resfriados. Unos segundos más tarde, dejó caer la mandíbula y volvió a hablar.

—Se fue primero el Rodolfo y al ratillo, después de tomarse otro chato de vino, hizo lo mismo el Legionario. Pero no se llevaron mucha diferencia.

Tomé la taza para simular que bebía la pócima, pero ni siquiera llegué a mojarme los labios.

—¿Tuvieron alguna discusión más que usted presenciara? —inquirí a la Viuda, que me miraba entre desafiante y ofendida.

El café debía de ser la especialidad de la casa.

—Con Rodolfo, no. Pero el Legionario había tenido trifulcas con más de uno.

—¿También por los portes del cereal?

—Por cualquier cosa. Ese muchacho tenía mal vino. Y más desde que volvió de la guerra de África. Se ve que allí lo jorobaron bien.

Anoté en mi libreta la referencia bélica; era la segunda vez que la oía en un breve transcurso de tiempo. Nunca se sabe dónde puede estar la pista clave para resolver un misterio, según Su Majestad Agatha Christie, así que tengo por costumbre apuntar las singularidades, igual que las palabras extrañas.

—Entonces ¿usted piensa que alguien más podría haber asesinado a Mateo, ya que parece ser que tenía problemas con distintas personas?

Miré al sargento de manera intencionada y aviesa al terminar mi cuestión, para hacerle notar que el caso no estaba resuelto del todo, tal y como él creía.

—No sé quién pudo hacerlo, lo que sí le puedo decir es que esa noche el Rodolfo estaba muy descompuesto. Nunca lo había visto así.

Esa vez fue el sargento quien me miró de reojo, como señal inequívoca de validación.

No hay mejor comunicación que la indirecta. Las discusiones son más llevaderas.

—Gracias por su colaboración. Nos vamos ya, que se va haciendo tarde —concluí, demostrando quién tenía la verdadera autoridad, aunque la razón me fuera esquiva.

Cuestión de reafirmarse.

6

Al salir, observé con dificultad, gracias a la luz de una bombilla, pues ya había anochecido, que la plazoleta tenía unas dimensiones más reducidas que el mesón de la Viuda, salvo el techo.

—¿Es viuda desde hace tiempo? —le pregunté a Calleja.

—¿La dueña?

Afirmé, sorprendido por la duda del sargento, a pesar de que no me daba la impresión de que fuese una lumbrera. No desentonaba con la penumbra del pueblo.

—No se ha casado nunca —me informó.

—Entonces ¿por qué el apodo?

Calleja sonrió y giró la cabeza para mirar el local, que aún se entreveía.

—Lo que me han contado es que su padre, que era el que construyó el mesón, la quería casar a toda costa con el que fuera para deshacerse de ella. Ya habrá notado que tiene un carácter difícil. Pero por mucho que lo intentó, parece ser que nadie se atrevía a hacerlo ni con una dote jugosa. Se morían de miedo, según se dice.

—Muertos de miedo… Por eso lo de la viuda —sugerí—. Un humor un poco extraño el de este pueblo.

—La verdad es que sí.

Todos los pueblos tienen sus propias historias: cómicas, dramáticas e incluso trágicas, con las que los vecinos amenizan sus charlas al fresco. Algunas son falsas o distorsionadas y otras son propias de la cultura popular de una comarca, no específicamente del lugar concreto, pero la mayoría de ellas forman parte de los recuerdos, de las herencias orales. Y son el cemento o también la valla entre sus habitantes.

—Lo que también estoy notando es que el muerto no era muy querido aquí. Seguro que en su entierro hubo lágrimas como las de la Virgen de Villalba de la Sierra.

—¿La Virgen de Villalba? —me preguntó intrigado.

—Una historia parecida a la que me ha contado sobre la Viuda. Falsa como un duro de madera. En su día fue bastante mentada en todos los periódicos locales y hubo hasta peregrinaciones para ver el milagro de las lágrimas de la Virgen del cuadro que tenía colgado en una pared una vecina del pueblo. Pero resultó que era simple agua y no lágrimas, con lo que todo quedó en agua de borrajas, nunca mejor dicho.

—Pues no me había enterado hasta ahora, ya ve usted. No leo casi nunca los periódicos, porque no escriben más que de desgracias y la vida ya tiene bastantes.

Un renegado de la lectura. Cada vez teníamos menos cosas en común, afortunadamente.

Achicando los ojos, seguimos caminando. En general, el pueblo no estaba bien iluminado, aunque acabé por acostumbrar la vista a la escasa claridad que proporcionaban una tímida luna y la luz que salía de las ventanas de algunas viviendas.

Pensé en el alumbrado de Cuenca. Hacía poco que se habían colocado focos incluso en las hoces y las Casas Colgadas, diferencias entre el mundo rural, pobre y sin inversión, y el urbano, que atraía como un imán a las gentes y el dinero. Aunque Cuenca sea una ciudad con alma y censo de pueblo. Un híbrido interesante.

—¿Adónde vamos ahora? —inquirí, deseando que el destino fuera cercano.

—Al puesto, si le parece bien, para hablar con Felipe, el pastor que vio salir a Rodolfo de la casa del Legionario la noche que lo asesinaron.

—¿Estará ya allí? Siendo pastor, puede andar con las ovejas en cualquier sitio.

—Felipe siempre las lleva del corral a la *tiná* que tiene cerca de la fuente Villancina, a un par de kilómetros de aquí. Allí habrá ido a buscarlo Guijarro cuando lo he mandado antes.

—¿Y las ovejas? ¿Las va a dejar ahora solas?

—No. Va su hijo con él y, si acaso, las encierra.

El sargento empezó a acelerar el paso nuevamente. O no era muy sutil a la hora de mostrar sus ansias por perderme de vista o era su costumbre.

—¿Es de fiar ese hombre? —le pregunté jadeante.

—Diría que sí. Es un hombre cabal y honrado. No ha tenido problemas con nadie, que se sepa.

—Ahora lo veremos.

Ya no había apenas lugareños en la calle y los pocos con los que nos cruzábamos caminaban tan apresurados como nosotros hacia sus respectivas casas, como peatones de ciudad. Debía de ser por el frío que iba apoderándose de la noche.

El único que se detuvo, enfrente de mí, fue un perrito peludo con las orejas puntiagudas. No le hice caso, lo esquivé y seguí mi camino, entre otras cosas porque mi compañero de ruta parecía el ejército de Atila avanzando hacia Roma y no me concedía ni un mínimo respiro. El pequeño animal debió de sentirse repudiado y me siguió unos metros, hasta que se rindió y volvió a sus quehaceres.

Me quedé pensando en que no soy demasiado cariñoso con los animales, tampoco lo soy con los niños, y eso me fastidia, ya que, si bien no lo demuestro nunca, siempre los he tenido en buena consideración.

Una de mis mayores ilusiones de pequeño fue tener un perro, como lo tenían tantos compañeros de mi colegio a los que envidiaba en secreto, pero mis padres siempre rechazaban la idea sin explicaciones convincentes; ninguna, en realidad. Vivíamos en una casa de pueblo, con patio y un corral adyacente, así que la infraestructura estaba creada para tal menester, y yo estaba dispuesto a ocuparme de todas las necesidades primarias del animal, sin solicitar auxilio.

Como no tenía hermanos ni amigos verdaderos, pues era un chico tímido y timorato, me sentía frustrado por la ausencia de una compañía a la que pudiera atender. Lo que más me molestaba, en realidad, era no ser un referente o que nadie me estimara de manera incondicional. Hasta que una tarde, después de asistir al colegio, encontré un pequeño gatito en un callejón cercano a mi casa. Parecía abandonado y no dudé en acogerlo. Su maullido suave y lastimero hizo que mi instinto protector superase el temor a que mis restrictivos padres me descubrieran con una mascota prohibida. Con precaución, llevando el animalito oculto en mi chaqueta, caminé

hasta una huerta cercana adonde iba a menudo a perder el tiempo por las tardes, ya de por sí ociosas. Allí había una caja de tablas, con restos de fruta podrida, que seguramente el dueño del colmado de mi barrio habría arrojado hacía unos días. La vacié y la limpié como pude con una rama de un arbusto llena de hojas.

Esa iba a ser la morada de mi felino adoptado. Ingenuo de mí, allí lo dejé bajo las húmedas tablas, para que ningún perro o gato adulto pudieran atisbarlo, dando poco crédito a sus otros sentidos.

Feliz y realizado, llegué a mi casa y fui un niño ejemplar hasta que llegó la noche y me refugié en la habitación, para evitar que mi madre sospechara de alguna conducta rebelde. De mi padre solo podía esperar su indiferencia infalible.

A la mañana siguiente, me levanté de la cama antes de lo acostumbrado, aunque, en realidad, solo había logrado dormir unos minutos a lo sumo. La emoción por la nueva aventura y el sentimiento protector que me embargaba desde la tarde anterior me habían provocado un nerviosismo incompatible con el sueño.

Después de vestirme y salir a escondidas de mi casa, con una taza robada que contenía parte de la leche de mi desayuno, me acerqué al refugio improvisado camino del colegio. Cuando llegué al lugar, levanté la caja de tablas que hacía las veces de vivienda para cachorros. El gatito estaba inmóvil, con los ojos cerrados, pero no parecía dormido, por su postura rígida. Lo cogí con una mano y con la otra le di unos golpecitos en el lomo, pero no reaccionó.

Era la primera vez que contemplaba la muerte y me produjo una sensación de desánimo imborrable. Por mi trabajo la he vuelto a contemplar muchas veces y he aprendido a hacerlo de manera

profesional, pero aquella experiencia me hizo renunciar a mi anhelo por las mascotas.

En aquel pueblo, a pesar de mi rango jerárquico y experiencia, parecía una de ellas siguiendo a mi apresurado amo, hasta que avisté una silueta amiga y supe que estábamos llegando al destino.

Hice un guiño cómplice a mi fiel Seiscientos, deseando que me acogiera pronto en su regazo.

Como tantos en mi vida, permaneció indiferente.

7

Nos esperaba en la entrada del puesto el mismo pipiolo al que habían enviado a buscar al pastor.

Volvió a chocar de forma violenta los tacones de las botas cuando nos saludó, hasta tal punto que se desequilibró un poco. Se recompuso enseguida, pero el tricornio permaneció ladeado. No parecía corresponder a su cráneo aún en desarrollo.

En el cuarto de puertas estaba sentado un hombre, con la boina asimismo torcida, que se levantó como un resorte al vernos. Era de mediana edad, recio y con el aspecto sano y fuerte de un toro. Le había dado la vuelta a su chaqueta para que pareciera nueva, arreglo que también aplican muchos hombres en mi pueblo, sobre todo los que no tienen más hacienda que sus propias manos.

Cuando el sargento me presentó, Felipe se quitó la boina e inclinó levemente la cabeza.

—Por muchos años, mi brigada.

Su tono de voz transmitía la misma energía potencial que su físico.

Le pedí que me contara lo que había visto la noche del asesinato de Mateo Moya.

—Una vez cenado, a eso de las nueve de la noche fui al corral porque había parido una oveja. Después de apañar todo el avío y dejar los comederos llenos, ya volvía para mi casa cuando vi al

Rodolfo, que salía de la casa del Mateo. Pero marchó de allí *escopetao* al verme.

Estiró el brazo y la mano con la que agarraba la boina hacia delante. No sé si quería simbolizar una flecha.

Traté de poner coto a tanta seguridad en el reconocimiento del fugitivo.

—He observado que en el pueblo apenas hay luz, y la hermana del fallecido me ha comentado que en esa calle no hay ni bombilla. Entonces ¿cómo sabe usted que era Rodolfo el hombre que salía de la casa de Mateo?

—Esa noche había luna llena y de la casa del Mateo salía un poco de luz. No me tuve que llevar ni el candil. Y ya tengo la vista acostumbrada a la penumbra. Voy aún de madrugada a ordeñar y veo bien, ¿sabe usted? Aparte de que conozco a cualquier vecino por los andares, y más al Rodolfo, que llevaba garrota por esas fechas, de una torcedura que se había hecho, y caminaba un poco *amagao*; aunque, la verdad sea dicha, se dio bastante prisa cuando me vio.

—¿Usted lo llamó o le dijo algo?

—No, señor. No me dio tiempo porque ya le he dicho que se fue rápido. Tampoco tenemos mucha confianza. Él es bastante más joven que yo y no somos ni familia.

—¿Y no vio a nadie más cerca de la casa o rondando por ahí? —Seguí con mis indagaciones.

—No me crucé con un alma hasta mi puerta. Yo vivo cerca y a esa hora la gente suele estar recogida.

—Muchas gracias por su colaboración, Felipe. Ya le llamaremos si necesitamos algo más —despedí al testigo, que no había servido a mis propósitos.

Como me había hecho un esquema preciso del crimen y sus circunstancias y la noche ya era cerrada, comuniqué mi partida al sargento Calleja. No quería soportar un triunfalismo latente en esa cara llena de soberbia y huesos punzantes, irritante hasta en silencio. Me despedí casi a la francesa, alegando tiempo, lugar y modo. Cena, Cuenca y coche.

Más allá de su temperamento natural, no lo noté muy compungido por mi marcha, más bien se apresuró a aceptar mis excusas como dogmas.

—Usted no se preocupe y váyase tranquilo. Le mantendremos informado si aparece Rodolfo Sánchez —me intentó tranquilizar antes de que me fuera.

Sin mirar atrás y con cierta sensación de derrota, puse rumbo a Cuenca en mi intrépido utilitario.

Me esperaban las curvas del viaje y las de mis reflexiones. No presentía cuáles serían más cerradas.

8

Noté un peso leve en el pecho. Puesto que aún no era viable abrir los ojos, palpé el libro que había intentado leer antes de acostarme en la cama de mi cuarto y que reposaba esa mañana abierto cerca de mi corazón.

La noche anterior había llegado tan cansado de Fuentefría que me había quedado dormido en plena lectura, algo que no recordaba que me hubiera ocurrido antes. Era más extraño aún porque la novela en cuestión me estaba gustando mucho. *Cuerda de presos,* de Tomás Salvador, un autor del que ya había leído alguna obra antes y que era experto en esquivar la censura, a pesar de la dura y explícita crítica social que transmitían sus páginas. En una época donde a Franco le rechazaron un artículo escrito con seudónimo en *Arriba*, era, cuando menos, sorprendente.

La novela la había conseguido en la librería Escobar, cuando fui a comprarle a Paz, futura decoradora, la *Enciclopedia de las Artes* y el último número de la revista *Distinción*, que el propietario me reserva y proporciona todos los meses.

Eso me recordó que tendría que llamar a mi novia a las tres de la tarde, la hora concertada por ambos, dado que ella no tenía teléfono propio y debía acudir a la centralita de su pueblo para usarlo. Su voz

era un bálsamo entre tanta truculencia laboral, por lo que la llamada era una cita ineludible.

La había conocido como interrogada en un caso de doble asesinato el año anterior, en Villanueva del Olmo, un pequeño pueblo de la Serranía Baja conquense. Ella trabajaba como criada en la casa, o más bien mansión, de una de las víctimas. Allí la interrogué como posible testigo del crimen. Ya desde ese día, a pesar de las circunstancias, quedé cautivado por su atractivo de amanecer: sereno y brillante. Su forma de expresarse y su voz fueron cómplices del posterior secuestro de mi celibato civil. Era notorio que mostraba una madurez impropia de su edad. Paz es diez años menor que yo y al principio esa diferencia retrajo mi impulso de convertir la admiración en una declaración afectuosa, pero durante un baile dominguero en un almacén de su pueblo, con la investigación de los crímenes aún sin culminar, supe que no iba a poder mantener la brida emocional. Un pasodoble (ejecutado por mi parte con una discrepancia evidente con el ritmo, pero con sus dos pies intactos tras la prueba de fuego) me permitió rozar su cuerpo con una sensación inédita de felicidad y deseo que no me ha abandonado desde entonces.

Al acabar mi cometido profesional me marché de aquel pueblo con la promesa tácita de un regreso, que se hizo carne (entre otras razones por la solicitud de visita al padre de Paz, carnicero de profesión) una semana más tarde, cuando formalicé mis intenciones románticas ante mi futura novia y toda la familia consorte. La respuesta de Paz fue inmediata, afirmativa y fuera de protocolo, lo cual me satisfizo y turbó a la vez, en parecida proporción.

Hasta ese momento, mi historia sentimental se podía calificar como aparente. E, incluso, diría que autoimpuesta como un deber más, con la esperanza de desmentir mi legendaria tendencia a no mostrar emociones intensas. Una novia en Almansa, mi pueblo natal, a la que veía una de cada tres veces que acudía en mis permisos y vacaciones, había supuesto todo mi bagaje oficial anterior. Cualquier excusa era preferible al cumplimiento del compromiso con aquella paisana. Para una persona sometida a un régimen militar, que buscaba destinos cada vez más alejados de su lugar de origen, ese noviazgo llegó a equipararse en mi mente con un arresto. Era una relación exclusivamente formal, debido al mantenimiento de las formas y la omisión del fondo físico. Así que cuando Paz entró en mi vida (ya con un tres como decena) supe que era mi primer amor. Y lo supe porque no lo había sabido antes.

Cuando estaba con ella me envolvía, por desconocido, un extraño sentimiento de plenitud, aunque en esa época no la veía tanto como habría deseado. Solía viajar a su pueblo los días que libraba de mis obligaciones laborales y algunas veces nos fugábamos juntos (como un secuestro mutuo y consentido) a Cuenca a bordo de mi intrépido utilitario, pero siempre retornábamos a Villanueva antes de que el carnicero de su padre diera uso a alguna herramienta fuera del trabajo. Nuestra actividad favorita cuando estábamos juntos era pasear por las calles de Cuenca; Paz es adicta a la zona antigua de la ciudad, a las empedradas alturas flanqueadas por las hoces de los dos ríos, a las Casas Colgadas como adornos al borde del abismo, agarradas unas a otras para no despeñarse, y a las ruinas que supuran historias medievales. De vez en cuando, también bajábamos a tierra firme y acudíamos al cine España o al Xúcar (más íntimo y

cercano en todos los sentidos) para ver películas con finales felices. Cuando el atardecer ya bostezaba, sin que hubiéramos traspasado la barrera de los besos furtivos, volvíamos a su pueblo, donde el aire siempre parecía más espeso que a la ida.

Paz seguía viviendo en Villanueva por varias razones. La fundamental era que en su familia todos eran muy tradicionales y, hasta que un sacerdote ungido no nos diera permiso oficial para cohabitar, el pecado no era una opción. Además, su padre estaba convaleciente por una mala caída y le había dejado a su cargo, hasta su completa recuperación, la carnicería que regentaba, pues ella es una persona comprometida.

Para compromiso el que tenía yo con el caso del asesinato del camionero. A pesar de todas mis reticencias, corazonadas y rebeldías, no había podido encontrar en mis andanzas por el pueblo un solo indicio de que el culpable no fuera el agricultor fugitivo. Los testigos habían sido bastante firmes en sus declaraciones.

Pero, ante todo, no quería terminar dando la razón absoluta al sargento Calleja, para evitar sus miradas arrogantes de listillo sin soporte.

Desde que me lo habían asignado, tenía la sensación de que ese asesinato encerraba algo más que una reacción iracunda en una discusión de bar. Y trataría de demostrarlo.

Por encima de mi instinto, mi orgullo me impedía dar por concluido el asunto y limitarme a esperar a la detención del único sospechoso. Tenía que sondear todas las posibilidades, sobre todo la de la conexión del muerto con el agente del fielato detenido. En la comandancia le pediría al capitán Muñoz que me dejase interrogarlo, aunque ya lo hubieran hecho en su día mis compañeros. Ellos no se

habían centrado solamente en Mateo Moya, sino en las decenas de transportistas que habrían llegado a Cuenca por la carretera de Valencia y que no habían declarado su carga ni pagado las tasas oficiales (a cambio de las ilegales). Una investigación rutinaria, lejos de la minuciosidad que requiere un asesinato.

Las ideas cruzaban fronteras en mi mente para encontrar las claves y empezaban a perder la senda de la lógica. Además, me dolía un poco la cabeza porque el descanso nocturno había sido demasiado corto.

Para espabilarme, me lavé la cara en la jofaina que tenía en mi habitación de la pensión de la calle de Antonio Maura y luego salí al pasillo para ir al baño común, que compartía con los otros huéspedes: dos hermanos que trabajaban de maestros en el colegio El Carmen, ambos de un pequeño pueblo conquense llamado Cervera del Llano.

Vivir en un alojamiento compartido con extraños no era la situación ideal para una persona de mi edad, pero me había acostumbrado. En realidad, tenía ya apalabrado un piso en la misma calle de la pensión para entrar en régimen de alquiler en cuanto Paz se viniera a vivir conmigo. Un piso con dos habitaciones, baño y cocina. Mientras tanto, estaba bien en ese lugar donde la dueña cocinaba como mi abuela, y esa es una gran referencia. Me bastaba con una habitación propia para el poco tiempo de descanso que disfrutaba tras cumplir con mi deber laboral y con mi deber social.

Una vez hechos los deberes del baño, me puse la camisa, la corbata y el traje por riguroso orden de jerarquía en mi cuarto; siempre de paisano elegante. Los de la brigadilla no llevamos uniforme, algo que se agradece por varias razones. En verano es

evidente que la ventaja es no ir cocidos en nuestro propio jugo, y el resto del año nos permite pasar un tanto inadvertidos entre la población urbana, igual que los detectives de las películas. Aunque los malos tienen un sexto sentido poco común para detectarnos.

Para finalizar los preparativos matinales, bebí un trago de agua fresca del botijo y salí de mi habitación dispuesto para la acción. Era casi mediodía, así que debía pasar por la oficina antes de ir a trabajar.

9

En la plaza Cánovas, oficialmente Calvo Sotelo, al pie de las escaleras que suben a la calle Colón, está la taberna La Maña, que regenta Matilde López, viuda (de las de verdad, no de sobrenombre) de un antiguo futbolista de la U. B. Conquense. Además, Matilde había sido una pionera en el deporte femenino: jugadora de balonmano y de hockey en sendos equipos de la ciudad, cuando las mujeres aún llevaban para tales menesteres pololos y una especie de mandil. No imagino una mayor incomodidad.

Después de bostezar como saludo a un latoso cliente habitual, me acerqué a la barra del local, tras la que una mujer morena, recia y de facciones duras me dedicó una sonrisa que parecía una intrusa en su cara.

—¿Un penalti, mi brigada?

—Claro, Matilde.

Con la cerveza me regaló unas aceitunas en adobo secreto que me hicieron recuperar la fe en el mundo rural. No tenían nada que ver con las que venden en los colmados.

Degustaba mi frugal desayuno cuando un hombre con gabardina y sombrero, alto, recio y cabezón, se acercó a mí hasta la rozadura e inclinó su resalte en confidencia.

—Muy pronto le das al alpiste. ¿Sabes que de servicio no se puede beber alcohol? Si hay algún policía por aquí, podrías tener problemas.

—Ha sido una noche toledana. He dormido regular y necesito un reconstituyente —me justifiqué.

Al inspector David Parra, del Cuerpo General de Policía, aparte de un colega de profesión, lo consideraba un amigo. Habíamos compartido en multitud de ocasiones algo que une verdaderamente a los hombres: la barra de un bar, muchas tardes de confidencias y cubiletes que se prolongaban hasta la madrugada en ocasiones. Incluso pasamos juntos la anterior cena de Nochebuena, cuando a los dos nos tocó trabajar en época navideña. Yo no pude ir a mi pueblo ni él a Teruel, su ciudad natal, por nuestro compromiso con la Patria. Buena noche de anécdotas, con sendos bocadillos de calamares como plato principal, regados con vino y mistela.

—Ayer te perdiste una partida emocionante de embustero. Calixto Buendía perdió el apellido y cuarenta duros —me comentó mientras hacía una seña a Matilde para que le sirviera lo mismo que a mí.

—Es que ese hombre no tiene medida. Menos mal que trabaja en un banco. —Negué con la cabeza—. No pude venir porque me asignaron un viaje de negocios. Tuve que ir a un pueblo cercano, Fuentefría, por un asesinato. La víctima es uno al que llamaban el Legionario, un apodo que promete muerte.

—Si te mandan a ti será porque es complicado el asunto, imagino.

—No lo parece, en principio. Hay un sospechoso huido y testigos que lo culpabilizan sin dudar. —Parra colocó las palmas de las manos hacia arriba, como si me pidiera explicaciones—. La verdad es que fui a ese pueblo por el consumero al que detuvo tu gente el otro día.

—El del fielato de la carretera de Valencia. Sé que el comisario os lo pasó a vosotros, pero no estoy muy al tanto del tema.

—Nos lo pasó porque el hombre tenía tratos bajo cuerda con camioneros y transportistas de la provincia para no revisar su mercancía cuando llegaban aquí —expliqué—. Uno de ellos era el asesinado de Fuentefría, el Legionario. Por eso mi capitán me mandó a ese pueblo: para que investigue si el crimen estaba relacionado con el consumero.

—¿Y qué has averiguado?

Se aflojó el nudo de la corbata y se desabrochó el botón superior de la camisa. Parra empezaba a estar entrado en carnes, como se suele decir, y el cuello de roble que tenía luchaba por liberarse de la opresión.

—Aunque parece muy evidente que el asesino es el fugado, hay cosas que no me cuadran. Por ejemplo, lo que transportaba el muerto. Debía de ser algo importante para sobornar a un consumero.

Permaneció pensativo un momento, no sé si buscando una explicación a lo que transportaba el muerto o calibrando si tenía sentido dudar de la versión más coherente. Yo mismo trataba de encontrar algún puntal en el que apoyar mi rebeldía deductiva.

—Quizá todo sea una intuición mía, pero voy a seguir ese hilo —me reafirmé como un Teseo sin la heroica prestancia—. Al sospechoso que lo trinquen los rurales, que para eso están. Si al final yo tengo razón, no hay mayor premio que evitar que un inocente pague por un crimen.

—Hay pocos inocentes en este mundo, amigo. El dinero lo puede y lo pudre todo —rebajó Parra mi determinación.

—Tienes razón. Mira el consumero. Se supone que tenía que hacer cumplir la ley y era el primero en pasársela por el forro de sus caprichos.

Los agentes de la ley tendemos a poner en duda los instintos de las personas que no conocemos bien. Sabemos que hay un sustrato perverso encerrado en el ser humano, que puede dispararse con algún resorte. Es el problema de lidiar con el lado oscuro todos los días. El brillo pasa desapercibido.

—Hablando de consumeros, ¿te han contado lo que le pasó a uno hace algún tiempo, aquí, en Cuenca? —me preguntó tras un silencio mutuo.

—¿El que paró a un carretero que se bebió la garrafa de vino para no pagar la tasa?

—No. El que paró a un camionero que llevaba de copiloto un gorrino disfrazado con sombrero y abrigo.

Reímos y luego bebimos sincronizados, aunque él apuró de un trago su consumición. Haciendo un gesto con la mano, solicitó auxilio líquido a la camarera.

—La verdad es que, a pesar de que alguno se salte la ley, lo que tienen que aguantar los agentes del fielato no está escrito —reflexionó Parra.

—Sí. Todo el mundo trata de engañarlos. Casi como a nosotros. —Alcé el vaso y miré a mi compañero—. Pero vamos a dejar el trabajo ya, que luego soñamos cosas malas.

Brindó conmigo. Nos interrumpió una risotada de la camarera.

—Matilde está hoy muy contenta —comenté.

—Es que esta misma mañana ha estado aquí un actor: Conrado San Martín, el de *Locura de amor*. Todo un galán. Están rodando una

película por los alrededores de Cuenca y por la serranía.

—Pues hace poco rodaron otra por estos parajes, *El príncipe encadenado*. La vi con Paz cuando la estrenaron en el Xúcar. No estaba muy allá, aunque la fotografía era fantástica.

—Se le podrá negar otra cosa, pero Cuenca tiene vistas para regalar —dijo Parra ufano.

Tenía razón. Es difícil no enamorarse de esta ciudad suspendida entre piedras, bella y noble; también imperfecta, como el fondo de un cuadro renacentista, cruzada por las cicatrices que la naturaleza tajó con sus hoces. Aunque solo seas un visitante, sientes un vínculo inexplicable con ella y la anotas como destino.

Es lo que experimenté al poco de empezar a vivir allí y por lo que luché para que no me trasladaran a otro lugar cuando me concedieron mi último ascenso.

El ascenso es, precisamente, el mayor inconveniente de Cuenca. El que mis padres recuerdan la única vez que la visitaron hacía ya algunos años desde nuestra Almansa natal. Vinieron en tren, agotados por el traqueteo, y, casi nada más bajar en la estación, con una breve parada para un refrigerio, les hice subir a pie el camino empedrado desde el puente de la Trinidad hasta la plaza Mayor (aún no tenía mi coche), para que vieran al menos la catedral y las Casas Colgadas. Mi madre ponía cara de arrobo agotado ante cualquier edificación antigua, mientras que mi padre, menos diplomático, añoraba sus llanuras natales: modestas y recatadas.

No han vuelto a visitarme nunca más ni yo he insistido. Y eso que soy su único descendiente (tal como es mi devenir para ellos). La realidad es que no me considero una persona demasiado apegada a mi familia. Fui un niño tímido y débil que huía de los pasatiempos

habituales de mis coetáneos en el pueblo, la mayoría de los cuales premiaban la buena condición física. Tampoco quería que mis padres supieran de mi aislamiento social, así que buscaba escondites para ocultar el tiempo hasta mi regreso a la hora de la cena. Si alguno de los dos sabía lo que ocurría, nunca me lo dijeron. En cierta ocasión volví a casa con un ojo morado, fruto de un correctivo de mi maestro, don Sinesio, que no era muy tolerante con los bostezos en plena clase y que lanzaba con destreza paleolítica cualquier objeto que tuviera a mano. A mí me correspondió en suerte un tintero vacío, que a punto estuvo de asemejarme en algo a los piratas de mis lecturas. Ni siquiera mi madre advirtió el moratón que adornó mi ojo durante unos días. Mi padre nunca me miraba a la cara, así que era improbable que se percatara de mi situación marginal, y si alguno de los dos fue consciente en algún momento nunca me lo dijeron. Con los años, la comunicación entre nosotros (sobre todo con mi padre) se hizo cada vez más jerárquica y espaciada, hasta que me marché a estudiar Magisterio a Albacete y se fue difuminando, al igual que lo hizo mi futuro ante sus ojos cuando abandoné poco después la carrera docente (que no terminaba de *vocacionarme*) por una militar, pese a que el sueldo era mejor y más estable. Supongo que ya se habían hecho a la idea de que, al menos, el inútil de su hijo iba a tener el «don» como presentación cuando terminara de estudiar.

Ni eso les concedí en mi afán por defraudar.

10

Después de otros dos reconstituyentes (por aquello de evitar desmayos) y con la satisfacción de haber cumplido con la primera tarea del día sin sobresaltos, puse rumbo a mi trabajo.

Nada más salir a la calle, me recibió una lluvia fina, aunque pertinaz, que me hizo lamentar mi rechazo a llevar sombrero. Paré un momento debajo de un árbol, pero recordé un refrán que repetía mi abuela cada vez que el cielo descargaba agua: «El que se cubre debajo de la hoja, dos veces se moja». Atendí a la sabiduría popular y me acerqué a los muros de los edificios, para que sus aleros me protegieran a intervalos, a la vez que aceleré el paso como había hecho en Fuentefría siguiendo al esquivo sargento Calleja. Al menos la visita me había servido como entrenamiento físico.

El capitán Muñoz no estaba en la comandancia, así que no lo pude poner al tanto de mi visita a Fuentefría. El cabo Álvarez me informó de que no iba a volver en toda la mañana por un asunto personal.

Como no me apetecía adentrarme en la burocracia cotidiana ni mi superior ausente me iba a poder vigilar, decidí retirarme discretamente a mis aposentos privados para descansar del trajín mañanero.

Tan estoico como profesional, de camino a la pensión no quise hacer más trámites, y eso que en Cuenca hay casi un bar por

habitante.

Nada más llegar a mi cuarto, caí rendido en la mullida cama. Después de un sueño fugaz, me desperté sobresaltado porque casi se me había pasado la hora de una reunión y una llamada importantes.

Caminé unos metros hasta el salón de la pensión, donde fui recibido por los acordes de «La Generala», de Radio Nacional, como si se reconociera mi estamento en el lugar. Me senté a la mesa ya escuchando al locutor del parte de las dos, que anunciaba a bombo y platillo la construcción en Barcelona de un monumento dedicado a José Antonio. No sé si al Caudillo le hizo mucha gracia que el fundador de la Falange le siguiera robando protagonismo desde la tumba, si bien lo había colocado junto a él, en forma de retrato, en todas las escuelas y los organismos oficiales, como su lugarteniente, sin posibilidad de sucesión por incomparecencia.

Después de comer un contundente cocido con los otros huéspedes (Antonio y Emiliano) y con Carmen, dueña a la vez que cocinera, a las tres en punto llamé por teléfono a mi novia, sin «La Generala» como sintonía.

Me contó que su padre progresaba adecuadamente y que pronto tendríamos ocasión de coincidir en tiempo y espacio, con el debido recato que nuestra relación no ungida exigía. Yo le relaté mi periplo por la provincia, sin detalles escabrosos, y, ante todo, que tenía acumulados para ella varios números de su revista de decoración favorita, su verdadera pasión, por si podía ser un cebo más apetecible que mi persona. Añadí que en la biblioteca pública de Sánchez Vera también había revistas de ese tipo.

Al sacar el tema de la decoración, Paz se volvió más elocuente, y su voz, melosa. Me dijo que en nuestro viaje de novios iríamos a Basilea, una ciudad de Suiza, para visitar la fábrica de muebles Vitra. Un primo suyo había emigrado allí y le contaba por carta maravillas del lugar: que allí había muchas máquinas y que el futuro estaría lleno de robots que sustituirían a los humanos en las funciones más laboriosas. Daba miedo pensarlo, aunque pudieran ahorrar el trabajo sucio.

Como colofón a nuestra charla, me relató las desventuras de su amiga Sonia, a la que su novio, un soldador de primera que trabajaba en Madrid, había abandonado por una cabaretera del Pasapoga. Noté que la historia iba más dirigida a mi conciencia masculina que a mi interés por el anecdotario popular. También pensé que la tranquilizaría al afirmar que lo más parecido al cabaret que se había visto en Cuenca era el Teatro Chino de Manolita Chen, al lado del cerro de Los Moralejos, en una de sus *tournées* por toda España. No sé si la convenció mi *excusatio non petita*.

Me despedí con cierta desazón. La separación física se me estaba haciendo más larga de lo que habría imaginado nunca. Tendría que hacer lo posible por remediarlo. El mes siguiente se cumpliría nuestro primer aniversario como novios y habíamos fabulado con hacer una excursión a Madrid para acudir a alguna representación teatral y comer calamares en la plaza Mayor. Pero ese viaje dependía, en gran medida, de mis circunstancias laborales y de la completa recuperación del padre de Paz, por lo que no era demasiado optimista.

Tras la llamada, renovado en algunos aspectos y anhelante en otros, salí a la calle para enfrentarme al mal, y lo primero que

encaré fue el olor a resina que salía de la fábrica de enfrente de la calle de la pensión. Era un hedor que se pegaba como una lapa a la pituitaria y te perseguía el resto del día. Siempre llevaba mi pañuelo a modo de escudo, con un poco de colonia para evitarlo o paliarlo cuando menos.

11

Volví a la comandancia con la nariz irritada por el alcohol aun sin haber pisado un bar en el trayecto. Acompañado por el repiqueteo de mis zapatos sobre las escaleras de madera, ascendí al piso superior en altura y jerarquía. Esa vez el capitán Muñoz sí estaba en su despacho.

Sentado en una silla tras el escritorio, pulcro en su uniformada vestimenta, fibroso y moreno, aparentaba menos edad de la cincuentena que ya había rebasado. Nadie habría podido adivinar que tenía veinte años más que yo. Era sabido que se mantenía en forma corriendo diez kilómetros todas las mañanas antes de acudir a la comandancia, una costumbre muy sana, digna de imitar. He considerado en muchas ocasiones levantarme temprano y realizar alguna actividad deportiva; si bien soy delgado por naturaleza, mi forma física no es la más adecuada para perseguir maleantes ni para subir a la plaza Mayor a trote cochinero siquiera.

Relaté a mi jefe todo lo ocurrido en Fuentefría y mis impresiones acerca del asesinato. Lo noté como ausente, con la mirada perdida en mi nuca, a pesar de que estábamos cara a cara. Algo muy extraño en él, pues es la persona más diligente que he conocido en mi negocio; siempre había estado centrado en lo profesional, sin reflejar su estado de ánimo.

Le pregunté si podía interrogar al consumero detenido por aceptar sobornos, pero ni siquiera me contestó. Se quedó callado, mirando esta vez a la ventana del despacho.

—¿Se encuentra usted bien? —pregunté con un tono de preocupación maternal.

Después de unos segundos de silencio pareció volver a la realidad.

—No. Para serle sincero, no estoy bien. —Me sorprendió su declaración tan directa—. Quisiera comentarle un tema personal que es bastante delicado, si tiene un rato.

—Por supuesto. Lo que usted necesite.

Se levantó de la silla y se acercó a mí. Me incorporé para corresponderlo.

—Pero no me gustaría hablar de esto aquí, por no mezclarlo con los asuntos oficiales. Vamos a la cafetería Colón, si le parece bien. Los demás locales son demasiado ruidosos y están muy concurridos a estas horas.

Asentí sin dudar. Los bares conquenses ejercen en mí una atracción simpar en horario laboral. Siempre hay una gestión que se puede realizar desde alguno o algunos.

Bajamos por la calle Teniente González, popularmente conocida como el «callejón de los guardias», y encaramos la avenida José Antonio, la antigua Carretería, donde el reloj de cara de Notario marcaba las seis y cuarto. Edificios uniformes de balcones y fachadas de colores nos escoltaban envejecidos en un lugar donde se concentraba la mayor parte de la actividad social de la ciudad, pero al que la piqueta y la falta de ordenación urbanística ya empezaban a causarle estragos estéticos.

Acorde con la hora, transitaba bastante gente en ambos sentidos, lo cual nos obligó a ir en fila india en alguna ocasión. Yo siempre detrás; posición y rango.

Muchos conquenses salen a pasear por esta calle sin rumbo u objetivo fijo, simplemente para perder el tiempo o dejarse ver. Mi amigo Guti (un experto en mostradores) llama a Carretería la «feria de muestras», porque la mayoría de la gente lo único que busca es exhibirse. Otros lo llaman «el tontódromo»: dar giros como un borrico de noria.

A pesar de la aglomeración vial, enseguida llegamos a nuestro destino, al lado del cine España, donde proyectaban *¿Dónde vas, triste de ti?*, título que parecía una referencia al capitán Muñoz en aquel instante.

Sentado al lado del cine, el «padre» Isaías, limpiabotas oficial del lugar, me saludó con la mano y señaló mis zapatos de cuero. Hice un gesto de negación, para dar a entender que ya me los limpiaría yo mismo con la crema Búfalo que guardaba en mi habitación. Mi padre trabajaba en una fábrica de zapatos de Almansa desde hacía más de cuarenta años y me había inculcado siempre la importancia de llevar el calzado impoluto, como cualquier otra prenda de vestir, uno de los pocos legados verbales que me había entregado, tan distante conmigo como desilusionado.

Galante, el capitán me cedió el paso al local designado para nuestra reunión. Nada más entrar respiré el humo de un puro que fumaba un bigotudo que salía a la calle. Lo sentencié a garrote vil con la mirada.

Era mi primera vez en esa cafetería. La razón principal: falta de aperitivos con la bebida. También que la clientela habitual era

demasiado exclusiva para mi gusto. Eso se lograba con un precio de las consumiciones que los estudiantes y asalariados no solíamos tolerar. Prefería alternar en otros locales más modestos y castizos de la zona: el Torremocha y sus manitas de cordero, La Martina con su ensaladilla rusa, los penaltis *aperitivados* de La Maña o el vermut en la confitería Ruiz. Lugares de ambiente popular.

El mostrador del Colón no era grande; así y todo, el mármol de la barra daba una impresión de solidez engalanada por el brillo de los espejos traseros y de los vasos perfectamente ordenados. Costaba imaginar una bebida encima; mucho menos un codo.

Cerca del mostrador había una especie de escenario separado por una barandilla de madera, donde estaban distribuidas varias mesas. A todas ellas, incluidas las de abajo, les hacían corro butacas o sillones granates en vez de sillas. En aquel momento, solo unas cuantas estaban ocupadas por clientes. Calculé media entrada.

Por lo demás, era un espacio bastante iluminado, con ventanales indiscretos y sostenido por varias columnas, aunque alguna de ellas solo cumplía una misión (o más bien visión, por sus colores) decorativa.

El capitán, uniformado y estrellado, a juego con el escenario, se detuvo en medio del local y quedó presto para pasar revista. Yo, vestido de paisano con garbo, me coloqué a su lado como si la tropa fuera a desfilar delante de nosotros.

El único que se sintió aludido fue un hombre elegante y delgado, de nariz afilada y cabello brillante en el que asomaban algunas canas, quien se aproximó a nuestra posición con una amplia sonrisa.

—Mi capitán, ¿cómo está usted? —saludó dándole un apretón efusivo de mano a mi superior—. Hacía ya meses que no lo veíamos

por aquí.

—Sabe usted, don José, que yo no soy de bares, pero siempre que tengo que ir a uno el suyo es mi primera elección.

—Pues es todo un honor, créame.

El hombre parecía todo un profesional de las relaciones públicas, esbozando una alegre mueca que dejaba ver unos dientes lo bastante blancos para mostrarlos de manera frecuente, aunque algo irregulares.

—Lo veo a usted estupendo, como siempre —prosiguió con los cumplidos, lo que me hizo sentir cierta envidia y la conciencia de que el rango de oficial es como un título nobiliario en algunos lugares.

—Muy amable —agradeció el capitán.

Voces y risas hicieron que nos girásemos hacia la puerta de entrada. Dos hombres jóvenes escoltaban trajeados a uno de más edad parecido al pintor Salvador Dalí. Entraron como si el local les perteneciera, saludando de manera efusiva a los camareros y a algunos clientes. Cuando vieron al dueño a nuestro lado, se acercaron.

—Don José, hoy hemos adelantado la hora de nuestra reunión habitual, pero es que hemos quedado con Federico, que se acuesta antes que algunas gallinas —explicó el hombre de más edad al anfitrión.

—Sabe usted, don César, que no hay problema. Esta es su casa.

El verdadero dueño adoptó un gesto más serio y se volvió hacia nosotros.

—Permítanme que les presente a don César González-Ruano, insigne periodista y escritor.

El aludido inclinó la cabeza, algo exagerado, mientras que el más bajo de sus escoltas nos escudriñaba muy ceñudo, con sus ojos saltones.

—Capitán Jesús Muñoz, para servirles, y él es el brigada Andrés Valencia.

—Entonces aquí estamos seguros —comentó sonriente el escritor mientras miraba a sus acompañantes—. Ellos son dos jóvenes promesas del periodismo patrio: don Raúl del Pozo y don José Luis Coll, quien, a pesar de su escasa apariencia de galán, también es actor.

Todos reímos la ocurrencia del hombre, que tenía un aura de autoridad y sabiduría superior al resto, incluido mi admirado capitán.

Entró por la puerta un hombre alto, con gafas, frente colonizadora y cabello desahuciado, que parecía que estaba perdido. Miraba hacia el fondo vacío de la cafetería como si esperase una aparición. Era Federico Muelas: un reseñable periodista y poeta conquense, el cual me había sido presentado en una ocasión por un plumilla del *Ofensiva* que jugaba conmigo al cubilete.

—Ahí está Federico —dijo el portavoz de los artistas, señalando con un dedo largo y anillado—. Vamos a comenzar ya la tertulia, que de lo contrario se pone nervioso. Un placer, señores. —Hizo una leve inclinación.

Nos despedimos del mundo de las letras y nos quedamos únicamente con el vocal.

El capitán le puso una mano en el hombro.

—Don José, es mejor que el brigada Valencia y yo vayamos a sentarnos arriba, si le parece. Necesitamos hablar de temas importantes y aquí hay mucho jaleo.

—Faltaría más, mi capitán. Los acompaño con gusto —dijo, haciendo un gesto con el brazo, como si fuera un torero.

12

Subimos por unas escaleras hasta la parte superior, desde la que se contemplaba el resto de la cafetería y donde un piano mudo aportaba un toque añadido de elegancia y distinción. Elegimos la mesa más alejada, para buscar intimidad.

—Ahora les mando a Faustino o a Julián para que les sirvan lo que quieran.

—Muchas gracias.

El dueño del local se despidió con la amplia sonrisa que aparecía permanente en su cara. Enseguida llegó un camarero joven y nos tomó nota.

—Un resolí —pidió mi capitán.

—Yo, un Cinzano negro con un poco de ginebra y sifón —me animé, dado el carácter personal de la reunión y que mi jefe había abierto la veda alcohólica.

Cuando nos trajeron las consumiciones hicimos una pequeña cata antes de depositarlas sobre el vidrio oscuro de la mesa y comenzar nuestra tertulia. Tomó la palabra el demandante.

—Quiero que lo que le voy a contar permanezca entre usted y yo, por favor. Es un asunto personal, muy delicado. No debe trascender, ya que podría suponer una tragedia terrible para toda mi familia.

Asentí despacio e imité la cara de preocupación de mi superior.

—Se trata del hijo de mi sobrina. —Calló durante unos segundos, como si yo lo conociera—. Lo han secuestrado.

—Lo siento mucho. ¿Ha sido en Cuenca? ¿Lo está investigando la policía? —Traté de ser cuidadoso con mis preguntas, pues era un tema sensible y presumía que me iba a ver implicado.

—Esa es la cuestión.

Noelia, la hermana del capitán, estaba casada con Alberto Cañamares, un importante constructor y empresario proveniente de Madrid y afincado en Cuenca desde hacía muchos años. Claudia, la única hija del matrimonio, se había ennoviado al cumplir dieciséis años, a pesar de la oposición de la familia, con un vivalavirgen, un imán que atraía los problemas y repelía el esfuerzo, de nombre Amadeo, como el rey huidizo. Meses después, el inesperado embarazo de Claudia precipitó los acontecimientos y las ceremonias. Casi se atropellan el casamiento y el bautizo del niño, que entonces acaparaba la inquietud de mi superior.

—Tiene solo tres años, Andrés.

Me causó una inesperada impresión oírlo pronunciar mi nombre de pila sin cargo adyacente. Seguido, sus ojos se humedecieron hasta la lágrima. Resultó tan conmovedor que se me anudó la garganta como si llevara una corbata demasiado apretada.

El capitán Muñoz siempre me había parecido un hombre serio y respetuoso, nunca tan sensible. Estuve tentado de realizar algún gesto de consuelo, pero la brida de la jerarquía contuvo mi mano.

Cuando se recompuso, me contó que al crío lo cuidaba una niñera mientras sus padres estaban ausentes. Claudia, la sobrina del capitán, pertenecía al Auxilio Social y todas las mañanas ayudaba a los desfavorecidos. Su marido era uno de los encargados de obra de

la constructora Sagarra, copropiedad de su suegro, y no solía llegar a su casa hasta la hora de cenar, salvo algunas comidas dispersas.

—Y casi siempre pasado de rosca —añadió, a la vez que señalaba su copa.

El secuestro había tenido lugar la semana anterior a esa conversación con el capitán, en torno a las doce de la mañana, mientras el niño permanecía solo en la casa.

—La niñera contó que antes del mediodía había recibido una llamada del hospital para avisarla de que su padre había sufrido una crisis y estaba a punto de morir. El hombre estaba ingresado desde hacía días por una pulmonía.

—Entonces la mujer salió de la casa —aventuré.

—Dejó al niño solo. —Negó varias veces con la cabeza en señal de incomprensión—. Una criatura de apenas tres años. Luego dijo que había sido poco tiempo y que el niño estaba durmiendo cuando ella se marchó. Que había cerrado con llave la puerta de la casa y corrido hacia el hospital.

Terminó de un trago la copa para aliviar su garganta, que emitía algún tono desafinado, por la emoción.

—Supongo que la llamada era falsa.

—Supones bien. Nadie había llamado desde el hospital y el padre de la niñera permanecía estable. Ya le han dado el alta, incluso.

Carraspeó un par de veces para aclararse la voz, que oscilaba entre el desasosiego y la indignación, como la expresión de su cara.

—Afirma que estuvo fuera durante menos de media hora, pero que cuando volvió a la casa estaba entornada la puerta y el niño había desaparecido.

Dejar solo a un niño tan pequeño me parecía un acto negligente, pero también podía empatizar en cierta manera con la cuidadora, ya que un ser querido en riesgo de muerte habría sido una excusa lo suficientemente comprensible, en caso de que la llamada hubiera sido real, para acudir a cualquier lugar sin pensar en lo que se queda a tus espaldas.

El capitán relató que poco más tarde había llegado el padre del niño, quien acudió ese día a comer a casa, y se encontró con el panorama. Del enfado y disgusto que le produjo la desaparición, echó a la calle con cajas destempladas a la niñera y la culpabilizó de todo.

Cuando la sobrina del capitán regresó de su labor benéfica, a eso de las dos de la tarde, se desmayó debido a la impresión por la ausencia de su hijo y permaneció inconsciente durante unos minutos. En ese intervalo, su marido, Amadeo, recibió una llamada de los secuestradores en la que le plantearon las condiciones para el rescate.

—Debía depositar cuatrocientas mil pesetas en el hueco de un árbol que hay detrás de la fuente del Abanico, en el Recreo Peral, al día siguiente a las diez de la noche. Él solo, sin nadie que vigilara cerca.

—Poco plazo para una cantidad tan grande —repuse, calibrando que a mí me costaría unos diez años sin pisar un bar y comiendo solo pan reunir ese montante.

—Amadeo llamó a su suegro y le explicó la situación. —El capitán Muñoz se pasó la mano por los cabellos, reflejando la ansiedad que sentía por todos esos acontecimientos—. Mi cuñado le dijo que no se

preocupara, que reuniría el dinero, pero que habría que avisar a la policía.

—Y eso no era posible.

—No. De ninguna manera. Los secuestradores habían dejado claro que, si se avisaba a la policía o notaban algo sospechoso cuando acudieran a por el rescate, no volverían a ver al niño con vida. Ni siquiera me lo contaron a mí hasta ayer, pues temían que yo interviniera de manera oficial.

Entendí la encrucijada que habría supuesto el asunto para una persona tan profesional como él. Con toda seguridad, yo también habría dejado al margen mi divisa en una situación similar: la familia siempre debe ser lo primero, incluso una descuidada y lejana en todos los aspectos, como la mía. No podemos deshumanizarnos hasta ese límite, ni siquiera por una vocación tan valiosa.

—Después de dejar el dinero, Amadeo tenía que acudir al bar Tobogán, en la calle de los Tintes, donde los secuestradores lo llamarían para decirle dónde podría recoger a su hijo —refirió mi superior.

—Pero algo salió mal.

Frunció los labios, confirmando mi conjetura.

—Según él, depositó las cuatrocientas mil pesetas donde le habían indicado y se marchó a toda prisa hacia el bar. Allí lo llamaron al rato esos malditos delincuentes. —Bajó la cabeza disgustado—. Afirmaron que habían visto rondar a una persona que tenía pinta de policía camuflado y que habían conseguido huir por poco. Que no iban a soltar al niño hasta que se les hiciese otro pago de doscientas mil pesetas por los riesgos corridos, pero que, como se repitiera la situación, ya no habría más oportunidades.

—¿Amadeo vio a alguien? —pregunté.

—Jura y perjura que no había nadie en el lugar cuando dejó el dinero.

El Recreo Peral es un lugar arbolado a la vera del Júcar donde los conquenses pasean, se bañan, meriendan, juegan a los bolos o celebran. Un remanso natural apenas visitado por las noches, al encontrarse alejado del casco urbano unos cientos de metros.

—¿Y no les pidió que pusieran al teléfono a su hijo para saber si estaba vivo?

Hizo un mohín de frustración.

—Parece ser que colgaron el aparato cuando terminaron el mensaje. Amadeo asegura que era la misma voz de la persona que había llamado a su casa la mañana del secuestro.

Me sonaba a chantaje interminable: a una paga periódica e infinita hasta que dejaran sin recursos a la familia. Los secuestradores sabían, sin duda, que el abuelo del niño era un hombre con dinero, y su objetivo era que lo compartiera o que lo cediera en su totalidad.

—¿Han vuelto a recibir más llamadas?

Negó con el dedo índice, el mismo que utilizó para pedirme que esperase.

—No volvieron a tener noticias de los secuestradores hasta ayer.

El capitán Muñoz hurgó en un bolsillo de su pantalón y sacó un papel doblado. Con cuidado, lo extendió sobre la mesa y me lo acercó.

Era una nota hecha con recortes de una revista. Casi todas las letras tenían una forma y un color distintos. Algunas eran negras, pero con un reborde coloreado.

TENGO AL CRIO ME BAIS A DEJAR OCHOMIL DUROS EL OTRO MIERCOLES EN LA PAPELERA DETRAS DEL QIOSOO DEL PARQE SAN JULIAN A LAS DOS

Aunque las letras de tipografía se distinguían perfectamente, casi hacía falta traducción.

—La dejaron en el buzón del piso de mi sobrina. La recogió ella misma.

—Supongo que se refieren al próximo miércoles, si fue ayer cuando la dejaron.

—Debe de ser, aunque parece escrito por alguien casi analfabeto. No parecen muy cultos. O quieren no parecerlo a propósito, para alejar sospechas.

Yo también me inclinaba por esa opción. Ningún delincuente proyecta dejar pistas claras en un acto premeditado. Otro asunto son los crímenes que no se planifican, fruto de un impulso momentáneo o un accidente. No parecía el caso. Los secuestradores controlaban la situación y los tiempos.

Estuvimos un buen rato en silencio: yo rumiando la información, así como las consecuencias que tendría para mí, y él imagino que esperando que me ofreciera como voluntario para participar en esa misión secreta.

—¿Qué me dice entonces, Andrés? ¿Puedo contar con usted? —Dio el primer paso con voz trémula, como si me estuviera pidiendo matrimonio.

Me miraba sin atisbo de exigencia. Tampoco de súplica. Solo era una mirada franca y triste a la vez.

—¿Podría hablar con los padres del niño cuanto antes? —le pregunté

Frunció los labios en media sonrisa y movió la cabeza en señal de aprobación.

—Claro. Ahora mismo. Seguro que mi sobrina está en su casa. Su marido, no lo sé.

Puesto que los líquidos se me habían desviado hacia el sur, acudí al baño antes de salir del local. Vi una báscula a la entrada. Algo original. No quise hacer uso, aunque yo no le habría supuesto mucho esfuerzo al aparato.

13

A pocos metros de la cafetería, girando en la plaza de Cánovas por el lado de la farmacia, está la calle del Agua, afluente de la de los Tintes, cual insalubre evocación.

Es una calle comercial (casi tanto como Carretería), famosa por varias inundaciones que la habían bautizado años atrás. Al transitarla, se pueden observar diversos comercios y el mercado a la derecha, aunque yo me fijé sobre todo en una sillería ubicada en el bajo de un edificio. Tendría que pasarme por allí en otra ocasión, para que me fabricaran una silla cómoda y adaptada a la sensibilidad de mi zona de reposo.

La sobrina del capitán vivía pasado el mercado de abastos y casi enfrente del colegio de las Josefinas, en un discreto edificio de tres plantas con balcones pequeños de rejas voladas y negras.

—Es el piso de arriba —me indicó el jefe de la compañía una vez dentro del portal.

Subimos unas escaleras estrechas y un tanto descuidadas. Aquello me extrañó. Por lo que me había contado el capitán, su cuñado era un hombre adinerado y además constructor, pero la hija no parecía vivir en una residencia lujosa. Ni siquiera había portería.

La madera de la puerta de la vivienda no presentaba mejor aspecto, con un barniz en retirada y el marco astillado en varias

zonas. Mi superior jerárquico la golpeó despacio un par de veces, puesto que no había timbre.

Nos abrió una mujer de aspecto adolescente, menuda y guapa hasta con la cara compungida. Un vestido negro sin mangas ponía de manifiesto la delgadez de sus brazos, de su cuerpo en general.

—Hola, Claudia. —El capitán se adelantó y besó a su sobrina en las mejillas.

Se giró hacia mí e hizo las presentaciones. La chica me tendió una mano pequeña y fina que cogí con cuidado por temor a que se deshiciera como la arena. Aparentaba ser una mujer muy frágil, devastada por los acontecimientos.

Pasamos al salón y el capitán y yo nos sentamos frente a ella con una mesa de madera envejecida como barrera. Se parecía a un interrogatorio en el cuartel, con bastante más clase.

La casa mostraba mejor aspecto por dentro: estaba cuidada y tenía una decoración elegante, austera, sin sobrecargar los muebles con enseres baldíos. En una estantería situada encima de un pequeño aparador había varias novelas del Oeste de Marcial Lafuente Estefanía; todo un clásico.

Diligente, la chica nos preguntó si queríamos algo de beber. Rehusamos; ya íbamos servidos.

—Mi madre se acaba de ir, tío —se dirigió al capitán—. Quería quedarse a dormir, como otras noches, pero al final la he convencido. Aquí no descansa apenas. Se queda en vela, como en un hospital. Y no hace más que insistir en que coma algo, pero yo tengo un nudo en el estómago por el que no me entra nada. —Puso las manos en su estrecha cintura—. Mi padre y ella están

empeñados en que me vaya a su casa estos días, pero yo no me muevo de aquí, por si vuelven a llamar esos canallas.

—Es normal. Están muy preocupados por el niño, pero también por ti. Debes cuidarte un poco para no caer enferma. En estos casos en lo que menos se piensa es en uno mismo —explicó su tío.

Claudia resopló y contuvo el llanto a duras penas, con suspiros profundos. Llamaba la atención su delgadez, más acentuada en la cara. Los pómulos resaltaban por encima de las mejillas hundidas, aunque el conjunto resultaba de una belleza delicada, como si fuera una muñeca de porcelana. Unas ojeras incipientes delataban una vigilia continua. El infierno que estaba atravesando esa mujer debía de ser inhumano.

Quise ir al grano antes de que se derrumbara anímicamente, para tener la mayor información posible y alguna pista que me orientara en la búsqueda del niño. Aquel no solo era un caso nuevo, con la incertidumbre y los interrogantes que cada uno de estos conlleva, sino que se trataba de un asunto que había que investigar con la mayor discreción, sin alertar a delincuentes ni autoridades. Muchos obstáculos para encontrar el camino correcto hasta la meta.

—¿Me puede contar lo que sucedió el día en que desapareció su hijo? Cualquier detalle que recuerde será de gran ayuda —le dije, con la voz más suave que fui capaz de encontrar en mis registros.

Se quedó un rato mirándome, como si de repente se percatara de mi presencia. No era una mirada recriminatoria por haberle recordado el peor momento de su vida, sino una que me pareció de súplica, humedecida por unas lágrimas que empezaban a dar sentido a todas las definiciones de la gravedad.

—Yo estuve esa mañana en el Auxilio Social. La verdad es que no me encontraba muy bien y no pensaba ir. Me estuvo doliendo la cabeza desde que me levanté, de vez en cuando me pasa. Tengo migrañas ocasionales.

Asentí comprensivamente. Notaba que ella hacía un esfuerzo supremo para hablar sin que le temblara la voz.

—Cuando volví y mi marido me lo contó, creí que me moría. Me entró un sudor frío y me caí redonda al suelo.

No pudo aguantar más y comenzó a llorar como una niña. Sus sollozos me acongojaron.

Esperé unos segundos. Su tío se levantó y le cogió una mano con ternura. Eso la calmó un poco.

Preveía que iba a ser el interrogatorio más duro que había hecho nunca, debido a la situación en sí y porque se trataba de la familia de mi jefe. Prefería enfrentarme mil veces a un asesino sin escrúpulos que se dedicara a maldecir a mis ancestros todo el tiempo y a amenazarme con destripamientos.

—Al despertar del desmayo, su marido le informó de la llamada que los secuestradores habían hecho, ¿verdad? —intervine para ayudarla a continuar una vez que se hubo tranquilizado. Afirmó con la cabeza.

—Mi niño…

Volvió a llorar con más intensidad y se le escaparon unos hipidos infantiles. El capitán se levantó y trató de consolarla de nuevo.

Claudia respiró hondo un par de veces y me miró fijamente. Estaba intentando calmarse a toda costa, para poder contar todo a la persona que iba a tratar de encontrar a su hijo. Una lucha externa contra un interior devastado.

Pareció conseguirlo momentáneamente y prosiguió con el relato.

—Después de la llamada, les pedimos el dinero a mis padres, porque nosotros ni de lejos podíamos reunir tanto.

—Lógico —afirmé.

—Al día siguiente, Amadeo fue con mi padre al banco y volvió con el dinero a casa. Cuando se acercó la hora, se marchó para entregarlo donde le habían dicho. Mis padres y yo nos quedamos aquí esperando hasta que mi marido volvió sin Nacho. Se me cayó el mundo encima. No entiendo qué clase de desalmado le puede hacer eso a una criatura inocente.

Suspiró y trató de recomponerse. De cuando en cuando seguía respirando profundamente, para regular sus emociones. Apenas lo lograba.

—¿Y la nota de rescate? —pregunté.

—La dejaron en nuestro buzón ayer. La recogí yo cuando volví de acompañar a mis padres al portal. Ahora la tiene mi tío. —Lo señaló —. A él se lo contó mi madre, aunque esos desgraciados habían dicho que nada de policía.

—Yo soy familia antes que guardia —aseguró, suavemente, el aludido—. Y Andrés es de absoluta confianza.

La chica asintió despacio; se secó las lágrimas con un pañuelo y me miró.

—Por favor se lo pido. Tiene que encontrarlo. Si le pasa algo, yo me muero.

—Vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano. Entretanto, si se acuerda de cualquier detalle o tiene alguna sospecha acerca de quién o quiénes han podido ser, por favor, no se lo guarde. Por descabellado que le parezca.

La joven asintió varias veces deprisa, para reafirmar su implicación. En ese caso era un epíteto gestual: nadie podía estar más implicado que ella.

—¿Notaron si faltaba algo o que hubiera algún desorden en la habitación de su hijo cuando su marido y usted llegaron a la casa? —inquirí, para seguir con la reconstrucción de los hechos.

—No. La cama deshecha, nada más. Si quiere se la enseño. Está tal cual, salvo que ya hice la cama.

—Claro —dije, y me levanté para reiterar mi predisposición y profesionalidad.

14

Entramos en la habitación. Parecía una estancia alegre a primera vista, decorada y amueblada para un niño. Para un niño ausente. Una habitación deshabitada.

Percibí un silencio estruendoso e inaceptable. A pesar de que no soy padre, me invadió una desazón tremenda. Llenar un espacio tan pequeño como el que deja una criatura debe de requerir universos.

Claudia se tapó la cara con las manos para ocultar un llanto que no terminaba de abandonarla. Imaginé que pasaba mucho tiempo en esa habitación desde el secuestro. Cuando descubrió su rostro, avanzó y colocó derecho un cojín ladeado de la cama. Mantener ocupada la mente, aunque fuera con esos mínimos detalles, era esencial para no derrumbarse.

La pared pegada a la cama estaba llena de dibujos de círculos unidos a un palote. Parecían trazos hechos con un lápiz grueso y oscuro, sin uniformidad.

—Perdone el desastre —se disculpó la mujer, que se había percatado de mi mirada—. En la última Feria de San Julián mi madre le compró a Nacho unos globos de helio. Al llegar al barrio los soltó y salieron disparados hacia el cielo, pero el pobre se debió de quedar tan impresionado que se dedicó a dibujarlos por toda la pared. No

hacía más que repetir que quería *gobos*. Le prometí que le compraría muchos cuando tuviéramos ocasión, pero…

Oímos el ruido de unas llaves que abrían la puerta de la entrada. Claudia se dirigió al salón con presteza. Su tío y yo la seguimos.

Un hombre joven con un bigote irregular se quitaba la gabardina con esfuerzo, como si fuera una camisa de fuerza. Era delgado, aunque con una incipiente protuberancia en el vientre, curvado aún más por el esfuerzo de su zona superior al desprenderse de la prenda atacante. También se le había curvado el flequillo, que parecía una visera.

Se acercó con los ojos entornados hasta donde estábamos el capitán y yo, sin hacer caso a Claudia salvo para arrojarle la rebelde gabardina. Supuse que era Amadeo, su querido y abnegado marido.

Apestaba a alcohol. No sé si era justificable, dados los acontecimientos de los últimos días, pero el evidente contraste con su mujer me produjo rechazo.

—Hola, tío Jesús —saludó al capitán con media sonrisa—. ¿A qué se debe el honor?

Mi superior lo observó con seriedad, gravedad más bien, sin contestar a su irónica pregunta. Por sus palabras en el café Colón, yo deducía que el tal Amadeo no debía de ser de su agrado, pues lo había calificado como vivalavirgen y fuente de problemas, pero en ese momento el ínclito estaba haciendo méritos para alcanzar el odio.

—¿Y usted es…? —Se dirigió a mí.

—Brigada Andrés Valencia —informé con sequedad, para mimetizarme con mi capitán.

Su contestación fue otra media sonrisa arrogante. Yo, corporativo, empezaba a tener los mismos sentimientos por ese tipo que mi jefe.

—Hay que centrarse en buscar a Nacho —intervino el capitán, dirigiéndose a su sobrina e ignorando al marido—. Vamos a hacer todo lo posible por encontrarlo cuanto antes.

—Cuéntenos lo que pasó aquel día, por favor. —En mi caso sí interpelé a Amadeo, solo por el interés testifical.

Me contempló un rato, como hago yo cuando miro un cuadro abstracto, y, tras un bostezo, se dignó responderme.

—Si están aquí es porque mis suegros han hablado con ustedes, así que ya lo sabrán todo del secuestro. —Arrastraba las erres al hablar, un efecto secundario de la uva.

Claudia intervino conturbada cuando el torpe orador la miró con desdén.

—Se lo contó mi madre. Yo le dije que no lo hiciera, pero ya sabes cómo es.

Me sentí molesto por la justificación de una madre desesperada ante un padre que no lo parecía tanto. Aquel hombre debía de tener un ascendiente muy poderoso sobre ella. Algo incomprensible para un observador imparcial.

—Es conveniente tener todos los datos y su versión, ya que fue usted quien habló con los secuestradores y acudió a pagar el rescate —dije con tono autoritario, para desviar la atención del sujeto sobre su mujer.

Amadeo asintió varias veces apretando los labios. Tras un alzamiento de cejas, abrió la boca sin bostezar y nos iluminó con su prosa condescendiente.

—Llegué a la hora de comer y me encontré a esa maldita de Alejandra llorando como Judas. Me dijo que el niño había desaparecido y me entraron ganas de matarla allí mismo, pero le ordené que se fuera para no cometer ninguna barbaridad. Ahora me arrepiento de no haberlo hecho.

Pasé por alto su intención delictiva para centrarme en lo que importaba realmente.

—¿Notó algo extraño cuando llegó, aparte de la ausencia de su hijo? —le interpelé.

—¿Extraño?

—Signos de que hubieran forzado la puerta o algún desorden, sobre todo.

—No. La puerta estaba bien. Alguien tuvo que dejarlos pasar, está claro.

—Siga, por favor, con lo que pasó después de su entrada a la casa —lo animé.

—Al poco llegó ella —se volvió hacia Claudia— y se desmayó en cuanto se lo conté. La estaba reanimando cuando llamaron por teléfono y me dieron todas las instrucciones. —Alargaba algunas palabras lo máximo que podía, como si las deletreara.

—Le dijeron que llevara al Recreo Peral cuatrocientas mil pesetas. —Lo ayudé para acortar el relato, que se estaba haciendo algo espeso, igual que su acento.

Me miró como si le hubiera chafado el final de un chiste. Pinta de payaso triste sí que tenía.

—Dejé el dinero encima de la fuente del Abanico y me fui al Tobogán a esperar. Llamaron por teléfono al rato y me dijeron que habían visto a un policía y que no me iban a devolver al *chiquete* si

no les pagaba más. —Había aumentado un poco el ritmo de su discurso, tal que si recitara una lección.

—¿Reconoció la voz?

—No. Sonaba rara, como si estuvieran tapando el teléfono con algo.

Imaginé que habrían cubierto el auricular con un pañuelo, para distorsionar la voz.

—¿Y sospecha usted de alguien?

—Pues sí. —Me sorprendió la seguridad de su aseveración—. La incapaz de Alejandra tiene un hermano que es un sinvergüenza y seguro que tiene algo que ver con lo del secuestro.

—¿Por qué afirma eso? —quise saber, obviando los calificativos, los cuales me sonaban a introspección.

—Porque yo mismo lo despedí hace unos días de la obra del Poblado y apostaría el pellejo a que me la tiene jurada desde entonces.

Alcé las cejas para que se explicara.

—Lo metí a trabajar de peón para hacerle un favor a su hermana hace dos meses o así, y me lo pagó robando material de la obra.

—¿Cómo sabe que fue él? —le pregunté.

—Porque lo pillé con un saco de herramientas que se llevaba de mi caseta. El desgraciado se me encaró y entonces le dije que iba a llamar a la policía. Eso le bajó los humos. Lo despedí en el acto, por supuesto.

—¿Cree entonces que pudo tener algo que ver con el secuestro? ¿Lo ve capaz de algo así?

—Sume usted dos y dos. Es uno de esos chavales que no tienen respeto y piensan que tienen derecho a todo. —Me lo imaginé

diciendo eso mismo frente al espejo—. Además, lo tenía fácil, con su hermana cuidando al *chiquete*.

No había pronunciado aún la palabra «hijo» o el nombre del niño. Ni mostraba la preocupación de un padre ante una situación límite. Cuadraba con la imagen que me había formado de él antes de conocerlo, dada la descripción del capitán Muñoz, quien permanecía callado y con la mandíbula apretada, poniendo en riesgo sus empastes.

Aun así, había podido sacar más información a Amadeo de la que habría esperado cuando lo vi peleando a muerte con su gabardina.

—¿Tiene usted aquí alguna foto reciente de su hijo? —me dirigí a Claudia, a quien creí la única capaz de satisfacer dicha demanda.

—Sí, una precisamente de esta Feria de San Julián, donde está con los globos. Pero también salimos mi madre y yo. Nos la hizo mi padre en el Vivero. Las fotos en las que está Nacho solito son de hace más tiempo.

—Si pudiera usted dejarme la foto de la feria, sería de gran ayuda. Se la devolveré en cuanto encuentre al niño.

—Claro que sí.

En la fotografía se veía a Claudia sonriente, agarrando de la mano a su hijo, quien sujetaba unos globos que pugnaban por escaparse hacia arriba, y al lado a una mujer de más edad que supuse su abuela, la hermana del capitán Muñoz, aunque no encontré mucho parecido entre ellos. El niño también sonreía mostrando orgulloso unos pequeños dientes. Una escena de felicidad demasiado alejada del panorama que yo presenciaba e imaginaba en aquel momento.

—Me gustaría hablar con la mujer que cuidaba a su hijo. Alejandra, han dicho que se llama. ¿Saben su dirección? —pregunté

al matrimonio.

—No, ni quiero saberla —respondió el marido, airado.

Claudia tosió para llamar mi atención y me indicó cómo llegar a la casa de la cuidadora. Iría al día siguiente, puesto que en ese momento ya era la hora de cenar.

—En cuanto tenga cualquier novedad o si me surge alguna duda que me puedan resolver, me pondré en contacto con ustedes. Si me dicen qué hora es la mejor para localizarles, ahorraremos tiempo.

—Yo no me voy a mover de aquí, a menos que se sepa algo, por si llaman por teléfono otra vez —contestó Claudia inmediatamente.

Miré al marido, quien inspiró con suficiencia.

—Yo soy jefe de obra en el Poblado de Absorción Obispo Laplana y estamos a punto de terminar el proyecto para la inauguración. Así que me paso muchas horas allí.

Observándolo en ese momento, no me daba la impresión de que su trabajo tuviera días hábiles.

—¿Tiene algún teléfono en ese lugar para localizarle?

—Sí, en la caseta de la obra. Pero ahora no me acuerdo del número.

Pachasco.

15

El capitán y yo salimos de la casa en silencio. Mientras bajábamos al portal, empecé a organizar mi mente y mi agenda para el día siguiente. La prioridad era encontrar al niño, por supuesto. Visitaría a la cuidadora para conocer su versión y observar sus reacciones, el lenguaje corporal. Cuando has interrogado a muchos sospechosos te convalidan media carrera de Psicología.

En el rellano del portal había un hombre con gafas anchas y pelo con tendencias suicidas que se disponía a subir las escaleras. Mi superior lo saludó mediante un apretón de manos antes de hacer las presentaciones.

Parecía tener una estatura y edad similares a las de su cuñado capitán: en torno a un metro setenta y unos cincuenta años, pero Alberto Cañamares, el abuelo del niño secuestrado, no estaba en tan buena forma física. A pesar de que no le sobraban demasiados kilos, una papada generosa lo hacía parecer casi rollizo; pero, a la vez, tenía una presencia que transmitía una fuerza y una solemnidad que, a buen seguro, eran de gran ayuda en el mundo de los negocios.

Con unas pocas frases, el capitán Muñoz lo puso al día de la visita que acabábamos de hacer a su hija y de mi futura participación en la búsqueda activa del niño.

—Tiene que encontrar a mi nieto —me pidió Alberto Cañamares con firmeza, pero sin imperativo—. La situación es desesperante.

—No se preocupe; haré todo lo posible y seguro que lo encontraremos.

Llevaba hasta ese momento demasiadas promesas de éxito. Confío bastante en mis facultades como investigador, pero es aún mayor mi temor al fracaso, por lo que me invadió el sudor frío de la responsabilidad excesiva.

—He venido a ver a mi hija Claudia. Últimamente la he visitado menos de lo que debería. Ya sé que no es excusa, pero en menos de dos meses inauguramos quinientas viviendas en el Poblado de Absorción y todo son gestiones, permisos, organización…; en fin, ya se sabe. Aunque mi socio Rodolfo es el que lleva más peso, yo tengo que estar al pie del cañón. Y maldita la gana con lo de mi nieto.

Se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo, igual que sus ojos humedecidos.

La obra que se iba a inaugurar y a la que aludía Alberto Cañamares, la del Poblado de Absorción, era todo un acontecimiento en Cuenca en esos días. Consistía en varias viviendas destinadas a los habitantes de las zonas más desfavorecidas de Cuenca: barrios como la Guindalera, «el Chocolate» o los Tiradores. Si ese hombre era uno de los constructores, con el patrimonio que se le suponía para tal fin, la posibilidad de que el secuestro fuera por razones exclusivamente económicas cobraba fuerza. Pero ninguna alternativa era descartable por el momento.

—Si encuentra alguna pista y piden rescate, el dinero no es problema, pero que no le hagan nada a la criatura —me dijo Alberto Cañamares.

Asentí. La integridad del niño era la prioridad absoluta. Aproveché para hacerle alguna pregunta relacionada con el caso y así comprobar si me surgía alguna sospecha distinta a la planteada por el simpar Amadeo.

—Su yerno me ha hablado del hermano de la cuidadora, al que se despidió hace poco tiempo. ¿Cree usted que pudo tener algo que ver con el secuestro por venganza?

Alberto tensionó la mandíbula, igual que su cuñado el capitán cuando le mencioné al marido de su hija. Amadeo era una inspiración para los dentistas de la ciudad.

—No lo sé. Yo no conozco a ese muchacho. Lo contrató Amadeo, por lo que me dijeron. A la que sí conozco es a Alejandra, la cuidadora, y siempre me ha parecido una buena mujer. Ella tenía excelentes referencias y venía recomendada por unos amigos nuestros. No me cabe en la cabeza que haya tenido algo que ver. Quiere mucho a mi nieto, o eso parecía. Aunque el dinero a veces puede cambiar a las personas.

Gran verdad. El poderoso caballero de don Quevedo, una de las motivaciones criminales más frecuentes junto con la pasión y la venganza. La tríada de la muerte. Buen título para una película de gánsteres.

—¿Y alguna persona más que usted considere que podría haber cometido el delito? Me refiero a cualquiera que tenga un pleito con ustedes o les guarde rencor.

—No se me ocurre pensar que alguien que conozco sea capaz de semejante barbaridad. Siempre hay gente que es rencorosa o que se cree agraviada por algo, pero hasta este punto no creo. Pienso que más bien tratan de conseguir dinero. Y es lo que están pidiendo.

Parecía lo más lógico pensar en ese móvil, si bien la facilidad para acceder a la casa, ya fuera alejando a la cuidadora o con la colaboración de esta, me hacía considerar además como posible culpable a cualquiera que conociera bien a la familia y sus costumbres. Así que los sospechosos iban desde los delincuentes comunes hasta los familiares cercanos, con todo el conjunto intermedio incluido; es decir, casi toda la ciudad y parte de la España itinerante. Una muestra demasiado holgada y diversa. Habría que buscar la aguja en el pajar, aunque me pinchara en mi zona más delicada.

—Señor Cañamares, le digo lo mismo que a su hija y a su yerno: si se le ocurre algo que pueda tener que ver con el caso, nos lo comenta, por favor.

—Cualquier cosa, Alberto —añadió el capitán, que había estado muy callado durante los encuentros de esa tarde, como si se hallara en los dos lados de la ecuación, el de la incógnita y el del que tiene que despejarla y aportar la solución; la familia y el investigador. Un ejercicio de difícil cálculo.

Dejamos en el portal al abuelo preocupado y nos marchamos cada uno hacia nuestro refugio. Antes, el capitán se había despedido de mí con un fuerte apretón de manos y un par de toques afables en el hombro, igual que dos amigos civiles que acaban una jornada de farra, aunque se asemejaba más al padre que despide al hijo que marcha a la guerra. A una guerra con un enemigo oculto y sin escrúpulos.

Yo solo ante el peligro. La verdad es que, en el fondo, me cautivaba esa sensación de no actuar como agente de la ley sometido a jerarquías y códigos, sino como una especie de detective

privado que aplica sus propios métodos para atrapar al criminal. Algo que, sin duda, siempre había soñado. Un Philip Marlowe con gabardina, aunque sin sombrero ni un cigarrillo permanente en la comisura de los labios. Odio el tabaco y no iba a transigir en ese aspecto por exigencias del guion.

16

La corneta del basurero me despertó temprano. Aproveché y me levanté (más bien me caí) de la cama con la intención de llevar a cabo todas las gestiones del día con suficiencia. Después de estirarme como un gato reumático, me vestí al ritmo de «Pequeña flor», de José Guardiola, sonando en mi tocadiscos para solapar la estridencia de la calle. No soy melómano; ni siquiera disfruto escuchando música. La razón principal de esta tara es que mi oído musical va acorde, un contrasentido léxico, con mi discapacidad rítmica. Solo escucho alguna canción cuando suena sin mi injerencia o para ensordecer otros ruidos más desagradables, como ocurría en aquella ocasión tan señalada, en la que iba a estrenarme en un papel protagonista.

Para mi nueva faceta de detective privado, había elegido un traje que me traía recuerdos especiales: era el que llevaba puesto en el pueblo de Paz el día que la conocí, un año antes, mientras investigaba unos brutales asesinatos. En esa época, solo tenía dos uniformes más y una chaqueta soltera para combinaciones intrépidas, por lo que las posibilidades de repetición de prendas eran altas, a pesar de que poca gente se fija en la indumentaria masculina, salvo que sea demasiado estrafalaria.

Perezoso aún pero comprometido, ordené mentalmente mi agenda y, después de mi acostumbrado desayuno en La Maña (compuesto de más líquido graduado que de sólido nutritivo), puse rumbo al afamado barrio de San Antón para hablar con la cuidadora del niño.

Cuando iba a cruzar la calle Calderón de la Barca a la altura de la confitería Arrazola, un Seiscientos azul anochecer paró a mi lado e hizo sonar su claxon con insistencia. Me asomé ceñudo y hostil a la ventanilla bajada del asiento del copiloto, pues el sonido me había sobresaltado al igual que la corneta mañanera, y vi al volante a mi amigo Valentín Redondo con unas gafas negras que le tapaban media cara.

—¿Qué tal, mi brigada? —Sonrió con sus dientes amarilleados por el tabaco.

—¡Vaya susto me has dado, perillán! —Me apoyé en la portezuela —. ¿Coche nuevo?

—Es mi nueva oficina, más bien.

Lo miré extrañado.

—Mira arriba —me dijo, a la vez que señalaba al techo del vehículo.

De la baca sobresalía un cartel en el que se leía: «Escuela de Chóferes Milla».

—Así que te has hecho profesor.

—Solo de conducción, que de lo otro ya no tiene uno edad para estudiar Magisterio en la Normal. He alquilado hasta un local con mi cuñado Manolo, en la calle Garcilaso. A ver si me promocionas en tu gremio.

—Descuida, que lo haré. Además, vi el otro día en el NO-DO del cine Xúcar que en París cada vez hay más mujeres que se sacan el

carnet de conducir y que algunas de ellas acaban siendo incluso taxistas. Así que podrás ampliar el negocio cuando esa costumbre llegue a España.

—No sé yo si me conviene tal cosa. ¡Menudo peligro tienen las mozas en general! Como conduzcan igual que caminan de despistadas, mirando escaparates y pensando en las musarañas… —Chascó la lengua—. Irán pendientes todo el tiempo del espejo para maquillarse o algo peor.

—No creo, hombre —apunté—. Seguro que van bien atentas al volante. Las mujeres son más prudentes que nosotros.

—Si tú lo dices… Pero mira si están cambiando los tiempos, que ayer me dijo un vecino que hasta las van a dejar apuntarse a los campamentos de la OJE. Que se lo había dicho su hijo que estuvo en Los Palancares este verano.

La OJE (Organización Juvenil Española), heredera del Frente de Juventudes, había surgido ese mismo año de 1960, con el objetivo de formar y educar a los jóvenes en campamentos veraniegos distribuidos por toda España.

—Lo que yo he oído es que solo van a dejar ir de visita a las familiares de los afiliados. No hay que exagerar.

—Ya veremos. Se nos apoderan las féminas, Andrés, y si no al tiempo.

Antes de marcharme, se me ocurrió preguntarle por alguien relacionado con el caso de secuestro. Valentín era una persona muy conocida en Cuenca, y, además, alternaba con mucha gente; una enciclopedia social y costumbrista.

—Aprovechando que te veo y que tú conoces a todo el censo de aquí y alrededores, ¿qué me puedes contar de Alberto Cañamares, el

constructor?

—Ese —meneó la mano de arriba abajo— tiene más dinero que agua el Júcar. Tiene la mano metida en varias constructoras y empresas. Es uno de los socios principales de Sagarra, pero también de otras muchas. Además, amigo íntimo de Bernardino, el alcalde. Para que te hagas una idea, es de esas personas que donde ponen el ojo, brotan cuartos. Ahora están construyendo el Poblado de Absorción, más allá de la plaza de toros, en la Huerta de Manolete. —Señaló con un dedo hacia delante.

—Algo me han contado. ¿Y sabes si ese hombre tiene enemigos?

Un coche pasó haciendo sonar el claxon al lado del de Valentín. Me estaba hartando de tanto pito mañanero.

—Pues imagínate. No se hace tanto dinero sin empujar a los demás —comentó Valentín.

Es cierto que Alberto Cañamares me había parecido un buen hombre que sufría por la desaparición de su nieto. Aparte, contaba con el aval de su cuñado, el capitán Muñoz. Pero la realidad nos muestra que el dinero atrae los problemas y a los agraviados como la carroña a los buitres.

—Me parece que otra constructora suya tuvo un juicio por un edificio que hicieron en Tarancón hace algunos años, pero no conozco el motivo ni cómo quedó la cosa. Si me entero de algo más, te lo digo —añadió el conductor informante.

Otra línea que tendría que investigar. Se me empezaban a acumular y ninguna parecía ser recta.

—Bueno, Valentín, te dejo, que tengo bastante faena —dije, a modo de despedida.

—Yo también. Voy en busca de un alumno al que enseñar a adelantar cuando no venga nadie de frente —me informó, a la vez que giraba la cabeza para ver lo que le deparaba la luna trasera, sin perder su sonrisa azufrada característica.

Mi amigo aceleró cuando volvió a la marcha, para demostrar la potencia de su vehículo. Al mío, de la misma marca, no lo veía capaz de tales rugidos. Tenían tanto parecido como un gato y un leopardo.

17

Dejé a un lado la Casa de Beneficencia con la Maternidad y Cuna incorporadas, cual historia de Dickens, y crucé el puente de San Antón hacia el barrio con el mismo nombre, que parecía desafiarme con sus tropas de piedra cosidas a la montaña. Al frente, como en una cruzada, la iglesia donde se venera la imagen de la Virgen de la Luz, patrona de Cuenca.

Sin tener muy claro el itinerario, ni siquiera con el socorro de la cualidad de esa Virgen, después de subir varios tramos de escaleras y atravesar parte del laberinto de San Lázaro casi en círculo, llegué a la parte trasera del alfar de Pedro Mercedes, un ceramista reconocido en toda la región, que estaba cerrado en aquel momento. Recordé que había estado allí en una ocasión acompañado y guiado por mi amigo el inspector Parra cuando le compré a Paz un ánfora muy artística para regalársela en su anterior cumpleaños. Al contrario que mi novia, no soy un experto en arte, pero sí reconozco el mérito de los creadores, más allá del sentido y la interpretación de algunas obras. Soy más perceptivo como lector que como observador, y algunos libros llegan a conmoverme.

Justo detrás del alfar estaba la casa de la cuidadora del niño, como me había indicado Claudia. La referencia era un nogal que sobresalía por encima del tejado del murete. Empujé una puerta de

madera barnizada y crucé un pequeño patio que solo albergaba el árbol hasta la vivienda.

Apareció tras la contrapuerta, abierta con timidez después de mi llamada enérgica, una mujer pilonga de mediana edad, ojos negros y piel macilenta, vestida con una bata de percal estampada. Me presenté formalmente y fui invitado a un saloncito que también hacía las veces de recibidor. Aparentaba ser una casa muy pequeña, a la medida de la dueña.

Nada más entrar en la sala me enfrenté al escrutinio de un Niño Jesús situado sobre una cómoda, acompañado por varias estampitas y algún adorno estrafalario. Es curiosa la necesidad que tienen algunas personas de llenar los muebles con todo tipo de enseres con tal de que no quede ni un centímetro de terreno sin cultivar.

La mesa también tenía una colección de jarrones, cestillas y figuras. Lo único útil, unas agujas de tejer y un ovillo arrinconados entre tanto objeto ocioso.

Si bien los bártulos estaban acomodados sobre firme, las personas aparecían colgadas a lo largo de las paredes en versión fotográfica. Un joven con el pelo muy corto y facciones similares a las de la mujer era el más repetido.

Alejandra me invitó a que me sentara en una silla de mimbre. Mi tendencia a desconfiar de los asientos veteranos hizo que ralentizara la acción, hasta el punto de que mi anfitriona me preguntó si me encontraba bien.

—Tuve una herida de bala en salva sea la parte y me cuesta encontrar acomodo.

Me miró como si le hubiera dicho que tenía la peste bubónica. Por fin, resueltas las prevenciones, nos acoplamos los dos y comenzó el

escrutinio oficial.

—Se imaginará que vengo a verla por lo del secuestro del niño que usted cuidaba en la casa de Claudia y Amadeo. Tengo algunas preguntas al respecto.

Se derrumbó antes de lo previsto y se cubrió la cara con las manos, pero no me pareció una representación teatral, sino el desborde de una situación que debía de estar removiéndole las entrañas. Por las ojeras que tenía esa mujer, deduje que el sueño no era parte de su rutina en aquellos días.

Al apartar las manos, la humedad del llanto se repartió por toda su cara. La secó con un pañuelo que tenía en el bolsillo de la bata, pero el continuo goteo entorpecía esa labor. Me tocaba ser paciente una vez más.

—Cuénteme lo que pasó aquel día —le pedí con un tono de voz lo más calmado posible.

Sollozante y nerviosa, empezó su relato después de haberse sonado la nariz con el pañuelo ya remojado por las lágrimas. Parecía realmente afectada. No la imaginaba como cómplice de una canallada semejante.

—Nacho aún estaba durmiendo en su cama. Se levanta siempre tarde, como a la una y media o las dos. El *angelico* es muy dormilón, ¿sabe? —Sus ojos no paraban de expulsar líquido y el pañuelo trataba de absorberlo solícito—. Entonces, a eso de las doce, sonó el teléfono y contesté. Me dijeron que llamaban del hospital.

—¿Hombre o mujer?

Se quedó callada y con la mirada fija, como si no hubiera entendido la pregunta.

—¿Quién hizo la llamada?

—Un hombre —respondió enseguida y con orgullo esa vez, como una alumna aventajada.

—¿Conocía usted la voz?

—No, señor. Me dijo que fuera corriendo al hospital, que mi padre se moría. —Se persignó de manera muy rápida, casi imperceptible—. Me aseguré de que Nacho seguía dormido y me fui corriendo. Cuando llegué allí, resultó que mi padre estaba bien, andando por el pasillo y tan contento. Le dieron el alta al día siguiente.

—Supongo que volvió enseguida a la casa.

—Sí, a escape. Nada más entrar, lo primero que hice fue ir a la habitación de Nacho, pero no lo vi allí. —Aumentó el lloriqueo, seguido por otra pausa de recuperación—. Me volví loca buscándolo por la casa. Salí a la calle, di una vuelta por la *alredorá* y tampoco estaba, aunque había bastante gente que venía del mercado y era difícil buscar. Justo cuando volví al piso, el señor Amadeo llegó y me echó de allí a voces. —Levantó la cabeza hacia el techo—. Nunca voy a estar más repisa en mi vida que de haber dejado a la criatura sola. Como quiera Dios que le pase algo al pobrecillo, no sé qué voy a hacer.

A no ser que fuera la mejor actriz del mundo, en verdad le tenía verdadero afecto al niño. Era complicado verla como implicada en una trama de secuestro, ni siquiera colaborando; salvo en caso de negligencia, tal y como parecía haber sucedido. Solo se me ocurría una razón para que hubiera facilitado la entrada a la casa, voluntariamente, a quien se llevó a Nacho la mañana de la desaparición. Y, aunque no tenía esa sensación, mi deber era explorarla como un buen profesional.

—¿El joven de las fotografías es su hermano?

Miró con ternura hacia la pared.

—Sí. Es mi hermano pequeño, Roberto. Es muy bueno, aunque no ha tenido mucha suerte, la verdad sea dicha. Yo le llevo quince años y siempre he velado por él. Nos quedamos huérfanos en el pueblo cuando aún era un crío. Como no teníamos más familia cercana allí, vinimos a Cuenca y desde entonces el pobre ha estado buscándose la vida, aunque yo lo ayudo lo que puedo. Es muy trabajador, ¿sabe?

Otra mujer cuidadora, como la hermana del Legionario asesinado. Por su expresión y sus palabras, parecía adorar a su hermano. Pero yo debía tirar del hilo más directo que tenía en aquel momento.

—Bueno, no es lo que he oído. Me han contado que lo despidieron hace no mucho de la constructora en la que trabajaba. Precisamente lo hizo Amadeo, el padre del niño que usted cuidaba. —Hice una pausa y solté el golpe directo—. Y a los pocos días, después del despido, tuvo lugar el secuestro. Todo es muy extraño, ¿no le parece?

Se quedó paralizada con la boca abierta. No había encajado demasiado bien el golpe que yo le había lanzado. Antes de que acabara la cuenta de protección del reconocimiento tácito, logró contestar.

—No creerá usted que mi hermano… Roberto será lo que sea, pero es honrado como él solo. No puede pensar eso, por Dios. — Empezó a respirar muy deprisa y a gimotear con una especie de hipidos.

Aunque ya estaba un poco saciado de dramas y lágrimas, esperé un rato para volver a la carga, hasta que pareció calmarse un poco.

—Entonces, si es tan honrado como dice, ¿por qué lo despidieron?

Se llevó la mano al pecho y respiró de manera acompasada hasta que pudo hablar.

—Tiene un poco de carácter, eso es verdad, pero es que el señor Amadeo lo sacó de sus casillas acusándolo de algo que no había hecho y lo puso en ridículo delante de todo el mundo. Roberto nada más que se defendió y le dijo cuatro verdades. Es que el señor Amadeo tiene lo suyo. —Se encogió de hombros y juntó las manos en señal de perdón.

—¿A qué se refiere?

Dudó antes de explicarse, pero estaba en juego una terrible sospecha sobre su ser más querido.

—No me gusta hablar mal de nadie, se lo juro, y mucho menos de ellos, por respeto a la señora Claudia y a su familia, que han sido muy buenos conmigo, pero es que ese hombre lleva mal camino.

Volvieron los sollozos, aunque más controlados. Tosí para tratar de frenarlos; tanta humedad estaba haciendo estragos en mi tolerancia.

—Siga, por favor. No tengo todo el día —intenté apremiarla para acabar con la entrevista cuanto antes.

—Dios me perdone, pero es que llegaba casi siempre achispado a la casa y hablando muy mal a la señora. Delante de mí no le levantaba la mano, pero yo creo que cuando me iba de allí pasaba de todo. La pobre señora Claudia le tenía mucho miedo. Siempre me andaba diciendo: «Que no se entere mi marido de esto y de lo otro…».

Las primeras impresiones no suelen engañarme. Me considero bastante perceptivo y mi intuición me había susurrado maledicencias del tal Amadeo, que se vieron confirmadas con el testimonio de

Alejandra. Parecía que nadie de su entorno le tenía demasiado cariño.

—Sea como fuere, me gustaría hablar con su hermano cuanto antes. Tengo que comprobar todo lo que no me cuadra, como comprenderá.

Asintió con una mirada de desconfianza.

—Ahora estará de faena. Trabaja de ayudante en una carnicería aquí cerca. Empezó hace unos días.

—Pues dígame dónde y, si me demuestra que es inocente, no le molestaré más.

Me dio el nombre y la dirección de la carnicería, y me puse en marcha sin más cortesías. Presentía que mi labor no iba a ser sencilla y que tendría que dedicarle mucho tiempo, además de bastante camino al andar, como decía el insigne poeta. Y todo ello sin contar con medios oficiales a mi servicio, a la manera de un detective privado. Aunque para ser uno de verdad me faltaba una vida atormentada, una tragedia del pasado que hubiera marcado mi proceder y una dureza de carácter que mi vida (sin más emociones que las laborales) me ha negado. Poco bagaje para dicho título. Un fraude, en definitiva.

Un reflejo de gran parte de mi vida.

18

Con mis letanías de funcionario gris, pasé de largo la señal de la cruz oscilante del Júcar y el Huécar: una ceremonia eterna que refresca las mañanas en el Remedio. Un abrazo donde un río se entrega para el esplendor del otro, como un siervo sin más herencia que su vida.

La humedad y el otoño incipiente obligaban a llevar prendas de abrigo, a pesar del altivo sol. Mi elegante gabardina me servía como barrera ante la brisa que me atacaba por la espalda. Moda y eficacia en una misma prenda.

Antes de las escaleras que llevan al hospital de Santiago, junto al taller del Baulero (pintor y discutidor), vi la carnicería donde trabajaba el hermano de la cuidadora del niño secuestrado. En la puerta, un cartel anunciaba los mejores chorizos de Cuenca, como si fuera una sucursal de la prisión.

El local era pequeño y no había mucho espacio entre la puerta de la calle y el mostrador, así que pensé que en ciertos momentos los clientes tendrían que esperar su turno a la intemperie. Y los inviernos en Cuenca son esteparios.

Un chico joven de aspecto sanote, al que coronaba un pequeño gorro torcido, destrozaba un costillar con una macheta. Como no había más parroquianos que atender, enseguida llegó mi turno.

—¿Es usted Roberto? —le pregunté a bocajarro.

Paró la faena y me escrutó durante unos segundos. Por mi pinta entendió que yo no le iba a pedir secretos porcinos, sino de los que resuelven dudas.

Asintió con la cabeza.

—Mi nombre es Andrés Valencia y soy brigada de la Guardia Civil.

Involuntariamente (eso esperaba entonces), apretó la macheta con más fuerza, en señal de alerta. Miré la herramienta y transmití un mensaje tácito, aunque claro y contundente, que venía a significar que mi pistola era más dañina.

El mozo captó el mensaje, porque de inmediato soltó el utensilio como si le quemara. El ruido que hizo sobre el mostrador fue tan seco como su semblante.

No abrió la boca para hablar, aún no había escuchado su voz, y permaneció firme como un recluta a la espera de órdenes. Fui directo al grano, aprovechando que no había nadie en la carnicería que nos molestara por el momento.

—Supongo que sabes que han secuestrado al hijo de Amadeo, tu antiguo jefe.

—Sí, claro. Mi hermana trabajaba en su casa hasta hace unos días. —Percibí cierta desconfianza en su voz, grave como el entorno.

—¿Y no se te ocurre quién puede haber sido?

—Claro que no, señor. Yo no sé nada de eso. —Desvió la vista hacia la pared.

Interrogar a cualquier persona ya de por sí es un engorro, pero más aún cuando la vas a acusar de algún delito, aunque sea de manera indirecta. A veces es mejor dar un rodeo que coger un atajo hacia la meta, por más que el resultado vaya a ser el mismo: negar la implicación propia.

—Pues yo sí sé que, hace un mes o así, Amadeo te despidió de la obra del Poblado de Absorción porque estabas robando parte del material para revenderlo.

Abrió los ojos hasta su máxima posibilidad, si bien era una acusación con fundamento.

—Eso es falso. No me despidió por eso. Yo nunca he robado en mi vida, se lo juro —aseguró, a la vez que colocaba una mano en su pecho fornido—. Fue porque lo vi en la cueva del Gitano jugando al póquer.

El que abrió los ojos esa vez fui yo al escuchar una virtud más del dechado de ellas que aparentaba ser Amadeo. Entendía menos que nunca la razón por la que Claudia, una chica guapa, de buena familia y que parecía inteligente, había podido llegar a enamorarse de semejante bisutería humana. Como dijo Pascal: «El corazón tiene razones que la razón no entiende».

—¿Y solo por ese motivo te despidió?

—Fue un día que perdió mucho dinero. Luego me dijeron que jugaba bastantes veces y apostaba fuerte. Y, además, que perdía casi siempre.

No hacía más que moverse nervioso, pero a la vez parecía cansado. Esa inquietud de ser joven y sentirse viejo; intuir lo que es la muerte y no pensar en la vida.

—¿Qué pintabas tú en una partida clandestina? No creo que tengas tanto dinero como para jugártelo.

—Yo les hacía recados a los que jugaban. Les llevaba la bebida y la comida que me encargaban. Así me ganaba unas perrillas. Empecé porque conocía a uno de mi barrio que trabaja con el Gitano, el que le cobra las deudas más grandes. Un borricazo

auténtico, de los que te estampan en la pared con una mano. —Hizo el gesto de dar un guantazo con h—. Pero desde ese día que vi a Amadeo no he vuelto a aparecer por allí. No me gusta esa gente. Me di cuenta de que son muy peligrosos por otras cosas de las que me fui enterando.

Se me había abierto una vía más en el caso, una más plausible que la inicial. Cualquier deuda de juego, con gente sin escrúpulos, parecía una destacada candidata para ser el móvil de un delito. No creía que a ese chico se le hubiera pasado por la mente poner en peligro a su hermana, sobre la que iban a recaer las primeras sospechas como cómplice del secuestro. Y, aunque parecía un poco bruto e impulsivo, no reflejaba maldad; quizá algo de rabia juvenil por la vida que le había tocado en suerte.

—Entonces ¿estás insinuando que una deuda de juego puede tener algo que ver con el secuestro del niño?

—Yo no sé nada del secuestro, se lo juro por lo más sagrado. ¿Cómo puede pensar algo así de mí? Es un chiquillo y mi hermana lo quería con locura —dijo convencido, moviendo las manos de manera tan expresiva como cuando iba armado.

—¿Lo quería?

—Lo quiere.

Hice mi clásica pausa dramática de perdonavidas que ofrece el mal menor.

—¿Dónde localizo al tal Gitano?

—Por favor se lo pido, señor brigada: si el Gitano se entera de que le he dicho algo de las partidas, me mata. Esa gente no se anda con tonterías.

Resopló y cruzó las manos enrojecidas por el trabajo y la sangre del costillar que estaba partiendo cuando llegué. Decidí darle una salida digna ante su inquietud.

—Por eso no te preocupes. Nosotros y la policía tenemos informantes. Seguro que la policía conoce todas las andanzas de ese tipo mejor que cualquiera. Pero no quiero molestarles, así que dime dónde está su casa o ese sótano famoso y te garantizo que no va a saber que tú me lo has contado. Si no, seguiré pensando que has tenido algo que ver con el secuestro y tendré que detenerte para interrogarte de manera oficial en el cuartel.

Alcé las cejas todo lo que pude para acelerar su respuesta. Sabía que me iba a dar la información requerida. No me parecía un tahúr ni un delincuente, sino alguien noble cuyo carácter le hacía reaccionar, algunas veces, con más vehemencia de la recomendable. O al menos eso esperaba.

19

Un corto paseo, atravesando una Carretería llena de quehaceres en forma de comerciantes y clientes atareados, asuetos en forma de paseantes distraídos y tentaciones en forma de bares y pastelerías repletas de manjares y licores, me llevó hasta la comandancia de mis temores. Una vez allí, después de devolver con desgana saludos formales, solemnes en el caso de los novatos, y escalar apresurado hasta la primera planta, me encerré en mi despacho a salvo de tareas imprevistas.

En realidad, el despacho era un cuarto sin ventanas, más pequeño que el armario de algunas casas pudientes, pero que a mí me parecía una sala presidencial donde me sentía el dueño del mundo, con los galones de un general de división y la libertad de un anacoreta.

Me lo habían asignado cuatro años atrás, cuando me nombraron jefe de la Brigadilla de Cuenca, la unidad de la Comandancia de la Guardia Civil que se encargaba de investigar los delitos más graves cometidos en los pueblos de la provincia, sobre todo los asesinatos. Los miembros de dicha unidad teníamos cierta independencia sobre el resto de los guardias de la demarcación, como un cuerpo especial, y, aunque cohabitábamos en el edificio de la calle Teniente González con algún oficial de rango mayor que el mío, en la práctica solo

teníamos que rendir cuentas ante nuestro superior directo, el capitán Jesús Muñoz. Yo dirigía mi grupo con mano de alambre, puesto que era bastante flexible a la hora de exigir una disciplina marcial, tanto en los horarios como en la uniformidad. Pero con lo que no transigía era con la falta de diligencia en las investigaciones y en los trámites administrativos. La experiencia me había enseñado que la resolución de un caso se puede malograr con un descuido aparentemente banal; con cualquier error que llevara el apellido «humano». Ya nos había ocurrido en alguna ocasión en el pasado y mi reacción había sido la que se podía esperar de cualquier jefe español, es decir, un cabreo con todo tipo de blasfemias y gestos rotundos, aunque en tales diatribas me restaran contundencia mis ligeros sesenta kilos y mi escuálida silueta de quijote lampiño.

Aparte de su reducida superficie, el despacho en sí era bastante sobrio y escaso en cuanto a la decoración. Destacaba un desproporcionado archivador que ocupaba casi la mitad del espacio, el cual yo usaba menos de lo requerido, y donde estaban amontonados los documentos de los casos que llevábamos en curso en mi unidad o los que ya estaban archivados, los cuales redundaban en su emplazamiento.

Dos sillas de madera, que flanqueaban una mesa con más arrugas y achaques que Matusalén, completaban mi hacienda laboral; modesta pero propia. Antes de que se convirtiera en eso, el cubículo había servido como una especie de almacén de papeles y trastos inservibles. No había cambiado mucho, ciertamente.

Al contrario que al mobiliario, al flamante teléfono enlutado que presidía mi escritorio sí le tenía un cariño especial, sobre todo desde que, en la sobremesa de nuestra distancia, servía como el canal

donde fluía mi relación sentimental con Paz. Era nuestro único vínculo desde el accidente de su padre, salvo un par de veces que había utilizado el teléfono de la pensión, donde había menos intimidad por la persistente ubicuidad de Carmen, la dueña, que, aparte de ser una gran cocinera, también era una consumada cronista social y buscaba enterarse de cualquier secreto que circulara por la atmósfera conquense.

Oír la voz de mi novia era una brisa auditiva que contrastaba con el huracán de voces, reproches y urgencias que se oía cada vez que abría la puerta del despacho y salía a la jungla benemérita, verde, pero sin un ápice de frescura.

Paz era la única persona del mundo que me ofrecía un amor palpable y la esencia de su nombre. Nunca me reprochaba nada de manera rotunda, sino que me hacía ver su punto de vista como un paisaje con matices claros, logrando que yo percibiera lo oculto a mi cerebro impaciente y pragmático.

Me preguntaba a menudo qué podría haber visto una mujer con tantas virtudes en un tipo como yo, gris y lineal en el carácter y en la apariencia física. Eso me producía una inseguridad que ya había creído desterrada en la edad adulta y que me había acosado como una sombra durante toda mi infancia.

Cuando estaba junto a Paz intentaba, no sabía si con mucho éxito, disimular la sensación de que lo nuestro iba a ser efímero, de que todo acabaría en cuanto ella percibiera alguno de mis recelos y que la firmeza que sí mostraba en mi trabajo era, en realidad, un disfraz para ocultar los miedos infantiles al fracaso, al rechazo y a la soledad, con los que había convivido gran parte de mi existencia. Pero mi novia era tan generosa que no manifestaba ni un ápice de

reproche o de decepción, al menos yo no lo advertía, y así avanzaban los meses de nuestra relación a la par que mi confianza y seguridad, que todavía se hallaban en una tímida pubertad. Ella me había conocido en su pueblo ejerciendo de investigador, la faceta en la que me sentía más inspirado, aunque poco después fue mi lado civil, el más humano y el menos curtido, el que se vio obligado a aparecer en nuestra intimidad con torpeza y desatino. Como un alumno desaventajado me costaba retener las lecciones que mi paciente maestra me ofrecía, si bien cada vez me esforzaba más por aprenderlas y así obtener un aprobado cuando llegara el final del curso de nuestro noviazgo y poder merecer el grado de esposo, inalcanzable en mis pasadas elucubraciones de solitario vocacional.

Anteriormente, nunca me había planteado compartir el resto de mi vida con alguien, ni mucho menos formar una familia, por un temor muy experimentado al fracaso y a ser el reflejo de mis padres. Había construido una muralla de excusas y de rutinas contra el futuro. Y no iba a ser fácil derribarla.

Pero hasta que llegaran los momentos decisivos en nuestra relación, estaba dispuesto a disfrutar lo que pudiera del proceso y aislar mis temores en el cuarto oscuro del pasado, dejando siempre la puerta entreabierta para visitas.

Mi despacho, otro cuarto más bien gris, aunó en aquellos días mis dos facetas, laboral y sentimental, y por eso había crecido en importancia para mí. Había pasado de ser un cuchitril a una estancia, pero seguía siendo un lugar de trabajo.

20

La burocracia es el patrimonio español que más odio. Si contase el tiempo que he perdido tramitando trámites, solicitando solicitudes y rellenando papeles sin rellenar, podría haber dado la vuelta al mundo quince veces sin apresurarme. En contra de lo que dicta la leyenda negra española, opino que aquello de lo que debemos estar menos orgullosos en nuestra historia es de haber implementado un sistema de intrincadas barreras documentales ante cualquier tipo de meta pública. Ese malnacido, menguado y traumatizado de Felipe II, apodado el Prudente por algún irónico servidor, fue el gran impulsor del mal que hoy afecta, como un cáncer extensivo, a toda administración: el papeleo sin fin ni finalidad.

Tocaba solicitar los antecedentes del Gitano, el promotor de las partidas ilegales en las que Amadeo había perdido una gran cantidad de dinero. Para obtener esa simple información tendría que mandar, por el conducto reglamentario, nombre apropiado para una vía tan molesta, un oficio a la comisaría de la Policía de Cuenca. La contestación podría tardar varios días, dependiendo de la persona que recibiera el requerimiento. Lógicamente, no era viable tal lapso en un asunto que implicaba el secuestro de un niño, casi un bebé. Tampoco podía alegar este hecho y su urgencia ante la policía, dueña de los antecedentes, puesto que le había prometido

discreción al capitán Muñoz, para no poner en peligro al pequeño. Un cometido realmente delicado que requería una actuación quirúrgica.

Así que me decidí por la improvisación y los atajos, también muy españoles. Desde tiempos ancestrales, la burocracia y sus ramificaciones se han combatido con picaresca.

Consciente de que mi cometido no iba a ser fácil, solicité a la operadora que me comunicara con mis grises colegas de Los Moralejos.

—Comisaría de Cuenca. ¿Quién es? —preguntó un hombre con una voz bastante juvenil, después de unos segundos de tensa espera.

—Buenas tardes. Soy el brigada Andrés Valencia, de la comandancia de aquí, de Cuenca. ¿Podría hablar con el inspector Parra, por favor? —Decidí recurrir en primer lugar a mi amigo, cuya lealtad suponía por encima de suspicacias.

—No está ahora. Ha salido a un servicio con un compañero, pero, si le puedo ayudar yo, me lo dice sin problemas. —Hizo una pausa, si bien volvió a hablar antes de que le aceptara la proposición—. Soy el subinspector Carrillo. Lo mismo no se acuerda de mí, pero nos conocimos en la última fiesta de cumpleaños del inspector Parra, en La Martina. Nos presentaron y estuvimos tomando una cerveza en la barra y hablamos de nuestros pueblos. Yo soy también de un pueblo de Albacete, como usted, pero el mío es mucho más pequeño. Se llama Solanilla, seguro que no lo conoce. No llega a cincuenta habitantes y la mayoría de ellos están en edad de sepultura.

Aunque hice memoria no logré acordarme de aquel hombre tan servicial, pero, para aprovechar la ocasión, hice uso de mis recursos

de actor de espejo y procuré parecer gratamente sorprendido ante el reencuentro oral con un viejo compañero de farras. La noche de aquel cumpleaños de Parra había supuesto un agujero negro oscuro que había absorbido toda la energía evocatoria de varias horas de mi vida. Solo recuerdo que la resaca me supuso una baja laboral voluntaria durante tres días, que disfracé ante mis compañeros de gripe galopante.

—Pues, ya que lo dice, seguro que me puede ayudar, subinspector. Estoy detrás de un sujeto que reside en Cuenca, pero que puede estar implicado en un caso que llevo en un pueblo de la provincia. Me gustaría conocer su filiación y sus antecedentes, si es posible.

—Usted dirá. Estoy a su disposición —se ofreció de inmediato y con energía.

—No tengo demasiados datos, pero sé que lo llaman el Gitano y que vive en los Tiradores. También me han contado que organiza timbas de póquer.

—Ya sé quién me dice —contestó Carrillo, después de un breve silbido—. Menuda pieza le ha tocado en suerte. Es un habitual. Hasta hemos intentado hacerlo confidente, sin suerte. Si me da unos minutos, busco su expediente; no se retire del teléfono, si no le importa.

—Claro. No faltaba más. Usted tarde lo que tenga que tardar, que no tengo prisa.

En definitiva, no era yo quien pagaba la conferencia. Era una de las prerrogativas de mi puesto: el poder usar el teléfono a mi antojo y sin dar explicaciones.

Se iba abriendo alguna vía de investigación prometedora, puesto que, por las palabras del subinspector, el Gitano parecía ser un

delincuente muy común, de aquellos sin los miramientos necesarios para respetar la infancia o tener algún límite en su maligno proceder.

Al cabo de unos cinco minutos oí un sonido crujiente a través del auricular y, seguido, la voz de mi improvisado y diligente informante.

—Perdone la espera, mi brigada, pero es que tenemos el archivo un poco desordenado desde que se jubiló el subinspector Moreno. Él lo tenía organizado como debe ser, pero en cuanto se fue empezó a quedar todo manga por hombro y te ves negro para encontrar un simple expediente. Con el de su elemento sospechoso he tenido suerte, porque es de los que lo renueva cada mes con más fechorías y estaba casi a mano. —Tosió para aclararse la voz y comenzó la retahíla criminal.

El subinspector me comentó que el Gitano era un quinqui de la familia de los Tangas, de la Guindalera: un barrio marginal situado a orillas del río Júcar, con chabolas y casas-cueva como construcciones características, y con más fichados por metro cuadrado que el archivador de la comisaría. En los antecedentes del individuo en cuestión figuraban hurtos, daños, allanamientos, lesiones y todo tipo de delitos comunes. Un verdadero artista del delito, de los que dejan huella, nunca mejor dicho. Era conocido como el Gitano por su piel morena, aunque su verdadero nombre era Elías José Carrascosa Tanga; cuarenta y dos años, casado y con siete retoños; buena cantera.

—¿No tiene nada relacionado con alguna retención ilegal? —inquirí, procurando no mencionar la palabra «secuestro».

—Déjeme ver. —Quedó en silencio unos segundos, durante los cuales solo se oyó el ruido de una hoja de papel manipulada—. No

pone nada de retenciones. Lo más parecido es una denuncia por una agresión a un tal Fabio Cifuentes, en el propio domicilio del Gitano.

Eso me interesaba, porque podría estar relacionado con las partidas de póquer ilegales.

—¿Me puede decir qué más pone en esa denuncia? —le pregunté.

—Que el Gitano lo agredió por una supuesta deuda, pero no se indica el origen de esta, ni más datos. El tal Fabio luego se desdijo y la cosa quedó en nada. Como de costumbre, el juez soltó enseguida al «prenda» de José Elías para que siguiera con su contribución a la sociedad.

—Clásico de los jueces. Si les costara el mismo trabajo que a nosotros detener a esos mangantes, otro gallo cantaría —afirmé, para empatizar con la contrariedad que había percibido en su comentario final.

—No lo dude. —Alzó la voz como un cura—. Yo los llevaba a todos ellos a patrullar un mes con la toga y todo, para que supieran lo que se cuece de verdad en las calles y los peligros que tenemos que enfrentar cada día. Es muy fácil estar sentado en un sillón cómodo y decidir quién es bueno y quién es malo.

—Sí. Se creen dioses en la tierra.

—Y en realidad lo son. Pueden arruinar la vida de una persona por acción u omisión. Parecido al poder de los delincuentes que ellos mismos juzgan, pero sin su castigo.

Me dispuse a finalizar la conferencia, porque ya había obtenido la información que necesitaba y no quería seguir confraternizando con aquel hombre; supuse que era de los que se te arrimaban en la barra de un bar y te contaban su vida y milagros, sin importar el interlocutor ni sus opiniones.

—Me ha servido de gran ayuda, subinspector. Le dejo que siga con su trabajo y no le molesto más.

—No molesta para nada —replicó al momento con entusiasmo—. Somos compañeros y, lo que es más importante, paisanos. Por cierto, me llamo Jacinto y puede tutearme si quiere. —Calló unos segundos, quién sabe si esperando mi contrapartida nominal—. Ya nos tomaremos algo en La Martina o en otro sitio, y nos pondremos al día de todo.

Lo que me temía. Era una de esas personas que te piden pernoctar una noche en tu casa y al final colocan su nombre en las escrituras. Una lapa social, difícil de despegar si no es por la fuerza. Mi intuición me advertía que ese hombre iba a fastidiarme las visitas a La Martina durante un tiempo y que me obligaría a cambiar de lugar de peregrinación por las tardes. Incluso lo veía capaz de perseguirme por todos los locales de la ciudad sin darse por aludido. Había dejado entrar al vampiro en la casa a cambio de conocer las andanzas de un delincuente. Esperaba que mereciera la pena el sacrificio y que la información me ayudara a resolver el secuestro del niño.

21

Después de la recopilación de la biografía criminal del Gitano, salí a la calle, con el bar de Moya como destino donde poder disfrutar de un grasiento bocadillo de sardinas de lata, uno de los múltiples placeres ocultos de las tabernas de esta ciudad. Aunque tal manjar tenga el riesgo de manchar de aceite cualquier prenda, merece la pena por el gusto salado y sabroso que deja en el paladar durante horas y porque los reflujos te hacen rememorar su esencia varias veces.

Sentado en un taburete junto a la barra, acompañé las viandas con una cerveza en botellín, para así incentivar el retorno gaseoso del conjunto por la más recatada vía oral.

En el fragor de la batalla escuché la conversación de dos feligreses situados a mi lado, que glosaban las maravillas de la comida española frente a la alemana. Uno de los hombres contaba que había emigrado por trabajo a Hamburgo y que no pudo comer en condiciones en los cuatro años que había permanecido allí. Aquí se estaba desquitando, sin duda, puesto que, a la vez que rebañaba un plato de ensaladilla, ya le estaba pidiendo unos zarajos al camarero. Y todo eso sin parar de hablar.

Después de mi nutritivo y perdurable almuerzo llegué a la comandancia con bríos renovados y el estómago agradecido, para no

faltar a mi cita oral con el amor. Di gracias entonces a que no tenía que cuidar mi aliento, puesto que las sardinas tienen un eco aromático que ni el chorizo más curado osa retar.

Las tres de la tarde se estaba convirtiendo en mi hora favorita desde que Paz estaba en su pueblo encargada de la carnicería de su maltrecho padre. Todos los días procuraba ser puntual, puesto que sabía que a ella le incomodaban los retrasos; menos mal que en los de carácter hormonal no había tenido la ocasión de culparme hasta esa fecha.

Esperaba que en la llamada me anunciase una mejoría repentina en la salud de mi futuro suegro, no solo por una preocupación políticamente familiar, sino por puro egoísmo sentimental. Hacía casi dos semanas que no veía a mi novia ni la estrechaba contra mi escurrido cuerpo, una tortura por ausencia o por poderes, como algunas bodas antiguas.

Después del tono funcionarial de la operadora, el remanso de la voz de Paz me trasladó a un lugar idílico, lleno de sábanas y tiempo libre, una repetición de mis sueños con polución en sus acepciones de efusión material e inmaterial.

—¿Qué tal está el hombre más ocupado del mundo? —inquirió con algo de sorna.

—Liado, la verdad. Solo porque no estás aquí a mi lado; si no, ya sacaría tiempo de donde fuera para ti —respondí con sonrojo e imaginación adolescente.

La abstinencia, obligada por la distancia e impuesta por sus convicciones católicas, me estaba llevando a imaginar proezas y enajenaciones carnales de difícil consecución. Pero eran mi único consuelo en los peores momentos.

—Mi padre está algo mejor, así que pronto podremos vernos —me confortó recatada.

—Cuando acabe con los dos casos que tengo ahora entre manos me acerco a tu pueblo, aunque sea para verte unos minutos —le prometí, con más esperanza que certeza.

—¿Dos casos? Ayer me contaste lo del camionero. ¿Ya te han dado otro en un día? ¡Menos mal que el capitán te tiene aprecio! —exclamó con una leve inflexión de fastidio en la voz, lo cual enalteció mi ego.

—En realidad tiene mucho que ver con él. Es un tema de su familia y no puedo negarme. Además, la víctima es un niño de tres años —le aclaré.

Profirió un suspiro con ínfulas de quejido. Acto seguido, su voz, más aguda de lo normal, me hizo apartar el auricular unos centímetros de mi oreja.

—Un niño. ¡Dios mío! ¿Quién puede hacer daño a un niño tan pequeño?

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar, precisamente —anuncié, antes de relatarle mi aventura.

Dando más importancia y enigma a mi actuación de la que había tenido en apenas unas horas, le conté los detalles del suceso y disfracé como deducciones de mi intelecto alguna información obtenida por casualidad. Le referí también que, en cuanto colgara el teléfono, visitaría a uno de los peores criminales de Cuenca: el famoso Gitano, un auténtico líder del hampa y los bajos fondos, aunque vivía en los escarpados Tiradores Altos, y del que, en realidad, no había tenido noticia alguna hasta que el hermano de la niñera me lo había nombrado esa mañana.

—Prométeme que vas a tener cuidado.

No sé si pronunció esa frase porque le había transmitido la peligrosidad del sujeto o por alentar alguna de mis exageraciones y no herir mi orgullo; de cualquier manera, procuré continuar en mi papel heroico.

—Te prometo que me vas a ver de una pieza en pocos días —aseguré con otra frase de pipiolo letrado.

Quedó unos segundos en silencio. Yo tampoco hablé, porque no tenía claro si mi promesa había resultado más cómica que dramática. Hablar con Paz me producía una inseguridad tal que trataba de impresionarla a cada momento. Nunca me había sentido así con nadie antes. En ningún aspecto. Me veía a mí mismo como un mal actor que no consigue emocionar a su audiencia.

Por fin, me regaló su cálida voz con una de esas historias de Sherezade conquense, que me contaba de vez en cuando y que me hacían dar gracias al destino y a sus fortuitos cómplices por mi ventura.

—Sabes que mi madre no es de Villanueva, sino de Arroyuelo, una aldea que está camino de Belmonte. —Intuía que me lo había mencionado en alguna ocasión, pero no recordaba el nombre del lugar—. Pues una vez me contó que, cuando ella era niña aún, había dos hermanos en su pueblo que tenían una parcela común en el término, heredada de sus padres. La trabajaban entre ambos, aunque al menor no le gustaba vivir en Arroyuelo y quería marcharse a Madrid a toda costa. Hacía las labores del campo de mala gana y casi siempre tenía una excusa para holgazanear y quedarse en casa. —Hizo una pequeña pausa para que yo fuera encontrando el camino correcto, siguiendo las sutiles miguitas de la

historia—. En esto, llegó un día en que un agricultor vecino les quiso comprar esa parcela porque tenía otra que asurcaba con ella. No les ofreció su valor real, pues sabía que el menor aceptaría un precio más bajo con tal de reunir dinero para marcharse a la ciudad, pensara lo que pensase su hermano mayor.

Escuchaba atento sus palabras, porque siempre tenían un sentido más trascendente que el literal. Al contrario que las mías, que aspiran a la trascendencia desde lo vulgar.

—Un día incluso llegaron a las manos y se dieron tal paliza el uno al otro que tuvieron que acudir al médico a curarse las heridas. Así siguieron varios días enfrentados, hasta que una mañana el hermano menor se levantó muy temprano y caminó hasta la parcela común. Una vez allí, le pegó fuego y, como el trigo ya estaba empezando a secarse y a espigar, ardió todo lo cultivado. No se quemaron otras parcelas cercanas porque estaban en barbecho, pero podría haber sucedido una tragedia. Al final, el agricultor que quería comprarla se echó atrás y retiró la oferta. Los hermanos perdieron la cosecha y no pudieron volver a sembrar la parcela durante varios años, hasta que se recuperó la tierra. No se murieron de hambre, pero lo pasaron bastante mal ellos y sus familias.

Rumié su relato, intentando dar con la clave que me permitiera encauzar mi investigación, ya que sabía que intentaba ayudarme de una manera intuitiva.

Decidí preguntarle sin más, para no sobrecalentar mis neuronas.

—¿Y la moraleja es…?

—La moraleja es que algunas personas se pueden volver muy egoístas si quieren conseguir algo que les interesa mucho. Pueden llegar a hacer daño a sus seres más cercanos si es necesario. A ellos

mismos, incluso. Se ciegan y no piensan en las consecuencias de sus actos en los demás. Tú mismo en tu trabajo has debido de conocer a más de uno así. Recuerda, sin ir más lejos, lo que pasó en mi pueblo.

Recordaba a la perfección lo que había pasado en su pueblo hacía un año: la concatenación de varios sucesos escabrosos que habían acabado en tragedia y que afectaron a una familia de prebostes. Pero, ante todo, la había conocido a ella, a la mujer de mi vida, a pesar de que las circunstancias no fueron demasiado románticas.

Tendría en cuenta sus enseñanzas, como un alumno dedicado, pero quería dejar ya el trabajo en un segundo plano y que nuestra conversación no se centrase en lo truculento de la vida, por lo que abandoné las sombras y cambié el rumbo hacia la radiante luz de las vocaciones.

—Le he pedido a Escobar, el librero, que me reserve los siguientes números de tu revista *Distinción* —la informé, iniciando un tema que la apasionaba—. También me quiero acercar a muebles Calderón para preguntar si necesitan a alguien para empezar a trabajar cuanto antes.

—Me encantaría trabajar en esa tienda. Tienen un gran gusto para los muebles y la decoración —dijo con entusiasmo—. La próxima vez que vaya a Cuenca vamos juntos, si quieres, y les preguntamos. Así les puedo hablar de las ideas que tengo y que ahora están de moda en Europa y América. Son bastante modernas respecto a lo que se lleva aquí.

—Será genial. Seguro que les encantan. En España somos un poco más clásicos y nos agarramos a las tradiciones como niños a la mano materna.

Quedó otra vez en silencio y se formó un nudo en mi garganta pensando que le había dicho algo inconveniente.

—Ahora que hablas de niños, creo que me gustaría tener cuatro. —Al retomar la conversación se había apretado aún más mi nudo—. Dos parejitas, si Dios quiere.

El que se quedó en silencio en esa ocasión fui yo. Pensar en una descendencia numerosa, aunque me pareciera tan lejana como Australia por entonces, me produjo un sudor frío de anuncio de desmayo. Días atrás me había enterado de que la píldora anticonceptiva había sido aprobada en Estados Unidos y había llegado a fantasear con una vida sexual plena y sin cargas. Tendría que desechar tal idea con carácter irreversible, para que Paz no la intuyera siquiera en mi pensamiento.

—¿Qué pasa, Andrés? —me preguntó con un deje preocupado—. ¿No te hace ilusión tener hijos?

—Por supuesto que sí —respondí raudo—. Estaba pensando en los nombres. No se me ocurren ahora tantos —intenté bromear para disimular mi azoro.

No respondió, por lo que deduje que mi contestación no la había convencido.

Seguimos hablando un rato más de temas tópicos de ascensor, sin trascendencia, y durante esos incómodos minutos me sentí como un Judas ante su Mesías, por no haber mostrado más entusiasmo ante mi futura paternidad. Pero lo cierto es que era algo que me inquietaba bastante, tal vez porque la relación con mis padres había sido y era distante, cuando menos. No sabía si tendría el cariño suficiente, ni la forma de transmitirlo, para que mis futuros hijos no

sufrieran la orfandad sentimental que me había aislado en mi infancia.

En mi despedida traté de enfatizar mis ganas de verla y la promesa de una visita inminente a su pueblo. En la suya apreció reserva y, quizá, cierta frialdad.

Al colgar el teléfono intenté olvidar la sensación amarga del final de la llamada, puesto que tenía que cumplir una misión que me pudiera congraciar conmigo mismo y con las personas que más admiraba.

Una misión de rescate y desagravio.

22

A medida que ascendía por los Tiradores, con el Sagrado Corazón de Jesús en lontananza, iba contemplando la zona más deprimida de Cuenca; una sensación de equilibrio desequilibrado. Chabolas y casas a medio destruir que albergan la pobreza de una ciudad escasa solo en los dineros. Una especie de albañal del progreso.

Por las calles estrechas de ese barrio, con el abecedario como única distinción, difícilmente puede transitar un carro. No hay un brochazo que dulcifique el paisaje desde la frontera del Huécar. En siglos pasados transcurría por allí la llamada Procesión de los Piojos: un antecedente poco halagüeño para cualquier transeúnte.

A pesar de tener un catarro incipiente, pude oler el humo de alguna lumbre de paja y el hedor de las necesidades básicas desocupadas en plena senda. Ningún sentido podría deleitarse, aun menos cuando vi a un adolescente que orinaba en un pequeño descampado entre dos casas. Enternecedor. Una ventaja masculina es que tenemos parte del retrete en el exterior, como los zaquizamís de algunos edificios antiguos de Cuenca, y no precisamos de recipientes *ex profeso* para usarlo. Anatomía práctica.

La cuesta se hacía cada vez más empinada, y cuando me adelantó un hombre con un borriquillo portando un serón, estuve a punto de

pedirle que me diera un poco de su contenido, ya fuera agua o vino. O que me llevara puesto. Mi reino por un burro.

Aunque mi marchar tenía casi aceleración negativa (un reto para la física), por fin llegué exhausto a la letra G de los Tiradores Altos y a la tienda de comestibles que me había indicado el carnicero. Junto a ella estaba la casa amarilla, con la mitad inferior de enlucido de cemento, propiedad de mi peligroso objetivo.

Antes de mi escalada, merced a la llamada a la policía desde la comandancia, gracias a la buena disposición del intenso subinspector Carrillo, pude averiguar quién era el insigne sujeto al que me disponía a visitar: Elías José Carrascosa Tanga, más conocido como el Gitano en los ambientes del hampa local y en las salas comunes y no comunes de la comisaría de Cuenca.

Recordando la información que ofrecían sus antecedentes penales, para tener claro que no iba a ser una visita de cortesía, llamé a la puerta de la casa con los nudillos. Al poco apareció un niño escuálido, de edad indefinida, que tenía relejes hasta en el pelo y que me miró con ojos acusadores.

Le pregunté por Elías y no sé si tal nombre no concretaba a su titular o si mi escrutador era sordomudo. Sordo, lo dudaba, pues había abierto la puerta a mi llamada con presteza, salvo coincidencia de que fuera a salir en ese momento, pero mudo funcional parecía.

Cuando me estaba planteando preguntarle por el alias, asomó por la puerta, como una oscura sombra, el que parecía el receptor de mis indagaciones.

Moreno natural, piel coriácea, feo como un insulto, estatura mínima para apoyar el codo en la barra de un bar (que, por el olor,

parecía resultarle una afición más que habitual), el Gitano era tal y como lo había imaginado. Un muestrario de taras.

Su vestimenta era la indicada para un reencuentro de maquis. Los pantalones y la chaqueta de pana no parecían haber pasado por el lavadero desde la Guerra Civil y la camisa era de un color todavía no catalogado.

Mientras me miraba con un pulso entre las cejas, no dejaba de comer pipas de calabaza que cogía de un cucurucho de papel de periódico.

—¿Qué quiere, picoleto? —me preguntó el anfitrión, sin dejar de masticar.

—¿Cómo sabe que soy guardia civil?

—Igual que usted sabe hasta mi nombre de pila, que no me lo mienta nadie desde que mi santa madre se murió. Si acaso me llaman José, pero todo el mundo me conoce de otra forma. ¿Qué le voy a contar que no sepa?

A todo esto, el niño mudo había vuelto al interior de la casa, sin despedirse.

—No me parecía procedente llamarle por su apodo —le dije, haciendo un ejercicio de contención, dado el carácter no oficial de la visita.

Sonrió con unos dientes dignos de su piel y encogió los hombros como señal de interrogación.

—Tengo que hacerle algunas preguntas. Podemos pasar a su casa, si le parece bien. —Hice un amago de avanzar hacia la puerta de entrada.

Negó, girando lentamente la cabeza, y colocó como barrera el brazo que no sujetaba las pipas.

—A mi casa, ni hablar, que está toda mi familia y no quiero que me vean con malas compañías. Vamos al corral. —Señaló un muro de piedra, con una portilla de madera carcomida, enfrente de la vivienda—. A las gallinas las tengo bien enseñadas para que no larguen nada de lo que oigan.

En el corral referido, aparte de toda la suciedad que se podía prever del lugar y de su anfitrión, pude ver unas diez gallinas separadas por unos listones de madera del espacio principal y un perdigón en una jaula oxidada y colgada en la pared por medio de una alcayata.

El Gitano dejó el cucurucho de pipas sobre una caja y sacó de un bolsillo de su chaqueta una vieja petaca llena de cigarrillos de picadura. Cogió uno y lo encendió con un mechero Zippo. El contraste era evidente y supuse que el encendedor lo habría conseguido en alguna de sus partidas ilegales de naipes.

Soltó la primera bocanada de humo en mi dirección. Es de las cosas que más me pueden molestar en la vida. Tosí para recalcarlo, si bien no obtuve mucha empatía por su parte, ya que repitió la afrenta.

—¿Y qué se le ofrece, si se puede saber? Ya me quieren *encalomar* alguna fechoría, como siempre hacen. ¿No tienen otro sitio donde picar? —dijo desafiante, con la voz más ronca que al principio.

Me daban ganas de llevarlo a la comandancia para sacarlo de su terreno, donde parecía demasiado cómodo y confiado, pero no podía arriesgarme, por las circunstancias. No era una misión oficial en aquel momento.

—Usted organiza partidas de póquer clandestinas en una cueva o en el sótano de su casa —le solté a bocajarro, sin preliminares.

—¿Quién le ha dicho tal cosa? —interpeló con soberbia—. Yo estoy limpio.

Lo dudaba en todos los aspectos.

—Mire, no me tome por idiota. No estoy aquí para investigar esas partidas ilegales, sino por algo mucho más grave —lo miré fijamente e hice una pausa de trascendencia—: he venido por el secuestro de un niño de tres años, hijo de un hombre que le debía dinero de alguna partida de póquer.

La cara de soberbia se le transmutó en una de repugnancia, como si hubiera visto su futuro o su presente. Quizá esperase cualquier acusación salvo esa.

—¿Qué me está contando? —repuso airado—. ¡Yo no he secuestrado a nadie en mi desgraciada vida! ¡Me cago en las doce vírgenes! Lo que me faltaba para el duro.

Empezó a rascarse la cabeza y a respirar ruidosamente. Hizo amago de decir algo, pero inspiró con fuerza para acallar su propia voz. Aproveché para insistir.

—Le aconsejo que colabore o le aplico la Gandula y pasa la noche en el cuartelillo. Por mi madre que lo acuso de secuestro, atentado contra la seguridad y hasta de matar a Manolete. —Para tal alocución, traté de imitar la voz y los gestos de Bogart en *El sueño eterno*.

Pareció comprarme la mercancía y se repuso un poco antes de replicar.

—Yo le digo que podré tener muchos fallos, pero soy un hombre de honor y jamás haría algo así, y menos a un niño. A la familia no

se la toca. Hay códigos que se respetan. ¿Por qué me echa la culpa a mí? ¡Siempre acuden al mismo cuando hay alguna pendencia, copón!

Le expliqué que estaba al tanto de que Amadeo, el padre del niño secuestrado, jugaba en ocasiones al póquer en las partidas organizadas por mi escuchante y que siempre perdía grandes cantidades.

—Además, tengo la sensación de que esta vez perdió mucho más dinero del que tenía y que, para que le pagara la deuda, a usted no se le ocurrió otra cosa que secuestrar a su hijo y pedir un rescate por el valor de lo debido.

—¡Eso no es verdad, me cago en mi vida! —exclamó con cierta rabia, aunque al momento se quedó pensativo, sopesando la gravedad de la inculpación, y finalmente reculó—. Para que vea que soy de ley, le voy a contar todo lo que pasó, pero, si me lleva detenido por esto, lo voy a negar una y mil veces y no va a haber quien les diga ni una palabra del asunto.

Permaneció con su turbia mirada fija en mí, esperando mi compromiso.

—Ya le he dicho que no me interesan sus chanchullos, solo la integridad del niño.

Tiró la colilla al suelo, sin pisarla. La contemplé durante unos segundos por si prendía la porquería acumulada. Los vapores podrían haberme matado.

—Es verdad que a veces hemos jugado al póquer aquí, en una covacha que tengo bajo mi casa, pero como se juega en muchos bares, aunque con más *perras* por medio. —Se limpió la moquita de la nariz con la manga de la chaqueta; otra de tantas cortesías de

anfitrión modélico—. El Amadeo es un fijo de las partidas. Algunas veces venía con bastante dinero, pero no tanto como esa noche. —Dejó entrever una sonrisa de satisfacción—. Casi siempre perdía y casi siempre contra mí. Se hacía el valiente de farol y era muy fácil sacarlo de quicio. Esa vez le gané las trescientas cincuenta mil pesetas que llevaba en casi nada de tiempo, en menos de una hora. —Había revelado la cifra con lentitud, paladeando su extensión—. Luego, el andoba iba restado ya y perdió otros veinte mil duros con una trucha simplona contra mi full.

—¿Qué es ir restado? —pregunté.

Me miró con sorpresa. Yo nunca he jugado al póquer. Solo juego al cubilete en La Maña, sin más interés que el de socializar con otros clientes.

—Apostar lo que no llevas encima —me aclaró—. Yo le fie, porque sabía que esa familia tiene muchos *cuartos* y que al final me lo iba a pagar. Siempre venía con montante, así que imaginé que podría conseguirlo de alguna manera. —Se rascó la cabeza con sus uñas de carbón—. Pero no le dejé apostar más esa noche, porque estaba encendido y la deuda habría sido demasiado grande hasta para él.

—¿Le ha pagado ya?

No respondió de inmediato, como si considerase la posibilidad de que le fuera a confiscar el dinero como prueba. Habría sido lo justo, pero al final supongo que intuyó que, si mi objetivo no era su negocio ilegal, el caudal ya estaría blanqueado de alguna manera; un contrasentido, en su caso.

—Sí. Me pagó a los dos días de la partida, justo el viernes pasado. Me extrañó bastante, porque llegó aquí de noche, a eso de las once. Ya me iba a acostar. No le quise cobrar muchos intereses porque es

un primo y uno gana tela a costa de él. No hay que matar a la gallina de los huevos de oro. —Miró a las que ponían huevos normales, por si se habían sentido amenazadas.

La fecha del pago coincidía con la frustrada entrega de la suma del rescate, por lo que me había contado el capitán. Estaba claro adónde había ido a parar ese dinero. Pensé que tendría que hablar seriamente con Amadeo, pero sin testigos. Mis sospechas cada vez tenían más forma de lechuguino insoportable con ínfulas de millonario.

—Aunque su suegro tenga dinero, ¿no le extrañó que reuniera una cantidad tan grande en tan poco tiempo? ¿Le dijo de dónde lo había sacado?

—Me dijo que le había tocado la lotería. A mí me da igual, mientras me pague. Aquí no pedimos los antecedentes ni las referencias, como vosotros. La entrada es el parné, que te lleva al fin del mundo. —Golpeó varias veces el dorso de una mano contra la palma de la otra.

Tenía que comprobar la veracidad de lo que me estaba contando el Gitano, no para descartarlo como sospechoso del secuestro, dada su catadura moral y su amor incondicional por el dinero ajeno, sino para ver hasta qué punto Amadeo estaba implicado en el asunto. En ese momento, la deuda que había contraído en la partida de póquer me parecía la opción más probable como detonante del rapto. Aunque, por sí mismo, el dinero de la familia fuera un objetivo muy apetecible para cualquier delincuente. Faltaba averiguar quién retenía al niño, que era el eslabón más débil, por el que cualquier pariente cercano estaría dispuesto a desprenderse de lo que le pidieran como rescate.

—Espero que sea verdad todo lo que me ha contado, porque, si no, la próxima vez no seré tan considerado —le advertí, apuntándole con un dedo como única arma, a lo que me respondió con un rechinar de dientes de los que salió ceniza suficiente para fertilizar un huerto.

Abandoné el corral, no sin antes insinuarle al Gitano que no descartaba aún su participación en el secuestro. Era un candidato firme.

Cuando empezaba a bajar la cuesta de la calle, se asomó y me gritó con su voz cazallera.

—Ya me dirá quién es el chota que le ha largado todo. Por hacerle una fiesta, digo.

—Nadie me lo ha tenido que decir. Ya sabe aquello de que «la policía no es tonta, y la Guardia Civil, menos» —le respondí bajando la voz cuando expresé el refrán, con la intención de preservar, sin demasiada esperanza, el incógnito en aquel barrio.

23

El camino de regreso a la Cuenca baja resultó mucho más cómodo que el ascenso anterior. La soltura de mis piernas contagió a mis neuronas, que elaboraron varias teorías sobre el secuestro. En todas ellas había un factor común y familiar. Esa misma coincidencia incluso se podía inferir de la moraleja de la historia que mi novia me había contado por teléfono. Sin duda, Amadeo era inevitable como la muerte.

Todavía rumiando presunciones, llegué a la comandancia, donde subí, ya menos ágil, al despacho del capitán Muñoz, para informarlo de todas las novedades del secuestro y de los interrogatorios del día.

No cambió su expresión hasta que compartí mis sospechas sobre Amadeo. El rictus evidenció su aversión hacia su familiar político.

—Tiene que asegurarse antes de dar parte a la policía y antes de detener a ese canalla o a cualquier otro. Si damos un paso en falso, la vida de Nacho puede correr peligro, y eso no es negociable —me aconsejó.

—Sí, lo sé. Había previsto hablar con Amadeo hoy mismo. —Mi benemérito superior pareció satisfecho con mi propósito, por su semblante y el gesto afirmativo de su cabeza—. Pero aún no descarto al Gitano como posible culpable o colaborador. Es un mal bicho y está acostumbrado al engaño. Puede haberme contado que

la deuda estaba saldada para desviar las sospechas y en realidad tener retenido al niño a la espera de más dinero.

—Es posible —confirmó mi jefe—. Es un delincuente habitual, así que puede haber intervenido de una manera u otra. No es buena señal que haya alguien así metido en este tema. Si quiere, puedo hablar con el comisario para pedirle más información sobre él. Le diré que es para algún caso de los que llevamos.

—Me parece bien, toda información ayuda. También tengo que averiguar de dónde procedía el dinero que Amadeo se gastó en la partida de póquer y en otras anteriores, porque eran grandes cantidades y no creo que pudiera manejarlas con su sueldo únicamente.

—Preguntaré a mi cuñado Alberto por si sabe algo del tema —intervino mi superior—. Estoy seguro de que él no le dio ese dinero, por muy yerno que fuera, así que habrá que buscar en otra parte o en otros negocios.

—No sé, pero desde el principio me ha parecido que Amadeo sabe más de lo que dice y que no se lo ve demasiado afectado por el secuestro de su hijo, al menos no como lo está su sobrina, si me permite que me exprese así, mi capitán. Aunque cada uno llevamos la pena a nuestra manera.

A pesar de que se trataba de una investigación en la que sabía que tenía toda la confianza de mi jefe para actuar con autonomía, prefería consensuar todo con él, como si fuera un caso rutinario en los que no hay ninguna implicación más allá de lo profesional. Y también quería ser muy cuidadoso con mis opiniones.

—Tiene toda la razón, pero hay que agotar todas las posibilidades antes de acusar de un delito tan grave, sin pruebas, a alguien, sea

quien sea y por mucho que comparta con usted las impresiones sobre ese hombre.

—Pues entonces me voy a poner manos a la obra, con su permiso.

—No se olvide del caso del camionero, aunque le dé prioridad al de Nacho. A ese hombre ya nadie le va a devolver la vida y se puede hacer justicia un día o dos después —dijo con un tono de voz más bajo de lo habitual.

Las últimas palabras de mi jefe me hicieron pensar en la situación tan complicada que debía de estar atravesando en esos momentos. Imaginaba una lucha interna entre el sentido de la responsabilidad, que era su divisa, y el cariño familiar. Anteponer lo segundo tuvo que suponer una prueba mental metafísica y una sensación de infidelidad a sus principios. Como un enamorado en una noche loca.

Acabamos la reunión y me despedí del capitán con el objetivo principal de interrogar a Amadeo cuanto antes.

Diego, un joven y atlético guardia de la comandancia, me estaba esperando a la salida del despacho. Me produce cierta nostalgia la marcialidad de los novatos en el trabajo, en contraste con la indolencia que mostramos los veteranos. Como si la experiencia y la escala degradaran la ilusión y el ánimo, aunque no recuerdo haber sido tan comprometido con la disciplina cuando empecé a trabajar en este negocio.

—Mi brigada, está abajo el inspector David Parra, de la policía. Me ha preguntado si puede verle, que es bastante urgente —me saludó e informó con diligencia lozana.

Bajé los escalones ajedrezados del primer piso y plantado en el pasillo vi a mi amigo, con el sombrero en la mano y semblante serio, lo que auguraba una visita profesional.

—¿Qué te pasa, David? Pareces cansado de ser feliz —infundí un tono pretendidamente musical a mis palabras.

No sonrió ante mi broma, así que me transformé en guardia comprometido, de ceño fruncido y voz engolada. Le indiqué que me siguiera por el largo corredor.

Pasamos a uno de los despachos que estaban vacíos, para estar solos y más cómodos.

—He venido enseguida porque creo que tengo algo que te puede interesar mucho —anunció en cuanto entramos, sin otorgar utilidad a los asientos.

—Tú dirás, que me tienes en ascuas.

Y era cierto. Nuestras conversaciones sobre el trabajo siempre tenían lugar en un bar y no solían ser demasiado trascendentes, igual que un matrimonio en la hora de la cena. Por eso me extrañó su actitud.

—Hemos detenido a un delincuente habitual, procedente de Madrid, cargando sacos de cemento *porlan* en una Citroën dos caballos, de madrugada. Cuando ha visto a mis dos agentes de patrulla ha salido corriendo, pero lo han alcanzado enseguida. —Hizo una pausa para suscitar más interés—. Resulta que los sacos iban llenos de marihuana. El tipo estaba al lado de una caseta de obra de las quinientas viviendas que están haciendo junto al paseo de San Antonio.

Donde era jefe de obra Amadeo, el padre del niño secuestrado, pensé.

—Cuando lo hemos interrogado, nos ha dicho que les compra la droga a los legionarios de Fuentefría, para suministrarla en Madrid. Entonces he recordado que me habías dicho en La Maña que ese es

el pueblo del muerto de tu investigación y que a él lo llamaban el Legionario.

—¡Vaya casualidad! —exclamé.

Empezaba a tener sentido la posibilidad de que mi teoría sobre el asesinato fuera la correcta, aunque la menos sencilla y aceptada.

—En el registro de la caseta había sacos llenos de cemento y otros, que estaban en una especie de apartado, con marihuana —afirmó, y, con cara de satisfacción, se subió los pantalones a la altura del ombligo.

—Pues la verdad es que esto va a hacer avanzar bastante mi investigación. —En realidad, las dos, aunque la extraoficial todavía no la podía compartir con él.

—Después de ir a comisaría me pasaré por la obra para hablar con el encargado y averiguar qué sabe —agregó mi amigo—. A la fuerza, algún capataz u obrero tiene que estar metido en el ajo para dejar que almacenen la droga allí.

No quise decirle quién era el encargado, para ganar tiempo y hablar yo antes con él. Había un asunto mucho más importante que la droga y que afectaba a un niño de tres años.

—Parece ser que lo tenían todo muy bien organizado —prosiguió Parra, a la vez que me mostraba unas fotografías de los cogollos incautados, que había sacado del bolsillo de su gabardina.

El *modus operandi* de la trama era el siguiente: uno de los legionarios cultivaba la marihuana en una finca en el término de Fuentefría, luego la recogía (más o menos en esa época otoñal) y la guardaba en sacos con la serigrafía del cemento Portland. Dichos sacos, probablemente, los transportaba Mateo Moya, el camionero

asesinado, en varias remesas hasta Cuenca, donde se almacenaban en una caseta del Poblado de Absorción.

El último eslabón de la cadena era el traficante de Madrid, que llenaba su furgoneta cada cierto tiempo con los sacos ilegales y los llevaba a la capital para su venta.

Hasta su detención, habían contado con la colaboración del agente del fielato de la carretera de Valencia, el cual hacía la vista gorda con las mercancías a cambio de unos miles de duros. Se suponía que ya tendrían a otro en nómina. Todo el mundo tiene un precio, según se dice en las películas americanas.

Atando cabos (aparte de por su carácter y forma de vida) apenas tenía dudas de que Amadeo era el que guardaba la droga en la caseta de la obra y cobraba el dinero de la transacción con los compradores de Madrid, caudal que la semana anterior había perdido en la partida de póquer con el Gitano.

El sobrino político de mi capitán era el máximo responsable de esa caseta, y no se me pasaba por la cabeza que no supiera lo que allí se almacenaba. Me faltaba averiguar qué relación tenía con el camionero asesinado y el cultivador de la marihuana; si era estrictamente comercial y cómo se habían conocido. Dios los cría y el dinero los junta.

Resultaba una cadena de trabajo bien engrasada y aromática, sin duda.

Después de la conversación con el inspector Parra, intuí también que el olor que había descubierto cuando me asomé al remolque del camión del Legionario procedía de la marihuana que se había transportado allí. No lo relacioné aquel día en el pueblo porque no la he fumado en mi vida, pero todo parecía encajar.

La jornada había dado un giro inesperado que unificaba los caminos y evitaba, en cierta manera, el bizquear de mi mente.

24

Sin dilación, salí en busca del susodicho y entredicho Amadeo. Aparte del tema de la droga, tenía claro que él era responsable del secuestro de su hijo; no sabía si de manera directa o indirecta.

En un principio había llegado a pensar que el hermano de la cuidadora del niño, el carnicero Roberto, era el sospechoso más plausible: por motivo, su despido de la constructora por parte de Amadeo, y oportunidad, ya que su hermana tenía acceso directo al pequeño Nacho. Pero las visitas que hice a los dos hermanos y los acontecimientos posteriores me hicieron desechar esa hipótesis o, cuando menos, postergarla al final de la fila de las congruencias, aparte de que mi instinto policial los había descartado casi a primera vista.

Luego fue el Gitano el que atrajo mi atención investigadora e hizo daño a mi primera vista y olfato. Él sí parecía un candidato de manual para todo tipo de delitos, hasta los no tipificados, y su implicación se correspondía necesariamente con la partida de póquer en la que Amadeo había perdido tanto dinero en su favor; dos destinos unidos en el patíbulo de mi sospecha. Si el Gitano era el secuestrador, alguien había tenido que franquearle el paso a la vivienda, puesto que la puerta no se había forzado, a no ser que la hubiera abierto un profesional de los allanamientos, hay

delincuentes que pueden entrar hasta en el infierno con una ganzúa. Otra posibilidad era que la cuidadora la hubiera dejado abierta por descuido, cuando salió corriendo al hospital tras la falsa llamada en la que la avisaban de la gravedad del estado de su padre.

Pero, sin duda, lo que más me encajaba como solución, después de haber sopesado todas las opciones, era la participación en los hechos del propio dueño de la casa, quien había estado presente en espacio y tiempo en todos los escenarios posibles. A saber: llegó el primero tras el rapto, después recibió, sin testigos, la llamada de petición de rescate y, por último y más chirriante con la lógica paterna, pagó su deuda con el Gitano al tiempo que se suponía que había entregado sin éxito el dinero convenido a los secuestradores. Algo olía a podrido en Dinamarca.

Pronto averiguaría si el olor provenía de una basura humana sin alma, capaz de vender a su propio hijo.

A buen paso, puesto que no tuve que esquivar a tanta gente en Carretería como el día anterior, llegué enseguida a la casa de Amadeo, pero solo estaba su mujer, Claudia. Me comentó que desde esa mañana no había vuelto a ver a su marido. Que este había salido muy temprano y que supuestamente estaría aún en la obra. Aunque solo mostró preocupación real por mis avances en el secuestro de su hijo.

La sobrina del capitán tenía los ojos hinchados, una señal que dejan el llanto perpetuo o las noches de farra, y esto último estaba descartado en su caso.

—¿Quiere usted tomar algo? —me preguntó solícita—. Debe de pensar que soy una anfitriona horrible, pero es que con… —No pudo terminar la frase antes de llorar.

Traté de consolarla y le dije que estaba avanzando en la búsqueda y que seguramente pronto tendría buenas noticias que darle.

Esperaba poder cumplir lo asegurado con esas palabras pronunciadas en mayúscula y pensadas en cursiva.

Salí apresurado, y algo enrabietado después de haber contemplado de nuevo el dolor de aquella madre, hacia la obra del Poblado de Absorción, con la intención de resolver todas las dudas del mundo, hasta las de la evolución.

Mientras caminaba por Carretería, volví a recordar la historia de los dos hermanos agricultores que mi novia me había contado por teléfono esa tarde. Empezaba a cobrar forma en mi mente, menos sensible que la suya, esa manera tan sutil que tiene Paz de dar forma a todo lo que está oculto en el alma humana, hasta lo más sórdido. Según sus palabras, la moraleja de aquel relato era que hay gente capaz de hacer cualquier cosa, barbaridades incluidas, como dañar a sus familiares, con tal de perseguir una ambición. Pueden arrasar sus propias vidas si es necesario. Los escrúpulos tienen un límite muy difuso para ellos y la empatía no les viene de serie. Además, algunos llegan a tener mucho poder y la combinación es desastrosa para la humanidad.

Después de caminar y meditar un rato, con el esfuerzo que me supone simultanear una actividad deportiva y una mental, dejé a un lado la plaza de toros de la ciudad. Solo había asistido allí a una corrida en la anterior Feria de San Julián, invitado por el capitán Muñoz. Aunque no soy aficionado, era de recibo quedar bien en ocasiones para allanar el camino a las estrellas. Los peajes del cargo y la divisa.

Seguí recorriendo la avenida de los Reyes Católicos, donde solo se contemplaba alguna casa dispersa y campos en lontananza, lejos de la belleza de cualquier vista desde la zona antigua de la ciudad. Mal cartel de promoción para una ciudad encantada.

Ningún turista que entrara en Cuenca utilizando ese camino apostaría mucho por el descubrimiento de tesoros artísticos o paisajísticos, así luego la sorpresa era mayor. Una ciudad tan natural como abstracta, llena de colores y grises. La riqueza histórica de Cuenca, encerrada naturalmente entre hoces, tiene poco que envidiar a los entornos con más pedigrí. Sin embargo, las autoridades locales no ponen demasiado énfasis a la hora de promover y señalizar la parte monumental, al contrario de lo que se hace en otras ciudades castellanas, como, por ejemplo, en Toledo, que parece envasada para recuerdos.

Antes de llegar a la fuente del Sol y a la carretera de Alcázar, a mi izquierda asomaron, blancas y radiantes, como novias bajo el altar que semejaba la zona antigua de la ciudad, las construcciones hacia las que me dirigía. Tomé un camino que parecía recién asfaltado debido a su aspecto y olor, y aparecí en la frontera del paseo de San Antonio.

Las casas del Poblado de Absorción eran pequeñas y encaladas, organizadas unas junto a otras en hileras según iba apreciando al recorrer sus calles. Ofrecían su cara más amable de frente y por detrás se unían con tabiques deslucidos a la siguiente formación, tal que legionarios romanos con sus escudos. Uniformidad urbanística moderna, la arquitectura regresiva de un siglo sin alma.

Me adentré en esa cuadrícula de ladrillo y no me crucé con ningún ser vivo hasta que me fijé en una de las construcciones aún sin

terminar. Esta estructura tenía unos andamios apoyados en la fachada y aparecía escoltada por un montón de arena, varios sacos vacíos, una hormigonera y tres hombres, que reunían todas las características de cualquier obrero, dando uso a unas palas; un auténtico cuadro costumbrista.

Los saludé con enérgica educación. Me miraron de arriba abajo, y supongo que otorgaron importancia a mi aspecto, ya que decidieron parar la faena.

—¿Conocen ustedes a Amadeo, uno de los jefes de obra? —pregunté al que parecía de más edad, por lo de la sabiduría de los ancianos.

—Imagino que usted se refiere al caporal. Es el único Amadeo que conozco —me contestó ufano.

—Diría que sí. ¿Lo han visto hoy por aquí?

—No, señor. Yo no lo he visto en todo el día —respondió el mismo hombre.

Miré a los demás, que negaron con un gesto uniforme. No querían decir nada para la posteridad. Mi búsqueda había fracasado de nuevo.

—¿Cuál es la caseta de obra que él utiliza?

Esa respuesta sí la conocían.

—Ahí, donde está la carretilla, a mano derecha. —Señaló el portavoz hacia la siguiente fila de casas—. En cuanto gire la ve usted. Es la única que hay.

Me despedí de la congregación obrera que, como un solo organismo, continuó su vigilancia sobre mí sin reanudar la faena, igual que en los pueblos cuando pasa un desconocido o algún coche

al lado de los lugareños, un seguimiento digno de los mejores espías.

Sintiéndome el centro de atención, doblé la esquina indicada y vi una construcción más pequeña que una casa, con aspecto funcional. Me había imaginado una caseta parecida a las que se ven en las playas y de algún material ligero, pero lo cierto es que estaba hecha de rasillas y contaba con tejado de uralita. Podría ser habitable incluso.

Llamé a la puerta, pero nadie contestó, como ya había sospechado. Aun así, contrariado, me asomé por una ventana y observé un recinto casi diáfano, con algunas herramientas apoyadas en la pared, pero nada más reseñable. Después del registro policial, alguien debía de haber trasladado el instrumental de trabajo a otro lugar. La policía había confiscado la droga, según me había contado mi amigo Parra.

Ni rastro de vida humana. Amadeo estaría escondido en otro sitio, como buena alimaña. Y, al igual que esos taimados animales, parecía tener un instinto muy desarrollado para detectar a los cazadores.

Pero había dado con uno que iba a seguir el rastro como buen sabueso.

25

Contrariado, volví sobre mis pasos, pero esa vez enfilé el paseo San Antonio en dirección al núcleo urbano. De esa manera, podría ver la ubicación del taller de la Seat que habían inaugurado hacía pocos meses en esa calle. Mi Seiscientos necesitaba una revisión y no quería abusar de los expertos de la comandancia, por aquello de tener algo más de vida privada, aunque supusiera un gasto económico. Hay que abstraerse de tanto crimen con esos pequeños detalles que le hacen a uno parecer un ciudadano normal y no alguien que solo corrige los borrones de sangre del Código Penal.

Según caminaba, fui repasando los datos del secuestro, los testimonios de los sospechosos y todas las implicaciones posibles. La ausencia de Amadeo era la que más me incomodaba y me hacía sospechar. Si el Gitano lo había puesto sobre aviso, me iba a resultar difícil encontrarlo sin ayuda oficial. No podía descartar su huida o un escondite provisional, y sin medios policiales atraparlo no sería sencillo.

Era algo novedoso para mí el hecho de investigar un caso de manera extraoficial. Me sentía como un acróbata sin red, a pesar de mi vértigo, debido a mi tendencia a aprovecharme de la colaboración de mis compañeros y de los múltiples activos que me ofrece ser un agente de la ley, aunque varias veces haya disfrutado en exclusiva el

mérito de los logros sin intención de compartirlo. Pero, en aquella ocasión, había comprobado lo difícil que es llevar a cabo mi labor en solitario, y un creciente miedo al fracaso se iba apoderando de mi ánimo.

Visto el panorama, no tendría más remedio que contarle al inspector Parra o a su comisario lo del secuestro del pequeño Nacho y mis sospechas sobre la participación de Amadeo en la venta de droga, lo que fuera con tal de hallar a ese tipo infame e interrogarlo sin piedad.

También era conveniente un viaje a Fuentefría para hablar con Mario Moya, el padre del camionero asesinado, e intentar descubrir quién era el otro socio de su hijo en el asunto de la marihuana: el cultivador. En mi anterior visita a ese pueblo, el paralítico había dado muestras de locuacidad y de no tener demasiados filtros en su discurso, algo que me podría venir muy bien para desenterrar algunos secretos de aquel asunto. No podía dejar de lado, sin fecha de cierre, ese asesinato, el único caso que tenía de manera oficial.

Pero todo ello tendría que ser al día siguiente, pues la luz del día estaba declinando y era tarde para viajar y trabajar, más aún después de una jornada tan errante.

Una vez reconocido el taller, del que me llevé una buena impresión exterior, ya de vuelta a la aglomeración urbana, me crucé con Ruperto Abarca, el encargado de los barrenderos de Cuenca, que con su gorra de plato y el uniforme parecía más agente de la ley que yo, aunque sus armas eran un escobón de mimbre y una espuerta, poco letales ambos.

Lo saludé sin pararme a hablar con él, al contrario que en otras ocasiones, pues era un conversador nato y yo ya había tenido un día

bastante facundo. No necesitaba oír sus historias sobre la falta de urbanidad de los jóvenes, porque conservaba la ilusión de figurar como uno de ellos, a pesar de que soy de los que utilizan las papeleras hasta para depositar lo ajeno. El desorden y la suciedad me molestan en lo público y en lo privado.

Dejé atrás al funcionario y, como epílogo de la jornada laboral, probé suerte de nuevo en casa de Amadeo. Me sentía comprometido a ofrecerle una pequeña esperanza a su mujer, casi tan mínima como la de encontrarlo allí.

En esa ocasión, Claudia estaba acompañada por Noelia, la abuela del pequeño Nacho, una mujer madura de aspecto noble, en su buen sentido como adjetivo, y un cutis muy brillante por el que debían de resbalar las arrugas.

Claudia seguía sin tener noticias del paradero de su marido. El fulano parecía haber desaparecido justo a tiempo. Era lo esperado. La fuga solo incrementaba mi convicción sobre su culpabilidad.

Después de que su hija me informara, Noelia se acercó lentamente a mí, con gesto compungido, y me cogió el antebrazo sin apretar.

—Mi hermano Jesús confía mucho en usted. —Su voz y su rostro transmitían calma—. Dice que es el guardia más inteligente que ha conocido en su carrera, y él no es de muchos halagos, así que yo también estoy segura de que va a encontrar a mi nieto sano y salvo.

La referencia a la opinión del capitán Muñoz sobre mí provocó un calor súbito en mis mejillas, igual que le ocurre a un muchacho cuando piensa en su amor platónico. No era lo mismo, pero me complacía que la admiración que yo sentía por ese hombre fuese correspondida, aunque también suponía una gran responsabilidad y

una fe excesiva en mis dotes profesionales, de las que yo mismo dudaba a menudo.

—Por supuesto. Voy a remover cielo y tierra para encontrarlo cuanto antes —le dije con la seguridad de un paladín ante una dama en apuros.

Se me ocurrió preguntarle a esa mujer por su yerno, pero delante de su hija podría dar lugar a una situación incómoda y ya había bastante sufrimiento en esa casa.

Me giré hacia Claudia, que seguía teniendo los ojos vidriosos por el llanto recurrente y las mejillas cada vez más hundidas.

—¿Le importaría traerme un vaso de agua, por favor? Tengo la garganta seca.

—Claro —dijo la joven enseguida, atenta.

En cuanto salió del salón le pedí a su madre que me hablara sobre Amadeo.

Miró hacia atrás para asegurarse de que estábamos solos. Luego fijó la vista en mí.

—Ahora que no está Claudia, le tengo que confesar que nunca me ha gustado —susurró, de manera que tuve que acercarme a su posición para escucharla bien—. Es un aprovechado de la vida. —Pareció arrepentirse de sus palabras, porque colocó las manos en posición de oración—. Dios me perdone por lo que he dicho. Es el padre de mi nieto, pero no puedo soportar a las personas tan egoístas. Siempre las he rehuido. —Inspiró con fuerza y prosiguió—. Cuando mi hija se quedó embarazada se nos cayó el mundo encima a mi marido y a mí, no solo porque ella era muy joven, sino porque se tendría que casar con ese hombre. Pero él estaba encantado de

entrar en nuestra familia, y no parecía que el motivo de su entrada lo hiciera tan feliz, usted ya me entiende.

Nuevamente, recordé la historia que me había contado Paz por teléfono, en la que el egoísmo era protagonista sobre la familia. No dudaba que se refería a Amadeo. Qué intuición la suya. Si no fuera porque su pasión era la decoración, podría haber sido una detective imbatible.

En ese momento, volvió Claudia con el vaso de agua, que bebí con fruición; mi excusa tenía fundamento.

—Gracias. Me moría de sed porque hoy he andado más que en mi vida, pero creo que ha merecido la pena. Se van aclarando algunas cosas. Estamos más cerca, sin duda.

Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de la madre y de la hija, iluminados por una pequeña esperanza. Me arrepentí un poco de haber sido tan optimista. Era una gran apuesta.

—Seguro que lo encuentra —aseveró Noelia, con un nudo contagioso en la garganta; ese día yo estaba teniendo tantos que podría haber amarrado un barco al muelle.

No acerté a añadir ninguna frase profesional que atemperase la emoción y opté por una retirada a tiempo.

Tenía que irme si no quería perder la compostura de detective implacable.

Me despedí de las dos mujeres ante la ausencia de los varones de la casa, si bien los buscaba por diferentes motivos y expectativas.

Y estaba determinado a encontrarlos.

26

Antes de llegar a mi pensión y descansar, hice una última parada para repostar en el bar Victoria, propiedad de una mujer del mismo nombre, ausente aquella noche y apasionada del mundo del toro en general; las fotos firmadas de un joven matador, Gómez Cabañero, adornaban gran parte de sus paredes.

Situado a unas decenas de pasos de mi guarida, el local era la avanzadilla de la calle División Azul, aunque con mejor devenir que la homenajeada. Un clásico conquense. Todas las noches me incitaba con sus promesas etílicas y yo no era capaz de resistirme a sus encantos. Al contrario de lo que dice la Biblia, creo que la mente es más débil que la carne.

Preocupado por la jornada venidera, no me dejé llevar por la oferta variada y solo tomé un Soberano para que me ayudara a dormir como tal. Aun así, José María, el Mangas, camarero pulcro y palabrero, tuvo tiempo de informarme de que la caseta del cercano fielato de la Ventilla, donde había ejercido el agente detenido por soborno, iba a ser hundida y trasladada al lado de la estación de trenes. Nunca supe si los negocios del consumero codicioso habían tenido algo que ver en esa decisión política, aunque no me habría extrañado. Recordé que tenía un interrogatorio pendiente con el

sobornado, pero la sucesión de acontecimientos y visitas lo estaban posponiendo.

Abierta la veda de los cotilleos locales, un achispado cliente relató que de un edificio del barrio del Retiro, situado al lado de las escalerillas del Gallo, había sido retirada (valga la redundancia) una placa de un balcón por orden del arzobispo conquense. La placa en cuestión pertenecía a un tal doctor Sánchez, que trataba casos de sífilis y blenorragia, enfermedades solo contraídas por la denostada vía venérea extraoficial, y en cuya parte baja se podía leer una curiosa frase publicitaria: «De cien casos, noventa y cinco curas». Aquello no gustó al párroco, con ciertos problemas de comprensión lectora, de una iglesia cercana; denunció el mensaje del anuncio ante sus superiores. Pero ya era demasiado tarde para evitar que trascendiera la historia y, como bien es sabido desde tiempos inmemoriales, no hay mejor publicidad que la censura.

Hoy en día es muy complicado no ofender a alguien que busca ser ofendido. Los agentes de la ley, al menos, tenemos la ventaja de poder hacerlo de manera legal. Y es una de las mayores satisfacciones que te da la vida.

Después de esquivar con arte otra consumición, me despedí de la concurrencia, ya que no quería alargar la faena, aunque fallé en la suerte de pagar debido al miramiento que tienen muchos camareros con los ahorros de los de mi gremio. Es curioso cómo un uniforme, tácito en mi caso, hace que algunas personas crean que una invitación es un impuesto tradicional o una especie de bula para no ser detenido por cualquier crimen. Si bien tengo algunas reticencias a que me inviten a causa de mi benemérito oficio, he de reconocer que mi escaso sueldo lo agradece a fin de mes. Otra cosa sería

actuar a la manera del agente del fielato detenido: más rentable, pero mucho más punible. Si bien hay algunos colegas de oficio que no tienen tantos escrúpulos como yo y luego son deudores del propio diablo.

Una vez a salvo de demonios y otros peligros en la pensión, y después de haberme lavado la cara con agua tibia en la palangana de mi cuarto, llamé al capitán Muñoz y le comuniqué mis planes para el día siguiente. Me aconsejó que viajara primero a Fuentefría y tratara de averiguar la conexión de Amadeo con toda la trama de las drogas y con el rapto, ya que sus cómplices eran de ese pueblo y teníamos que seguir cualquier rastro para localizarlo. Había que agotar las opciones antes de hacer partícipe a la policía de la información del secuestro, por el riesgo que ello supondría para el pequeño Nacho, aunque, si queríamos encontrar al padre del niño y este seguía escondido, no habría más remedio que contar con toda la ayuda posible.

Entendí su postura. Quería proteger a su familia por encima de todo y la policía no iba a andar con discreciones ni contemplaciones sentimentales. Además, Cuenca era una ciudad demasiado pequeña para que los secuestradores no fueran alertados ante un despliegue semejante.

Seguía siendo imprescindible recurrir al sentido menos estimado: el del tacto, el cual tengo bastante trabajado, modestia aparte, y no en la faceta material y femenina, mal que me pese, sino en la figurada.

Por mi trabajo he aprendido a abordar cuestiones difíciles adaptándome a la persona que tengo delante. No es lo mismo hablar con alguien muy locuaz, a quien solo hay que dejar que se

exprese libremente para que cuente lo que sabe y lo que inventa, que con una persona retraída, a la que hay que ayudar iniciando una frase para que la complete con una o dos palabras a lo sumo, como a los párvulos en la escuela, y que se puede encerrar en sí misma como una tortuga asustada.

En los interrogatorios de los últimos días me había encontrado con los dos tipos de personas, incluso en una misma familia. Era el caso del padre y la hermana del camionero muerto en Fuentefría, cuyos genes comunes solo se reflejaban en las manchas rojizas de los rostros.

Al día siguiente volvería a ver al padre, sin duda el más productivo de la pareja, para que me aclarase la historia de la Legión.

Y de todos sus componentes locales.

27

En cuanto me desperté mi mente se activó. Aunque no había leído el libro de cabecera de turno antes de acostarme, lo cual me relaja sobremanera, había caído rendido en la cama y dormido de un tirón, por lo que me encontraba fresco y predispuesto para luchar contra el crimen.

Cuando avanzo en algún caso y veo cercana la meta de la resolución, me envuelve una energía que seguramente sea heredada de algún antepasado medieval, porque en mi familia nunca la he reconocido como distintiva.

Me aseé con una ligereza impropia de mi habitual parsimonia mañanera, pues por lo general tengo privaciones de lucidez hasta bien entrado el mediodía. También me vestí con celeridad, por lo que tuve que desabrochar mi camisa dos veces debido a la discordancia entre botones y ojales. La falta de costumbre en el hábito urgente casi me demora hasta la normalidad.

Tenía que conducir hasta Fuentefría y aprovechar el día lo mejor posible, ya que el tiempo hacía honor a su dorado refrán en ese contexto. Aunque los viajes siempre me perturban, era mucho mayor la inquietud que sentía por encontrar al niño secuestrado cuanto antes. Su vida podía correr peligro si los que lo retenían eran gente sin escrúpulos, como sus actos parecían señalar. El siguiente

miércoles vencía el plazo para el segundo pago del rescate, según la nota poco académica que me había enseñado el capitán Muñoz en la cafetería Colón, pero yo pensaba que los secuestradores no se iban a conformar con ese dinero; habían comprobado que la familia estaría dispuesta a realizar cualquier desembolso, dadas las circunstancias.

Por ello y porque no habían dado ninguna prueba de que el niño aún permaneciera vivo, me urgía dar con la solución y su paradero, y todo parecía tener el denominador común del padre biológico y sus relaciones poco recomendables. Sería cuestión de desentrañarlas.

Tras una breve visita a la comandancia para poner al día a mis subordinados en el tema del asesinato, conduje un poco más rápido de lo que es habitual en mí. El viaje anterior por esa carretera se había producido hacía unos días y recordaba vagamente el trayecto. Al pasar por una curva casi circular vi una cruz y unas flores depositadas en un margen de la vía y entendí que ese era el lugar donde, unos años antes, había ocurrido el accidente del autobús de La Roda que dejó tantos muertos en el río. Lo había comentado Manuela, la hermana del Legionario, en su casa. Lo cierto es que la curva parecía interminable e imaginé las dificultades que tendrían dos vehículos grandes al cruzarse en ella.

Precisamente fue a la hermana del camionero asesinado a quien primero vi en Fuentefría cuando aparqué cerca de su casa. Parecía que salía apresurada de la vivienda, mientras terminaba de colocarse una rebeca negra sobre los hombros.

—¿Se marcha usted? —le pregunté cuando ya iniciaba su camino.

Se sobresaltó y me miró durante un momento hasta que me reconoció.

—Es que ha venido a avisarme Marcos, el alguacil, porque el alcalde quiere verme en el puesto de la Guardia Civil, para algo de mi hermano —me informó.

—Yo luego tengo que ir al puesto también para hablar con el sargento, pero antes me gustaría hablar con su padre. Tengo un par de cosas que quisiera preguntarle sobre Mateo, precisamente.

—Sí, pase usted. Está en su cuarto —me dijo Manuela mientras abría la puerta.

Ya lo suponía.

Conocía el camino, por lo que fui directo a la habitación del paralítico. No pude llamar a ninguna puerta; solo había una cortina que separaba la estancia del pasillo.

El hombre estaba durmiendo. Emitía unos ronquidos suaves con la boca totalmente abierta. La imagen del abandono. Me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo. No imaginaba estar el resto de mi vida postrado en una cama; es algo que no podemos concebir cuando tenemos salud, igual que perder la vista u otro sentido. Además, en la anterior visita, Mario Moya me había comentado que apenas sabía leer; mi afición preferida. Ese hombre estaba condenado a algo peor que una cadena perpetua sin haber cometido un crimen.

Le palmeé el hombro un par de veces, para que espabilara. Yo no podía perder mucho tiempo.

Se despertó sin sobresalto y me miró igual que si esperara mi presencia. Tenía un mejor despertar que el mío, el cual es perezoso y demorado.

Dejé que bostezara e inicié la conversación.

—Perdone la molestia, señor Moya, pero hay un tema urgente que necesito tratar con usted.

Carraspeó un par de veces antes de replicar con su voz atronadora.

—Me he quedado traspuesto un momento. Mi chica me ha cambiado hace nada. Usted dirá.

Le hice la pregunta que me interesaba, sin prólogos ni explicaciones.

—¿Hay alguien más en el pueblo a quien llamen Legionario, como a su hijo?

—Pues no lo sé. Hace mucho tiempo que no salgo de esta santa cama. —Se encogió de hombros—. Como no se refiera a los que estuvieron con él haciendo el servicio militar en las Alhucemas, en el cuarto tercio Villa Sanjurjo de la Legión, no se me ocurre a ninguno más.

—¿Son de este pueblo?

—Sí, son dos muchachos de la quinta de Mateo. Uno es el pequeño de los de la finca de La Buitrera; Marcial, se llama. Un *malencarao,* como toda su familia. —Su gesto denotaba un gran disgusto—. Y otro, el Amadeo de la Gertru, que ya no pisa el pueblo desde que se casó en Cuenca con una señorita rica. Aunque esos dos no fueron a la guerra como mi chico, porque los licenciaron unos meses antes.

—¿Amadeo? ¿Se refiere al que está casado con la hija de Alberto Cañamares, el constructor? —pregunté con gran satisfacción, algo que extrañó al hombre, dada la expresión de su cara.

—Ese mismo. Dicen que el suegro tiene muchas *perras,* aunque me han contado que la hija y el Amadeo viven en un bloque no muy allá; el mismo donde estuvo mi sobrina de sirvienta en una casa. Pero da igual; ahora el Amadeo ya no se quiere arrimar a los paletos

del pueblo. La verdad es que aquí solo quedan sus tíos y algún primo, porque la madre lo tuvo sola en su día y murió hace dos o tres años.

—¿Y su padre?

—No se sabe quién es, aunque se cuentan muchas cosas. Chismes de los pueblos, ya me entiende.

Era la confirmación de que Amadeo estaba implicado en la trama de tráfico de marihuana. Y ese tal Marcial tenía que ser el cultivador; no había otra alternativa más plausible. En África, durante su servicio militar, los tres jóvenes habrían tomado contacto con la droga y sus procesos, y ya en el pueblo los habrían aplicado como negocio.

Por fin las piezas parecían encajar y ya tenía la identidad de todos los miembros y cómo se habían conocido. Faltaba dar con los que quedaban con vida.

No necesitaba más charla, la cual en el caso de Mario Moya hubiera supuesto una genealogía de lo intrascendente, así que salí de la habitación sin conceder más que un gesto papal de mi mano como despedida.

Tenía la seguridad de que los caminos hacia los desenlaces ya tenían alguna indicación correcta en las bifurcaciones.

28

Me encaminé al puesto del pueblo para informar al sargento Calleja de las novedades y llamar por teléfono a la policía de Cuenca. Era necesario que hablaran con el juez de manera urgente y arrestaran a Amadeo para interrogarlo antes de que huyera lejos si se veía en peligro. Sería una orden de busca y captura en toda regla, que me llenaría de satisfacción por la antipatía y el recelo que me había suscitado ese individuo desde la primera vez que lo vi. Esos sentimientos habían aumentado, gradualmente, a medida que había ido sabiendo de sus andanzas.

La detención del traficante de Madrid había precipitado la resolución del misterio de las sustancias ilegales y añadía ramificaciones comunes con el asesinato del camionero y el secuestro del niño. Más posibilidades y actores en el drama. Y tenía sospechas fundadas de que la causalidad podría más que la casualidad.

Pasada la iglesia y ya teniendo claro el camino, en todos los sentidos, aceleré mi marcha como me había mostrado el sargento en mi anterior visita al pueblo, aunque me fastidiara la referencia. El tiempo nunca corre a favor del investigador, por mucho que digan que lo cura todo.

En el cuarto de puertas del puesto no había nadie. Me adentré en el pasillo y en una de las salas me encontré una reunión de un gran número de uniformados y civiles. Igual que en el día de la patrona, aunque sin celebraciones. El más delgado de los que llevaban tricornio salió a recibirme apresurado.

—Qué casualidad, mi brigada. Precisamente iba a llamar otra vez a la comandancia para hablar con usted —señaló el sargento Calleja, con una media sonrisa.

Imaginé que la mueca era de satisfacción, al igual que el motivo de esta, aunque yo venía a ponerlo en duda.

Cada vez me caía peor ese hombre altanero sin mérito. Tengo que reconocer que me dejo llevar a menudo por mi primera impresión sobre las personas y luego busco razones para reforzar las percepciones negativas. Y me cuesta una barbaridad cambiarlas. Pero el sargento me lo ponía fácil: no hacía más que confirmarlas.

—Los compañeros del puesto de Albaladejo han detenido a Rodolfo Sánchez, el hombre que huyó tras matar a Mateo Moya en su casa —me informó, tratando de invertir el abombamiento trasero de su pecho—. Parece ser que un primo suyo vive en ese pueblo. Su familiar le había dado cobijo estos días en una choza de un huerto y le había llevado comida, pero la mujer del primo lo descubrió y dio parte. —Colocó las palmas de las manos hacia arriba, como un mago tras un truco exitoso—. Así que ya tenemos a nuestro fugitivo aquí, con nosotros, a buen recaudo.

Miré hacia el recinto donde, rodeado de guardias y algún paisano, un hombre taciturno, con los grilletes puestos y aspecto desaliñado, estaba sentado en una silla de enea. No parecía un asesino de manual; más bien, un desamparado a la puerta de una iglesia.

—¿Ha llamado a la comandancia para informar? —pregunté a Calleja conteniendo mis impresiones.

—Sí. Me han dicho que iban a mandar a los compañeros del núcleo de reserva para el traslado a Cuenca.

—De acuerdo.

Imaginaba que enviarían a Arturo y a Nicolás, a los que había visto allí antes de viajar a Fuentefría. El núcleo de reserva tenía una función de apoyo a las unidades operativas, compañías y puestos, y estaba formado por los propios guardias de la comandancia en rotación.

—Pero pase usted, que le presente al señor alcalde, que también ha llegado ahora mismo —me indicó amable hasta la náusea.

Había unas diez personas, contando conmigo, en esa sala de dimensiones reducidas. El ambiente estaba enrarecido en todos los sentidos. El abundante humo que exhalaban los cigarros de las autoridades civiles me hizo toser al entrar. No consigo acostumbrarme al olor del tabaco, y eso que está presente en todos los locales que frecuento.

Con solemnidad y pedantería extrema, el sargento me presentó al alcalde del pueblo, al alguacil y al juez de paz. Este último, un hombre enfurruñado que no transmitía la esencia de su cargo.

Los guardias de Albaladejo y los de Fuentefría me saludaron como tenemos costumbre en nuestro gremio.

—Este es Rodolfo Sánchez.

El sargento Calleja señaló al hombre sentado y engrilletado, quien me miró con expresión de súplica. Una barba grisácea de varios días le confería el aspecto de un terrier abandonado. Me dieron ganas de acariciarlo solo por ver la cara del sargento.

Por lo demás, no parecía haber recibido ningún correctivo físico. Su cara, si bien cansada y sucia, no tenía hematomas visibles, a no ser que estuvieran camuflados por la barba. Recordé la primera vez que había contemplado a un detenido. Yo solo llevaba unos días en mi destino inaugural, en el cuartel de Motilla. El hombre había robado un conejo y un saco de habas en la casa de un vecino, esos robos y otros similares tan comunes y bautizados como «hurtos famélicos» tras la guerra. Cuando llegué al cuartel, el reo ya había cumplido una pena suficiente sin pasar por un juzgado. Tenía sangre reseca en un pómulo y los ojos cerrados debido a la inflamación provocada por algún «accidente» tras su detención. Con los años no volví a ver ninguna muestra tan desmesurada de justicia paralela y, por supuesto, nunca bajo mi mando.

Para tener una información más contrastada me acerqué hasta el alcalde, un hombre orondo y barbudo, y le pregunté por el detenido. Sobre todo, por su carácter e historial de enfrentamientos.

—No es una persona que haya dado problemas —dijo el edil, acariciándose la negra barba como si fuera un indicativo de sabiduría salomónica—. Tampoco es muy sociable que digamos. Es de los que van a lo suyo, pero no se le conocen conflictos con nadie de aquí.

Era la impresión que me había dado cuando lo vi. Un humilde agricultor que solo vivía para el trabajo.

El sargento, que transpiraba actividad, reclamó la presencia del alcalde, que se despidió de mí con una leve inclinación y una mueca de disculpa.

En un rincón, al lado del archivador, estaba Manuela, la hermana del camionero asesinado. No la había visto al entrar. Bajó la cabeza cuando se sintió observada, igual que un avestruz tímido.

Desde mi posición eché un vistazo a la sala y me imaginé la escena como la clásica reunión en los libros de Agatha Christie, en el momento en que miss Marple o Poirot revelan la identidad del asesino.

Pero mi gozo en un pozo cuando tomó la palabra el sargento en su papel de payaso triste del circo, previo carraspeo de atención.

—Si les parece bien, vamos todos los presentes a la casa de la víctima para que el detenido pueda mostrarnos cómo actuó esa noche. Manuela tiene la llave, ¿verdad?

La aludida emitió un tímido sí por respuesta y sacó de su negro mandil el instrumento.

Calleja levantó la mano como un maestro en una excursión y pidió que lo siguiéramos. Obedecí de mala gana, porque me recordaba más bien a un charlatán de feria que nos llevaba a contemplar algún fraude.

29

Tal reconstrucción del crimen no era legalmente reconocible, ya que faltaban instructores, acusadores y defensores de la causa, pero no dije nada porque quería ver la reacción de Rodolfo Sánchez en esa situación y poner en práctica mis dotes psicológicas y detectivescas. O, más bien, tener alguna certeza de su inocencia.

Los guardias de Albaladejo, que habían sido sus custodios hasta entonces, levantaron al detenido sin contemplaciones y encabezaron la marcha con él.

Cuando Rodolfo empezó a andar, vi que cojeaba de manera ostensible. O su torcedura, que le había forzado a llevar garrota, no terminó de curarse, o los trayectos de huida y regreso la habían agravado.

Su espantada el día del crimen no le reportaba beneficios para defender una posible inocencia, pero podía ser entendible si el pastor lo había visto salir de la casa de Mateo Moya esa misma noche. Quizá se hubiera encontrado allí al Legionario ya muerto y el miedo hubiera hecho el resto. Era lo que yo, más que creer, esperaba realmente, teniendo en cuenta todo lo relacionado con los negocios ilegales del asesinado. Al margen de que mi mayor preocupación fuera hallar al niño secuestrado sano y salvo, mi deber también era resolver con garantías ese caso impertinente. No quería

que un inocente pagara la impaciencia del sargento por ofrecer un sacrificio humano.

Con todo el séquito en procesión llegamos a la vivienda del Legionario. Un cortejo fúnebre en toda regla, escoltando a un muerto en vida. El arrestado seguía con la cabeza gacha y el semblante triste. De vez en cuando subía las manos esposadas para frotarse los ojos, intentando despertar de esa interminable pesadilla.

La casa de Mateo Moya era de piedra tosca, una altura y pocas ventanas; solo vi dos en las caras presentes: la fachada y una lateral. Incluso antes de entrar era agobiante. Un enclave adecuado para un acto siniestro.

Manuela abrió la puerta de madera crujiente y dio paso al lugar del crimen. Era una cocina sencilla iluminada con una luz tétrica de panteón debido a una bombilla moribunda. La mujer, activa y eficiente, abrió las contraventanas de la estancia y la claridad del día acudió a la invitación.

Pudimos ver entonces un espacio de dimensiones reducidas, presidido por una chimenea que encerraba unas trébedes, un robusto atizador y un par de tarugos huérfanos.

A la derecha, una pequeña mesa desnuda y arrinconada representaba la soledad de su antiguo habitante, que contrastaba con la concurrencia presente en el acto.

La cocina parecía bastante limpia y ordenada, en contra de lo esperado. Me figuraba que Manuela habría realizado las faenas necesarias para dejar presentable la vivienda.

La mujer se acercó al sargento Calleja y le dijo algo en un tono de voz bajo. El suboficial asintió y tosió antes de comunicarnos la confidencia.

—Me comenta Manuela que, cuando ha abierto las contraventanas, ha notado que las ventanas tenían roto el pestillo, como si alguien las hubiera forzado por fuera para entrar. Y que la última vez que vino a la casa, hace unos días, no estaban así. Supongo que habrá sido alguien de la familia de Rodolfo para tratar de ocultar alguna prueba del asesinato. Pero ha perdido el tiempo, porque no creo que haya encontrado nada que no hubiéramos revisado la noche de autos —comentó Calleja con benemérito orgullo.

Seguidamente, se acercó al detenido esposado y lo cogió de un brazo, como si fuera el padrino que lleva a la novia al altar, aunque sin gestos de cariño ni empatía. Lo colocó en el centro de la sala para exhibirlo a modo de trofeo. El hombre se dejaba hacer con una sumisión que yo no veía compatible con la violencia iracunda que se le achacaba; más bien parecía resignado ante unos hechos que superaban su capacidad de defensa. Y aunque por mi trabajo sé que todas las personas podemos llegar a extremos inimaginables en determinadas situaciones límite, no pensaba que fuera el caso de ese hombre.

—A ver, Rodolfo, cuéntanos lo que pasó la noche en que murió Mateo Moya —comenzó su actuación el inquisidor principal, con los brazos separados, igual que un pistolero ante un duelo.

El detenido carraspeó un par de veces para aclararse la voz. No lo había oído hablar desde mi llegada.

—En el bar…

—Esa parte la conocemos de sobra. Me refiero a lo que pasó en esta cocina —interrumpió Calleja, que caminaba alrededor de su presa.

Rodolfo asintió obediente y retomó su relato con el salto en el tiempo requerido por el sargento.

—Cuando llegué, la puerta estaba medio abierta. Me asomé y vi al Mateo tumbado en el suelo, con la cabeza abierta y lleno de sangre. —Señaló un punto del suelo cerca de la entrada en el que, aunque se había limpiado, las baldosas tenían un tono un poco más oscuro que el resto—. Me asusté mucho y salí a escape de aquí. Entonces vi al Felipe, que volvería de encerrar a las ovejas, y pensé que, si se lo decía a ustedes, me iban a echar el cargo. Con las mismas, fui a mi casa, hice un hatillo y cogí el camino de Albaladejo. Tengo un primo casado allí.

La coartada podía ser verosímil, aunque la acusación no estuvo de acuerdo.

—Claro, pobrecillo, te asustaste mucho. Después de asesinar a Mateo a golpes, es normal. La sangre es muy escandalosa. Das mucha pena, más que el hombre al que mataste —dijo Calleja, erguido hasta casi separar sus vértebras.

—Yo solo quería hablar con él y que me diera razón de cuándo me iba a pagar el trigo que le había dado para que lo vendiera. ¿A santo de qué lo iba yo a matar, si así no voy a cobrar nunca mi dinero? —inquirió Rodolfo, resignado.

—¿Querías hablar con él igual que hiciste en el bar, que casi le abres la cabeza si no te sujetan? —El sargento seguía en su papel de fiscal implacable.

—No, señor. Ya me había calmado. Había estado cenando en casa y mi mujer me había dicho que fuera tranquilo a verlo, que así iba a conseguir más que por las malas. Cierto es que en el bar me alteré un poco, pero nunca le he arreado ni siquiera un guantazo a nadie.

Le puede preguntar al que quiera usted en el pueblo. —Se giró hacia el alcalde, quien permanecía impertérrito, cual estatua barbuda.

—Pues les he preguntado a los testigos y dicen que estabas como loco ese día. Igual eres de los que no rechistan y que cuando saltan lo hacen a lo grande.

—Le juro por mis hijos que yo no le hice nada. Cuando llegué ya estaba muerto. Usted no sabe qué impresión me dio. —Empezó a sollozar y a sorberse la nariz.

—Ahora lloras. Será de arrepentimiento, digo yo. Y a tus hijos déjalos en paz, que seguramente no los vas a volver a ver en tu vida.

Harto de escuchar el tono fiscal del sargento Calleja, me dirigí hacia la puerta donde estaba apoyada Manuela. Al verme llegar, la mujer se apartó y me adentré en la zona de descanso de la vivienda, que, a diferencia de la cocina, estaba bastante descuidada a pesar de que no parecía tener demasiados años. Al fondo del pasillo vi una puerta cerrada con un rudimentario cerrojo por fuera. La abrí por curiosidad y entré a una estancia en la que no había ventana. Presioné la perilla del interruptor que había al lado del marco y, ya con luz, pude ver un camastro, una mesita y una silla; un mobiliario muy simple. No parecía ser el dormitorio principal, sin duda. Lo que llamó mi atención fueron unos dibujos como sombras en la pared arenosa, probablemente realizados con un tizón de la chimenea que se veía al fondo. Los trazos eran idénticos a los que había visto en Cuenca hacía un par de días en la habitación de Nacho, el niño secuestrado.

Los globos.

30

Cabían dos posibilidades. La primera de ellas, contra natura, implicaba a un padre planeando el secuestro de su propio hijo para obtener un dinero que había perdido jugando a las cartas, contando con la colaboración de uno de sus socios en el negocio de la droga.

En la segunda opción que contemplé, el camionero asesinado habría secuestrado al niño para recuperar su parte de la venta de la marihuana, sin que el padre lo supiera.

Debido al carácter de Amadeo y a la animadversión que me producía incluso su nombre, opté de manera arbitraria por la primera de las alternativas.

Lo único seguro era que el crío seguía desaparecido en ambos supuestos y, probablemente, retenido por el asesino de Mateo Moya. Los globos pintados en la pared, que acababa de descubrir en aquella habitación, indicaban que el pequeño Nacho había estado allí y que, con toda probabilidad, se lo habían llevado justo después de matar al Legionario.

Enardecido por la revelación, volví a la cocina, donde estaban congregados todos los que participaban en la recreación del crimen, aunque ya parecía que aquella actuación iba a terminar con un discurso del alcalde.

Me acerqué al sargento Calleja, que en ese momento estaba solo en una esquina, y lo cogí de su esmirriado brazo con más fuerza de la prevista, dado mi estado emocional, con la intención de llevarlo hacia la calle.

Hizo un gesto de resistencia, supongo que involuntario, y trató de retirar su extremidad de mi presión. Tuve que indicarle de manera explícita con un tirón bastante fuerte que era necesario que me acompañara.

Ya en la calle, y antes de que protestara, le conté de manera atropellada la parte más importante de la historia que él desconocía: la del secuestro del pequeño Nacho. También mencioné los dibujos de los globos en las paredes y sus implicaciones.

Me miraba todo el tiempo como si yo estuviera delirando, así que traté de calmar mi ansiedad por lo que había descubierto hacía unos minutos en la habitación de la casa de Mateo Moya y ordené mis ideas y mis palabras. Empecé de nuevo la explicación, igual que haría un maestro paciente, mi vocación fallida.

—Tras la muerte del Legionario se procedió a la detención de un consumero, quien recibía sobornos para dejar que pasaran a la ciudad ciertas mercancías ilegales, como las que transportaba el camionero asesinado, sin pagar tasas ni revisarlas. —Vi que mi interlocutor asentía, así que continué—. Poco después, la policía de Cuenca detuvo a un traficante de droga madrileño que estaba depositando marihuana en una furgoneta desde una caseta del Poblado de Absorción. Al interrogarlo, declaró que les compraba la droga a los «legionarios» de Fuentefría para distribuirla en Madrid. Hoy he averiguado, hablando con el padre de Mateo Moya, que llaman legionarios en el pueblo, aparte de a su hijo, a un tal Marcial,

que tiene una finca agrícola en las afueras, y a un tal Amadeo, quien se marchó de aquí hace años para casarse en Cuenca.

Paré un momento de hablar para calibrar la atención de Calleja. Teniendo en cuenta sus posibilidades, que yo no juzgaba con mucho optimismo, ya que siempre mantenía la vista fija en otro punto alejado de la mía, parecía estar pendiente de mis palabras asintiendo de vez en cuando, y, además, mantenía su agresiva boca cerrada, lo cual ayudaba a que yo avanzara en mi discurso.

—Resulta que ese tal Amadeo —seguí con el resumen—, aparte de ser el jefe de la obra donde se almacenaba la droga, es el padre de un niño de tres años que fue secuestrado la semana pasada en su domicilio de Cuenca. Este sujeto había perdido mucho dinero, creo que el proveniente del pago por la marihuana, en una partida clandestina de póquer y para pagar la deuda usó el dinero del rescate de su hijo, que le había prestado su suegro. Hace un momento he descubierto que el Legionario hasta su muerte tuvo secuestrado al hijo de Amadeo, ya que he visto unos globos dibujados en una pared de esta casa, idénticos a los que había hecho el propio crío en su habitación de Cuenca. —Inspiré, para luego espirar con mi última frase donde confluían todos los actos de la tragedia—. Por lo tanto, no me cabe duda de que quien matara a Mateo Moya se llevó también al pequeño y que ahora lo tiene retenido.

Contemplé al sargento en busca de alguna señal de que hubiera asimilado mi relato. La esperanza es lo último que se pierde; en mi caso también fue la virginidad.

—Entonces usted piensa que el asesino y el secuestrador son la misma persona —dijo, después de contemplar la casa del camionero

asesinado durante unos segundos.

—Eso es —confirmé, al borde de la emoción, con la creencia de que mi interlocutor por fin había contemplado mi luz.

—Pero el asesino es Rodolfo —afirmó Calleja con los ojos muy abiertos mirando al vacío—. Si no, ¿por qué huyó después de que lo vieran salir de la casa de Mateo? Además, todo lo que ese hombre está contando no tiene sentido. Solo quiere ocultar que está perdido y desesperado. —Las expresiones e inflexiones del rostro y la voz de Calleja indicaban que se iba cargando de razón según hablaba—. Dice que vio al muerto y se escapó a Albaladejo para evitar su detención, pero lo hizo porque es culpable. Si no lo fuera, nos habría buscado él mismo esa noche y contado su versión de los hechos. Huyendo ya no dejó duda. Y hay un testigo muy fiable que lo condena.

Mi gozo momentáneo cayó en un pozo profundo de conformismo y falta de ética laboral.

—Entonces ¿cómo se entiende lo de las pintadas de globos en la pared y lo de la trama de la marihuana, en la que estaban implicadas tres personas de este pueblo, incluido el muerto? —pregunté con impaciencia.

—No lo sé, mi brigada, pero creo que, con el debido respeto, el asesinato del Legionario no tiene que ver con todo eso que me ha contado del secuestro y la droga.

—¿Me está diciendo que todo es una gran casualidad y que el niño de tres años al que tenía secuestrado Mateo ha escapado y ahora está intentando llegar a Cuenca por sí mismo? —Resoplé con fuerza argumentativa—. Mire, lo que yo creo es que todos estos hechos están relacionados, sin duda, y que aquí hay mucho dinero en juego,

nunca mejor dicho. Una gran deuda sí que es una causa muy probable de asesinato. Más que una discusión aislada en un bar.

En realidad, yo sabía que una deuda era también la posible motivación de Rodolfo Sánchez para asesinar al Legionario, y que gran parte de los crímenes no son planificados, sino accidentales o provocados por arrebatos iracundos. Con todo ello (dando más relevancia al orgullo que a la certeza), iba a apostar por mi teoría de entramados convergentes, paralelos y tangentes para matar al pájaro común de un tiro.

Inspiré profundamente otra vez (ese día estuve a punto de acabar con las reservas de oxígeno de la comarca), con el propósito de relajarme y acometer la misión que me había propuesto, aunque para ello tuviera que contar con la asistencia de un lastre en todos los sentidos menos en el físico. Una prueba máxima de paciencia.

Algo más calmado, requerí la única información que pretendía de aquel estorbo.

—¿Sabe dónde está la finca de La Buitrera?

No me contestó enseguida, como si intuyera un ataque.

—Sí, claro, está en el camino de La Mueda, pasados los tres pinos, al lado del río de la Vega. Bastante lejos para ir a pie.

—Vamos a ir en mi coche, no andando. —Me miró como si él no tuviera nada que ver con la cuestión, tal que una locura mía—. A detener a Marcial, el sujeto que cultiva la marihuana en esta trama que a usted le parece tan lejana y secundaria y quien seguramente tiene al niño retenido —informé con un tono creo que desagradable, de hartazgo, hacia ese señorito con un uniforme que le venía demasiado grande en todos los sentidos.

Con la boca abierta fue procesando toda la información y mi enfado, hasta que estimó que había hallado una salida del laberinto del mandato.

—¿Y Rodolfo?

—Ya hay mucha gente custodiándolo aquí. Y además tienen que venir mis compañeros de la brigadilla para trasladarlo a Cuenca. Entretanto, puede estar en juego la vida de un chiquillo. Creo que es un asunto demasiado urgente, ¿o es que no piensa usted lo mismo? —le pregunté desafiante, acercándome a él hasta invadir su fino espacio vital.

Sus ojos reflejaron alarma por la tarea, no creo que por mi amenaza física de magnitudes similares, pero la mecánica de su cabeza ejecutó una tímida afirmación.

Reconfortado con esa victoria parcial, con una carga adicional de humillación, aunque preocupado por lo que pudiera acontecer en la finca, nos dirigimos hacia mi utilitario. Un caballero motorizado y su escudero andante por los campos manchegos.

Nada podía salir mal.

31

Una vez en mi coche, abrí la guantera y cogí mi nueva pistola 9 milímetros Super Star, la cual me habían asignado un mes antes en la comandancia. Con ella y el fusil del sargento íbamos protegidos, aunque dudaba de que mi acompañante hubiera disparado más allá de los ejercicios de tiro reglamentarios.

En el trayecto, que no duró más de diez minutos por una senda ascendente, pregunté a Calleja por el cultivador de la droga, Marcial, y por su familia, pues entendía que también colaboraban en el asunto. Me comentó que no los conocía mucho, pero que había oído que el sospechoso y su padre eran reservados y huraños, que casi siempre permanecían en la finca sin bajar al pueblo. Rumores, además, de que eran furtivos y de su escasa relación con los vecinos de Fuentefría, quienes, por otro lado, preferían no tener problemas con ellos. El sargento ignoraba la situación de la madre de Marcial y en cuanto a los hermanos tenía entendido que estaban viviendo en Madrid.

Así que no sabíamos a lo que nos enfrentábamos en realidad, pero era posible que padre e hijo estuvieran armados y con pocas ganas de recibir visitas.

Lo que cada vez cobraba más sentido en mi cabeza era que Marcial había asesinado a Mateo Moya y se había llevado al niño

para presionar a su otro socio, Amadeo, con el fin de que le pagara su parte correspondiente del dinero de la marihuana. No creía que hubiera muchas más posibilidades y esta me cuadraba casi a la perfección.

Los dos casos estaban ligados de manera irremediable, el dibujo infantil de los globos en la casa del Legionario me lo había dejado claro.

Cuando pasamos al lado de tres pinos solitarios, tomamos a nuestra izquierda un camino más estrecho y pedregoso que el principal. Enseguida, al final de una recta, vi una casa blanca de una planta y tejado a dos aguas, que el sargento me señaló como nuestro destino. El tipo había permanecido en completo silencio la última parte del viaje, imagino que por la certidumbre de que el peligro acechaba en la naturaleza. Era como una gacela que acude a la guarida de los depredadores, aunque yo no me sintiera superior a un antílope lisiado en ese contexto.

—Voy a aparcar aquí mismo e iremos hasta la casa andando —avisé a mi acongojado acompañante mientras arrimaba el coche a un costado.

Comprobé que la pistola seguía en el bolsillo de mi gabardina, donde la había guardado al entrar al vehículo. Calleja me miró con cara de espanto y agarró su fusil como si fuera un salvavidas. En realidad lo era.

Casi todo lo que se podía contemplar alrededor de la vivienda era campo sin cultivar, parte en barbecho y otras zonas con rastrojos, si bien al fondo, antes de una depresión, sobresalía una zona de plantas altas y maduras, quizá un maizal. Algún árbol disperso

completaba el áspero paisaje. Un lugar con poco atractivo para vivir y para morir.

Aparcado en un lateral de la casa había un Seat Mil Cuatrocientos de color negro, que, por la matrícula, parecía estrenado hacía poco tiempo, una extraña concesión a la modernidad. Habría esperado, más bien, una DKW o un vehículo similar en aquel entorno.

No se distinguía el río que me había indicado anteriormente el sargento. Debía de ser un arroyo y estar ubicado cerca del maíz, por aquello del regadío. Nada de lo que se contemplaba hasta el horizonte daba la impresión de humedad. Al pensar esto me entró una sed acuciante y lamenté no haber bebido ningún líquido desde que había salido de Cuenca.

Con precaución, vigilando nuestra retaguardia, llegamos a la construcción en la que había un portón de madera que estaba entornado. Lo empujé despacio e hice un gesto al sargento para que me siguiera. Dentro, vimos una especie de cuadra con paja y serrín en un suelo irregular, gracias a varios ventanales que dejaban pasar la claridad del día. Todo tipo de utensilios agrícolas y herramientas adornaban las paredes y alguna mesa de madera dispersa. Un lugar de paso y almacenaje antes del espacio habitable, supuse.

En una esquina había unos veinte sacos de cemento Portland apilados en forma de pirámide. Me acerqué y cogí el más elevado, que pesaba menos de lo que aparentaba, puesto que daba la impresión de estar lleno.

Lo abrí con una pequeña hoz que descolgué de la pared y su contenido confirmó mis sospechas en todos los sentidos: los cogollos del interior desprendían un aroma parecido al del remolque del camión de Mateo Moya cuando lo revisamos la primera vez que

estuve en Fuentefría, y su aspecto era el mismo que el mostrado por el inspector Parra en una fotografía de la droga incautada el día anterior.

Arrimé el saco a la nariz de sombrilla del sargento, que añadió más disgusto a su gesto original.

—¿Lo cree usted ahora? —le espeté reafirmado—. La droga existe, así que espero que acepte el resto de la historia que le he contado antes.

Especulé con que el maizal que había visto en el campo antes de entrar a la cuadra era una especie de telón para ocultar la plantación de marihuana, por la altura de sus plantas; un perfecto camuflaje a prueba de curiosos.

Oímos un chirrido provocado por una pequeña ventana que se abrió enfrente de donde nos encontrábamos, en la parte que conectaba con la vivienda. Encima de la base del marco apareció el doble cañón de una escopeta paralela que tronó al dispararse.

Los perdigones se alojaron en la pared, al lado del portón de entrada, a unos tres metros a la izquierda de nuestra posición. Dada la distancia, parecía un disparo de advertencia más que uno errado, pero sirvió para que mi compañero y yo huyéramos hacia la salida como dos balas.

En el exterior de la casa, después de respirar hondo a fin de paliar un leve temblor que recorría mi cuerpo, saqué la pistola y me aproximé al hueco de la entrada, para ver si el faccioso seguía en la ventana o había salido a la cuadra.

Con las manos sobre la cabeza, el sargento se tumbó en el suelo detrás de mí. El fusil permanecía enlazado a su espalda, como asustado.

Sigilosamente, me asomé a la puerta entreabierta y vi los cañones de la escopeta, que aún asomaban amenazantes por la ventana interior.

—¡Guardia Civil! ¡Tire el arma!

Disparé las palabras mágicas habituales y, ante la falta de rendición, di uso también a mi pistola con un balazo a la ventana enemiga.

La respuesta fue inmediata y lacerante. Sentí un pinchazo a la vez que un calor intenso en el hombro izquierdo y salté hacia atrás para protegerme de más descargas.

—¡Creo que me ha alcanzado un perdigón en el hombro! —me quejé al sargento, que estaba intentando traspasar la tierra con la cabeza.

O no me oyó, o ignoró mi dolor; el caso es que ni siquiera se dignó mirarme.

Como estimé que no tenía ayuda en la zona de guerra, me levanté protegido por la pared y le dije a Calleja que nos retirábamos con el objetivo de incorporar refuerzos.

Tuve que usar el brazo sano para alzar al bulto uniformado y tembloroso del suelo, ya que parecía ser él quien había recibido el disparo.

Renqueantes, conseguimos llegar al coche, mirando cada cierto tiempo a nuestra retaguardia por si alguien salía a rematarnos. Habríamos sido un blanco bastante fácil por la escasa velocidad de la huida, aunque complicado colocados de perfil.

32

A pesar de que iba bastante dolorido por el perdigonazo y con un maniquí benemérito a mi lado que ni parecía respirar, volví a conducir yo para huir de la finca hacia el pueblo.

Pálido y mudo, Calleja solo acertó a señalarme con un dedo la dirección que debíamos tomar en un cruce de caminos. Me estaba resultando de gran ayuda su presencia.

Durante el trayecto, a falta de charla, recordé la vez que me habían herido, años atrás, con un balazo en el glúteo mientras perseguíamos a unos maquis en la zona de Santa Cruz de Moya, en la Serranía Baja conquense. Era el comienzo del verano y yo estaba recién ingresado en el cuerpo. Nos movilizaron a unos quinientos guardias de Cuenca, Teruel y Valencia para acabar con el último reducto de la Agrupación Guerrillera de Levante. El campamento estaba en un monte llamado Cerro Moreno, protegido por árboles y arbustos. Rodeamos la zona y mi grupo se encontró de frente con unos maquis que huían por la ladera. Empezaron a disparar y abatieron a dos de mis compañeros. Tuvimos que replegarnos y en ese momento fue cuando me alcanzaron por la retaguardia, nunca mejor dicho. Por suerte para mi integridad, aunque no para mi recato, el proyectil entró y salió de la zona de asiento sin dañar demasiados tejidos y ningún órgano. El dolor fue más intenso en

aquella ocasión y vino seguido de un desmayo como mecanismo de defensa. Fue la única vez, hasta ese día, que había tenido que usar mi arma reglamentaria en acto de servicio. Y en las dos había salido lastimado, igual que si fuera disfrazado de diana.

Paradójicamente, el viaje de regreso al pueblo se me hizo más corto que el anterior a la finca de La Buitrera. Aparte de la evocación pistolera, fui recordando y tratando de ordenar todos los acontecimientos del día y sus repercusiones. Sentía que estábamos estrechando el cerco en torno a las soluciones, pero que aún quedaban varias incógnitas por resolver: por ejemplo, la desaparición de Amadeo, aunque su vinculación con los delitos investigados cada vez la tenía más clara. También estaba preocupado por la herida, si bien sabía que no era grave y no tenía la sensación de que el perdigón hubiera encontrado acomodo en mi hombro. Aun así, estimé que sería recomendable una cura (en femenino; no estaba moribundo) para evitar infecciones.

Debido a la ausencia de un doctor en el pueblo, fuimos a ver al practicante, un hombre de edad madura que tenía ciertos conocimientos de medicina y que al menos no se desmayaría al ver la sangre.

De nombre Álvaro, había prestado servicios como enfermero improvisado en la Guerra Civil, y desde su vuelta al pueblo complementaba su oficio de agricultor aplicando las inyecciones prescritas a sus vecinos y las curas menores que precisaran. Cuando había alguna enfermedad grave en la localidad se llamaba al médico de La Parrilla, el cual acudía con su Lambretta a toda velocidad. Yo no tenía tiempo para dicho trámite en aquel momento, así que me

conformé con el representante más dotado para los tratamientos sanitarios.

Mientras me refería todo esto, el practicante desgarró con brusquedad mi camisa por la zona donde estaba la herida, como si pedirme que me la quitara hubiera sido un desacato. Lo miré con las cejas formando un signo de interrogación, pero siguió con la curación y la charla sin tener en cuenta el dispendio textil.

Aproveché una pausa para dar otro trago al agua fresca de un botijo salvador. No solo había llegado magullado, sino también sediento después de la aventura en aquella especie de desierto con nombre de finca abandonada.

Afortunadamente, el perdigón no había penetrado en la piel y mi hombro solo presentaba una pequeña herida, la cual me había producido un dolor y una quemazón en una escala descompensada. Se trataba, como en tantas ocasiones, de una sensación que la mente aumenta como una lupa sensorial. Y yo soy bastante aprensivo. Si tuviera un libro de medicina a mi alcance ya estaría ingresado en un manicomio. Trato de evitar esas lecturas, igual que el tabaco, por el bien de mi salud.

Una vez que el dolor hubo remitido gracias a la cura del practicante y después de tomar un Okal, me dispuse a terminar mi cometido laboral con verdaderos refuerzos en lo numérico y lo animoso. El sargento Calleja había resultado una molestia más que una ayuda, si bien es cierto que yo lo tendría que haber previsto antes de pedirle que me acompañara a una guerra disfrazado de rendición.

Renqueante, adapté como pude la camisa rasgada a mi cuerpo y sobre la gabardina coloqué el pañuelo que, a modo de cabestrillo,

había improvisado mi improvisado salvador.

En aquel momento me sentía como Blas de Lezo, con algún desperfecto físico menos que ese almirante, pero con la misma determinación de defender lo que creía justo.

33

Vi un Land Rover de mi empresa aparcado delante del puesto; eso significaba que mis compañeros del núcleo de reserva de la comandancia, posiblemente Nicolás y Arturo, ya habían llegado para trasladar a Rodolfo Sánchez a Cuenca, aunque antes tendrían que cumplir una peligrosa e inesperada misión que yo les iba a encomendar.

En la sala de interrogatorios había varios guardias de pie rodeando al sospechoso, quien permanecía con la cabeza gacha, sentado y esposado. No quedaba rastro de los civiles que habían estado en casa de Mateo Moya para la reconstrucción del crimen. Era preferible que nadie ajeno al cuerpo, igual que un virus, estuviera al tanto de mis propósitos, ya que no sabía si Marcial y su padre contaban con algún familiar o amigo en el pueblo que los pudiera ayudar, a pesar de que el sargento Calleja me había contado que eran personas prácticamente asociales.

—¿Qué le ha pasado, mi brigada? —me preguntó Arturo, a quien conocía desde hacía años, al ver que yo llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo.

—Ahora os cuento.

Congregué en el despacho del comandante de puesto a mis compañeros recién llegados y a los guardias de Fuentefría y

Albaladejo. Al cuidado del detenido quedó el avergonzante sargento Calleja en la sala de interrogatorios. Dado su «arrojo» en la reciente aventura, no quise que estuviera en la reunión. Preferí que custodiase a su botín favorito.

Para no perder mucho tiempo, hice un resumen de todos los acontecimientos relacionados con el asesinato de Mateo Moya, el secuestro de Nacho, el asunto de la droga y el tiroteo que acababa de tener lugar en la finca de La Buitrera.

Observé una mayor atención y aceptación por parte de la nueva audiencia que las mostradas por el sargento en todo nuestro periplo común.

—Nos tenemos que centrar en la detención de Marcial y posiblemente de su padre, pero, ante todo, en tratar de recuperar sano y salvo al niño secuestrado —concreté, y miré uno a uno a los congregados, por si había atisbo de duda.

Todos asintieron sin rastro de ella.

—Somos ocho —proseguí después de hacer un recuento—. Iremos en mi coche y en el Land Rover a la finca de La Buitrera. El sargento Calleja se quedará aquí para vigilar al detenido. Cuando lleguemos al lugar rodearemos la casa y buscaremos alguna entrada más. Nosotros hemos utilizado la que hay al frente del camino, que da a una cuadra donde estaba almacenada la marihuana. Nos han disparado desde una ventana interior, así que hay que intentar distraerlos y entrar por otro sitio, en la medida de lo posible, para sorprenderlos y que no le puedan hacer daño al niño si se ven acorralados. Es importante ser rápidos y estar coordinados, porque cualquier error puede ser fatal.

Al no haber preguntas ni dudas aparentes después de mis instrucciones, concluí la reunión y todo el mundo se puso en marcha con prestancia.

Antes de salir, llamé a la comandancia para explicar la situación y solicitarles que mandaran más efectivos a Fuentefría, si tenían alguno libre. Me pasaron con el capitán Muñoz, quien me contó que, según su sobrina, Amadeo no había vuelto a casa desde su marcha al trabajo la mañana del día anterior. Mi superior había hablado con el comisario de la policía, para que se pusiera en contacto con el juez y que se emitiera una orden de búsqueda. No se podía mantener el secreto sobre el secuestro y sus implicados durante más tiempo. Se necesitaba la colaboración de todas las fuerzas del orden. Era la mejor opción posible, pese a que el padre del niño, un tipejo que seguramente había entregado a su propio hijo al Legionario para cobrar un dinero redentor y que no dudaría en poner tierra de por medio sin importarle el estado del crío, como el cobarde que era, podría estar por aquel entonces en Sebastopol debido al tiempo transcurrido desde su huida. Una sabandija con flequillo y aires de ministro.

Pero de buscarlo ya se encargarían los policías. Nosotros teníamos un cometido más importante.

En la calle estaban aparcados los dos coches, el mío y el de la comandancia, uno enfrente del otro. Al ser pares, la cuenta estaba clara. Yo iría con los tres guardias de Fuentefría disponibles, pero esa vez como copiloto.

—Yo prefiero no conducir, porque el hombro lo tengo bastante dolorido y no podría hacer las maniobras adecuadamente. Al venir de la finca lo he pasado realmente mal —me justifiqué—. ¿Quién de

ustedes tiene carnet de conducir? —pregunté a los guardias de Fuentefría.

Dos de ellos levantaron la mano, solícitos. Señalé al que parecía de más edad; era el más fiable por su aspecto. Le pregunté su nombre.

—Lucas de Francisco, mi brigada. —Un apellido noble, en consonancia con su generoso cuerpo, como los buenos vinos.

—Pues muy bien, Lucas, usted será nuestro conductor en este viaje —acredité mientras sacaba las llaves del Seiscientos de mi bolsillo.

Cuando se las iba a entregar, miró para otro lado, como si estuviera molesto.

—¿Algún problema? —inquirí.

Se frotó la nuca repetidas veces; estaba realmente azorado. Yo no entendía ese conato de insubordinación. Había dado por hecho que la elusión de tareas solo la practicaba el suboficial del puesto.

—Verá usted, con todo el respeto, no he vuelto a conducir casi desde que me saqué el carnet hace veinte años ya. Es que me dan mucho *acoro* los autos desde que pasó lo del accidente de La Catalana y murió un primo mío. Hoy es el aniversario, precisamente.

Sus palabras, sobre todo una, resonaron en mi cerebro como una llamada de atención.

—¿Cómo ha dicho?

—Que un primo mío se mató en el accidente del autocar de La Roda, al que llaman La Catalana —repitió apurado.

—Me refiero a lo que ha dicho antes de eso.

—Que me dan *acoro* los autos y por eso no conduzco.

—*Acoro*…

Saqué mi libreta y busqué la palabra. Ahí estaba, subrayada, como todas las que me llaman la atención por su rareza, sonoridad o complejidad. Esta era de las sonoras, como la campana de una iglesia o un cañonazo de advertencia.

Lo que recordaba de ella y sus circunstancias cuando la apunté en la libreta me hizo pensar en una posibilidad que alteraría la resolución de los dos asuntos que manejaba: el asesinato y el secuestro. Una cadena veloz de coincidencias y conclusiones invadió mi cerebro igual que un parásito, dando sentido a lo inverosímil. Sopesar la conclusión en la que desembocaba todo me produjo un escalofrío.

Pero debía acompañar a los demás en la cruzada campestre, por profesionalidad y compromiso jerárquico. Aunque, si el viaje no finalizaba con el resultado previsto, tendría que comprobar si era real lo que esa palabra había despertado en mi razonamiento, contrastar otra de mis corazonadas y que esta no acabara en infarto.

Cuando levanté la cabeza de mi libreta, todos los guardias me estaban mirando extrañados. Debía de estar como en trance.

—Tenemos que darnos prisa —dije, sin esperar réplica administrativa.

Descontando al hablador precoz, me dirigí al otro conductor más joven que se había ofrecido voluntario.

—Usted también tiene carnet, ha dicho antes. ¿Cómo se llama?

—José García, mi brigada.

La ausencia de preposición restaba nobleza al apellido respecto al de su compañero, pero no a su actitud.

—¿Puede conducir mi coche?

Infló el pecho para hablar con más fuerza y dejar clara su predisposición.

—Por supuesto.

—¿Y sabe dónde está la finca en cuestión? Creo que yo sabría llegar, pero mejor asegurar el tiro.

—Sí. Fui un par de veces por una denuncia de *furtiveo* hace unos meses y, de cuando en cuando, damos alguna vuelta por allí de patrulla, mi brigada.

—Perfecto. Pero hay que tener mucho cuidado cuando lleguemos. Como ya les he advertido, hay al menos un hombre armado con ganas de guerra. E, insisto, tenemos que centrarnos en rescatar al niño sin ponerlo en riesgo. Es lo más importante con diferencia. También cabe la posibilidad de que hayan huido en coche y no encontremos a nadie en la finca —añadí antes de que nos pusiéramos en marcha.

José García levantó la mano.

—Perdone, mi brigada, pero creo que esa familia no tiene coche. Marcial sí que tiene una Vespa, que es la que usa para venir al pueblo. Los padres ni se mueven de la finca o al menos eso se dice por aquí.

Me sorprendió la declaración del joven guardia. El Seat que había visto aparcado en la casa de la finca parecía nuevo, así que era probable que lo hubieran comprado recientemente gracias al dinero conseguido con el cultivo de la droga. Se lo comenté a los demás.

—Me extraña mucho, porque ni Marcial ni el padre tienen carnet, que yo sepa, y llevo en el pueblo casi nueve años —intervino Lucas de Francisco, el objetor de conducción y experto en licencias motoras.

—Pues allí había un Seat Mil Cuatrocientos, así que puede que hayan escapado —zanjé el tema.

Me giré hacia los guardias de Albaladejo.

—Ustedes vayan en el Land Rover con mis compañeros y sigan a mi coche. —Miré a Arturo, el conductor, quien asintió con energía.

Subí al asiento del copiloto de mi vehículo. García me miró antes de que nos pusiéramos en marcha. Hice un gesto con la mano, a modo de validación.

Al arrancar, el conductor dio un acelerón involuntario y el motor se caló. Después de otro intento, el vehículo se rehízo e inició el recorrido en cabeza. Mi corazón también se aceleró por la incertidumbre y la esperanza.

Y por el miedo, para qué negarlo.

34

Fuimos callados casi todo el camino hacia la finca; no tuve que dar siquiera indicaciones de la ruta por seguir, porque el conductor conocía esos parajes mucho mejor que yo. Supongo que el silencio de mis compañeros guardias era consecuencia de que no estaban demasiado acostumbrados a una misión en la que pudieran ser heridos por un disparo o en la que la muerte tuviera una considerable probabilidad de aparecer. Yo sí tenía algo de experiencia en esas situaciones, pero mis nervios aumentaron a medida que se iba acortando la distancia hasta nuestro objetivo. Las punzadas del hombro me recordaban el peligro en cada bote del coche por la senda irregular.

Me quité el pañuelo que hacía las funciones de cabestrillo, para así poder utilizar, aunque con limitaciones, los dos brazos, más sabiendo que uno de ellos iba a estar ocupado sosteniendo el arma.

Cuando enfilamos la recta hacia la finca, vi el Mil Cuatrocientos aún estacionado en el mismo sitio. Pensé que, si los guerrilleros habían huido de allí, tendría que haber sido en la moto o a pie, pero me dio la impresión de que seguían parapetados dentro de la vivienda, como en un castillo medieval ante el ataque enemigo.

Esa vez aparcamos en un costado de la casa, donde no había ventanas desde las que nos pudieran disparar. Al bajar de los

coches, indiqué a los guardias de Albaladejo y a Nicolás que dieran la vuelta a la edificación para buscar otra entrada distinta a la principal y, de esa manera, tratar de sorprender a Marcial y a su padre por la retaguardia.

Los demás intentaríamos entrar por la puerta que daba a la cuadra, donde nos habían atacado al sargento y a mí, y donde se encontraba almacenada la droga. Malos recuerdos que tendría que revivir.

Conmigo al frente, nos acercamos en fila india hasta el acceso al infierno. Tras un movimiento expeditivo, Arturo y García se colocaron en el lado opuesto de la puerta. Me asomé con precaución al interior y no vi la escopeta en la ventana, que estaba cerrada, pero deduje que los habitantes se habrían percatado de nuestra llegada y que estarían vigilando desde alguna parte; al margen de que, si no eran ingenuos, habrían supuesto que íbamos a volver con refuerzos después de la primera incursión fallida.

O bien estaban agazapados dentro, esperando nuestro ataque para repelerlo, o, en el mejor de los casos, se iban a rendir ante la evidencia de su inferioridad. Todo ello suponiendo que no hubieran huido antes.

Desde la responsabilidad que me confería el cargo, comuniqué a todos los compañeros, en voz baja y por señas, la primera fase de mi improvisado plan. Consistía en que Arturo, de quien sabía que había intervenido en varias detenciones arriesgadas, se acercaría al borde de la ventana interior, con el fin de cerciorarse de que nadie estaba esperando dentro para dispararnos a traición.

Así lo hizo, agachado y pegado a la pared, pero con una agilidad envidiable. Es indecente que la genética dote a algunas personas

con aptitudes que a otros nos parecen sobrehumanas, como correr cien metros sin flato.

Después de que el intrépido Arturo nos hiciera un gesto con el pulgar hacia arriba, pasamos a la siguiente parte de mi idea: el avance del resto del grupo. Lo ejecutamos con mucha menos destreza.

Ya reunidos frente a la puerta de entrada a la vivienda, todos se giraron hacia mí a la vez, esperando que les comunicara el próximo paso. En verdad yo estaba improvisando sobre la marcha, pero por mi rango debía mostrar seguridad ante la tropa, así que, para ganar tiempo, señalé la puerta como un vendedor orgulloso ante su mercancía y miré fijamente a cada uno de mis acompañantes. Sentí la misma presión e inquietud por no cumplir con las expectativas que cuando diez años atrás comuniqué a mis padres que abandonaba Magisterio para rendir culto al cuerpo, y no en su acepción más saludable.

La incomodidad estuvo a punto de ganar la partida cuando oímos voces dentro de la casa que pronunciaban «altos» y «abajos» con una entonación firme y militar. Aliviado, entendí que la avanzadilla se había hecho con el fuerte y ordené con seguridad y gallardía a mis subordinados que destrozaran, si fuera necesario, la madera que nos separaba del cumplimiento del deber.

Lucas de Francisco utilizó su opulento volumen para empujar la puerta de madera, la cual cedió sin más protestas que un tímido crujido. Habría bastado con llamar, pero así quedaba más justificado el movimiento de pinza sobre el enemigo que yo había ideado cual Napoleón, con el que además compartía la posición de mi brazo en flexión.

Dentro, en una especie de recibidor, estaban tumbados en el suelo boca abajo dos hombres, y a horcajadas encima de ellos, como dos jinetes experimentados, Nicolás y uno de los guardias de Albaladejo les colocaban las esposas; la de carne y hueso, la madre de Marcial, estaba sentada en una silla, con la cabeza agachada y sollozando.

Mis compañeros dieron la vuelta a los detenidos y los alzaron hasta que quedaron sentados en el suelo. El más joven, Marcial, era un tipo huesudo y moreno, con el pelo rizado y una expresión de rabia indeleble en el rostro. Su padre era también delgado, pero completamente calvo y con una cara mucho más anodina que la de su hijo. Sus ojos negros parecían vacíos, igual que los de las dos escopetas paralelas que había colocado Arturo en una mesa, después de arrebatárselas a sus dueños. Contemplé las armas con rencor, como si tuvieran vida propia. Con una de ellas me habían disparado al hombro.

Mandé a los guardias de Fuentefría que registraran el resto de la casa, en busca del pequeño Nacho. Entretanto, me dirigí a Marcial, el cual me miraba desafiante con la rebeldía de quien pretende luchar a muerte contra la vida. Presentía que iba a ser un hueso duro de roer.

—¿Dónde está el niño que habéis secuestrado, Marcial?

Me contempló durante unos instantes con su cara de asco, hasta que bajó la cabeza y empezó a reír sin ganas.

—¿Qué niño ni qué muerto?

Aunque era una frase (mal) hecha, me sobresalté por la relación que expresaba. Le iba a replicar con la dureza que merecía cuando el conductor García entró apresurado en el zaguán. Era uno de los dos guardias a los que había enviado a inspeccionar la vivienda.

—Mi brigada, tiene que venir a ver esto —expresó con aire de premura.

Lo miré esperanzado y asustado a la vez.

—¿Habéis encontrado al niño?

—No, señor, al niño no.

35

Seguí al joven guardia a través de una cocina de grandes dimensiones, por la que accedimos a una habitación semidesnuda donde había un hombre atado a una silla y amordazado. Tenía restos de sangre por toda la cara y en la blanca camisa.

Después de haberlo buscado el día anterior, no encontré a Amadeo en su mejor momento, precisamente. Él sí parecía que había estado en una guerra: de prisionero torturado. A pesar de su aspecto, no despertó en mí ni un ápice de lástima.

Me acerqué y le desaté el pañuelo que servía como mordaza. Inspiró una larga bocanada de aire y me pidió agua con una voz tenue y temblorosa. Le solicité a García que fuera a la cocina a por la bebida y a por un cuchillo para cortar la cuerda que amarraba al gañán al respaldo de la silla.

Antes de que García volviera del recado, entró en la habitación Guijarro, el guardia con pinta de seminarista neófito al que había conocido en mi visita anterior a Fuentefría.

—No hay rastro del niño, mi brigada —me comunicó con voz aguda.

Cuando oyó esas palabras, Amadeo levantó la cabeza y balbuceó que no estaba allí.

—¿Tu hijo? —le pregunté.

Afirmó con la cabeza y volvió a pedir agua. En ese momento entró García con el líquido solicitado. También llevaba un cuchillo de dimensiones respetables. No supe si había entendido mis intenciones de uso.

Puse el vaso en la boca de Amadeo, que bebió con tanta ansia que casi se atragantó. Habría sido justicia poética.

—Si no está aquí, ¿dónde está tu hijo? —inquirí, aunque no dejaba de barruntar otra teoría sobre su paradero: la que me había inoculado la palabra *acoro*, pronunciada por el veterano De Francisco antes de salir hacia la finca.

El prisionero respiró con alivio antes de empezar a hablar. No debía de haber bebido líquido desde su llegada.

—No lo sé. Yo creía que lo tenían aquí y por eso vine ayer, pero estos canallas casi me matan.

—¿Y te han contado algo sobre Nacho o si lo tienen retenido en otra parte?

Negó repetida y lentamente con la cabeza antes de contestarme.

—Dicen que ellos no saben nada.

Cada vez tenía un ritmo de respiración y un tono de voz menos sofocados.

—¿Y por qué pensabas que podía estar aquí?

—Porque creía que estaba en casa de Mateo. Ayer por la mañana fui allí, pero me enteré de que había muerto hacía varios días. Entonces pensé que Marcial lo había matado y se había traído al crío a esta finca. —Movió hacia atrás el cuello para desentumecerlo.

—Por el dinero de la marihuana que le debías, claro está, y porque habías usado a tu hijo para conseguirlo, pero no la cantidad

suficiente para saldar todos los pagos; solamente el del Gitano —le dije con desprecio.

Me miró un tanto sorprendido y bajó la cabeza sin contestar, una afirmación tácita.

—Joder. No hay nada más rastrero que secuestrar a tu propio hijo para pagar una deuda de juego y a tus compinches delincuentes. —Hice una pausa; las palabras me subían a la boca como un ardor de estómago—. Eres la escoria más grande que he visto en mi vida, y mira que llevo años viendo alimañas de todo pelaje. Si le pasa algo al niño, no va a haber un infierno lo bastante cruel para que sufras.

Empezó a sollozar como alguien que se estrenaba en esos menesteres, sin convicción ni sentimiento suficiente para despertar una mínima piedad.

No iba a perder más tiempo con él, salvo una última demanda material necesaria.

—Supongo que el coche aparcado fuera es tuyo.

Asintió. Ya no sollozaba. La función había terminado en fracaso.

—¿Dónde están las llaves?

Hizo un gesto con la barbilla hacia abajo.

—En el bolsillo del pantalón, si no se han caído.

Hurgué sin miramientos en la prenda hasta que encontré el premio. En ese momento, era lo único que podía obtener de ese despojo.

Entregué al dispuesto García el cuchillo, para que lo usara como creyera conveniente, y le pedí que siguiera interrogando a Amadeo, a ver si tenía más éxito, aunque en realidad creía que este no conocía el paradero de su hijo y que había acudido a la finca para buscarlo. Ni siquiera como padre arrepentido (no le concedía el

beneficio de la duda), sino para mantener la extorsión a su suegro y quitarle todo el dinero posible. Era necesario apresurarse, por lo tanto. El niño seguía en peligro, en el mejor de los casos.

Caminé hasta el recibidor, donde continuaba retenida la familia feliz.

—¿Han dicho algo del niño? —pregunté a Arturo.

—Nada. Ni una palabra. Este pájaro —señaló a Marcial— es muy gallito. Me ha escupido y todo.

—No te preocupes mucho, que va a tener toda la vida para aprender modales en la cárcel. ¿Verdad que sí, pollito sin cresta? —inquirí al joven detenido, que solo me obsequió con una mirada llena de odio.

Miré a la madre de Marcial, que estaba sentada en una silla, con la cabeza gacha y las manos juntas en ademán de oración. Sinceramente, la compadecí. En ese matadero me parecía más una víctima que un verdugo. Otra rehén.

Ya no podía perder más tiempo allí. Parecía claro que el niño no estaba en la casa, así que le di a Arturo las llaves del coche de Amadeo y le pedí que comprobara si arrancaba. Era hora de volver a la civilización.

También solicité al pipiolo Guijarro que diera una vuelta alrededor de la finca, por si acaso había algún rastro del paradero de Nacho.

No tenía esperanza de cosechar nada productivo en aquel desierto.

36

Me acerqué a la puerta que daba al campo y vi en la esquina las señales de los perdigonazos que no habían llegado a impactar en mi hombro. Estaba recordando con algún escalofrío la escena del tiroteo cuando volvió Arturo a buen paso y negando repetidamente con la cabeza.

—El coche no arranca, mi brigada —me informó con su voz arrolladora—. Yo creo que no tiene ni una gota de gasolina. Se la habrán sacado estos artistas para que el rehén no huyera.

Hice un gesto de fastidio.

—¡Vaya faena! Somos muchos para dos coches, y, para colmo, hay cuatro detenidos, contando con la madre del gallito. —Reflexioné durante unos instantes—. Voy a necesitar que me lleves al pueblo cuanto antes, Arturo. Alguien debe quedarse en el puesto para guiar hasta aquí a los compañeros de refuerzo cuando lleguen, y, además, tengo que comprobar algo que me da vueltas en la cabeza desde antes de salir hacia aquí. El niño sigue siendo la prioridad y hay que rastrear cualquier pista, por descabellada que parezca.

—Lo que usted ordene. Yo lo llevo en un santiamén, aunque sea a la China.

Volví al interior de la casa con la intención de comunicar mi propósito a De Francisco y darle instrucciones para que trataran de

sonsacar información a los detenidos, al menos hasta que yo volviera con los refuerzos y con un tercer coche con el que transportar a todos los guardias y a las basuras humanas que había en ese lugar.

Ordenado el frente, salí a campo abierto y monté en el Land Rover oficial, un vehículo más rápido y adaptado a los caminos que el mío, donde el amable chófer me esperaba dispuesto a llevarme a la civilización.

Mientras que Arturo iba contándome su última aventura en un pueblo de la sierra, donde habían detenido a dos familias al completo, con abuelos, padres, hijos y adyacentes, por un problema de herencias y querencias, yo tenía la mitad lógica de mi cerebro ocupada con la teoría que había empezado a barruntar antes de partir hacia la finca. Esa hipótesis me iba pareciendo cada vez más factible, aunque no era la más probable. Y estaba dispuesto a explorarla hasta el fondo, un fondo que ni siquiera había contemplado hasta unas horas antes, pero que estaba oculto en mi subconsciente, esperando el resorte adecuado que lo activara. En aquel caso, el resorte había sido una simple palabra extraña que había desencadenado todo un torrente de coincidencias y evidencias.

Pasado un rato Arturo se calló, tal vez porque notaba que yo no estaba pendiente de sus anécdotas laborales. Para que no se sintiera desairado, inicié una charla insustancial.

—Espero que no tarden mucho nuestros compañeros. Me han dicho en la comandancia que llegarían en cuanto pudieran. Lo mismo ya están en el puesto.

—Supongo que no tardarán —replicó enseguida—. Cuando hemos salido de Cuenca Nicolás y yo, los del núcleo de reserva restantes no estaban allí. Se pondrán en marcha en cuanto los localicen. Y de Cuenca hasta aquí no se tarda ni una hora, sin venir *escopetao*.

No parecía haber reproche en su tono por mi falta de atención anterior.

—Apréndete bien el camino por si no han llegado aún —le aconsejé.

—No se preocupe, que ya me lo sé de memoria. No tengo su cabeza, pero sí una buena orientación.

—¿Mi cabeza de tamaño?

Soltó una carcajada franca, como su carácter.

—No, mi brigada. Me refiero a lo listo que es usted, que no se le escapa una.

—Se me escapan más cosas de las que quisiera, Arturo. Ahora, por lo pronto, tengo que ir a comprobar algo en lo que no había caído hasta hace un rato y que, si estoy en lo cierto, puede ser la clave de todo este asunto.

—Ojalá tenga usted razón. Yo confío en que sí

Dejamos atrás los primeros corrales y casas del pueblo. Las de las afueras tenían el mismo color que la tierra y parecían descuidadas, aunque luego asomaban otras encaladas a la vez que lustrosas según avanzábamos hacia el centro, como si hubiera extrarradio en el pueblo, al modo de las ciudades.

—¿Quiere que le acompañe? —me preguntó Arturo, mientras reducía la marcha.

—Gracias, pero no hace falta. A donde voy no hay armas ni nadie peligroso.

—Como usted quiera.

Al lado del puesto de Fuentefría no se apreciaba ningún vehículo, por lo que dedujimos que los guardias de Cuenca no habían llegado aún.

—Yo me quedo aquí —le dije cuando detuvo el Land Rover—. Tú vete para la finca, a ver si puedes encontrar alguna pista que se nos haya escapado antes. Sobre todo, habla con la madre de Marcial, que será la más vulnerable ante el secuestro de un niño. Aunque no sé yo si esa familia venía con un corazón de nacimiento.

—Lo que mande. Yo les insistiré hasta que canten La Traviata. Le esperamos allí.

Antes de apearme, recordé algo que podría resultar importante llegado el momento.

—Un último favor. Necesito tus esposas, que las mías me las he dejado en Cuenca —le solicité.

Me las entregó sin preguntar el motivo. Yo tampoco se lo dije, igual que no había revelado mi idea sobre la resolución de los delitos, por la cual había vuelto al pueblo en aquel momento.

Bajé del coche y ni siquiera me acerqué al puesto, sino que puse rumbo al lugar donde esperaba encontrar las verdaderas respuestas, acompañado, únicamente, por la incertidumbre y la esperanza: una escolta poco operativa.

Puede que hubiera egoísmo por mi parte al intentar resolver el asunto así y apuntarme en solitario el mérito gracias a la deducción espontánea, disfrazada en mi mente como una acción preventiva, pero me había hecho guardia civil para vivir situaciones novelescas, tan alejadas de mi anodina vida anterior.

Una auténtica vida de ficción.

37

A buen paso, llegué a la casa cuando ya estaba anocheciendo. El visillo de la ventana situada junto a la puerta de la entrada se cerró de golpe y así desapareció la tenue luz que se apreciaba en el interior.

Al ir a llamar, comprobé que la puerta estaba entornada y la empujé despacio hasta dejarla medio abierta. Antes de entrar al salón, palpé el arma en el bolsillo de la gabardina con mi brazo operativo, a modo de prevención.

Sin presentación previa, un fuerte olor a algún producto como lejía o amoniaco me recibió en la estancia. El mareo fue inmediato y caí de rodillas al suelo encharcado. Pude reaccionar a tiempo tapándome la nariz con el brazo y avancé a gatas, como un revivido, hasta una luz que se veía al fondo. Sentía que me iba a desmayar de un momento a otro.

En la cocina, el lugar de donde provenía la luz salvadora, empecé a toser de manera violenta, hasta que me incorporé con dificultad, aún aturdido, y sumergí la cabeza en un lebrillo de barro lleno de agua que había encima de una mesa. No soy creyente, pero en ese momento me pareció una ayuda divina.

Después abrí la ventana del recinto para despejarme, pero no funcionó al principio; aún tenía el olor metido en las fosas nasales.

Respirar se había vuelto un trabajo forzado.

Luchaba todo el tiempo por no perder el conocimiento, ya que no sabía qué podía ocurrir si lo hacía. La sensación era tan desagradable que me invadió todo el cuerpo, aunque en la cabeza y en el estómago tenía sus principales centros de operación. Nunca me había sentido tan cerca del final simplemente por haber aspirado durante unos segundos aquel olor nocivo. Una manera absurda de morir, después de haber resultado herido en un tiroteo unas horas antes.

De vez en cuando, como si formara parte de la tortura, se oía la atronadora voz de Mario Moya preguntando quién andaba por ahí. Estuve por responderle que un alma en pena. Era tal y como me sentía ese día.

Al final, me tuve que arrodillar en el suelo porque estaba bastante mareado y con náuseas acrecentadas por las toses. Tras un par de arcadas, solo vomité una bilis ácida; no había comido nada desde el almuerzo en Cuenca antes de partir de viaje. Eso alivió un poco las molestas sensaciones, tal que si al hacerlo hubiera practicado un exorcismo.

Hice un esfuerzo por levantarme apoyándome en la mesa y, cuando lo conseguí al segundo intento, vi de frente una puerta con la parte superior de cristal en el que se traslucía el patio exterior de la vivienda. La abrí igual que si fuera el acceso al paraíso y salí para llenar los pulmones de aire puro.

Fue como un bálsamo sentir el viento casi helado sobre el rostro, y eso que en mi viaje anterior me había quejado del frío que hacía en ese pueblo. De manera gradual, las toses desaparecieron y la

niebla de mi mente dejó paso a una tímida lucidez. En ese momento cobró todo el sentido la expresión «respirar el aire puro del campo».

Enfrente, con la escasa luz que me proporcionaban la vivienda y la luna, pude entrever el corral que me había resultado sospechoso en la primera visita allí: el que se contemplaba desde la ventana de la habitación del paralítico. En aquella ocasión pensé que podría ser un lugar que el Legionario asesinado habría utilizado como almacén de algún tipo de mercancía ilegal. El padre lo había desmentido y yo había dejado aislado mi recelo sin más.

Preveía que el interior no iba a estar iluminado, como casi nada ni nadie en ese lúgubre pueblo, así que volví a la cocina para coger un candil que había visto encima de un anaquel. Comprobé que tenía aceite suficiente y lo prendí con una cerilla de la caja que estaba a su lado.

Cuando entré al corral, vi una especie de pajar con un espacio separado por una malla de alambre donde unas pocas gallinas estaban distraídas con sus cacareos. Tenían como vecinos a dos conejos encerrados en jaulas pequeñas.

En la parte libre de celdas animales había un lecho de paja con una manta arrugada y una soga atada a un tornillo grueso incrustado en la pared. Si bien no se apreciaban globos dibujados en ella, entendí que ese era el lugar donde había estado retenido el pequeño Nacho hasta hacía unos minutos.

Me lamenté por no haber inspeccionado el corral días atrás. No habría encontrado ninguna mercancía, pero sí un final feliz. Quizá por apatía, o porque la conversación con el minusválido y su hija derivó por otros derroteros, no perseguí esa corazonada, algo muy

raro en mí. Tampoco había hecho caso a la rutina que aconseja investigar a quien descubre el cadáver.

Solo imaginar el suplicio que habría pasado el pobre niño en los dos lugares de su cautiverio me hizo desear una venganza muy dolorosa, y eso que no lo conocía en persona. Tal vez era una manera de expandir la rabia que sentía por mi falta de celo profesional. Una negligencia imperdonable. Si algo creo que me caracteriza es que me obsesiono con los detalles que me llaman la atención en una investigación y solo los descarto cuando estoy seguro de que no son trascendentes.

Salvo en esa ocasión.

Esperaba que aún no fuera demasiado tarde para enmendar mis errores.

38

Volví a la casa por la cocina con la intención de averiguar dónde podría estar Nacho. Esa vez cogí un trapo, lo humedecí en el lebrillo y lo apreté contra mi nariz para no respirar la mezcla que me había aturdido en el salón. Crucé deprisa por si aquello aún podía causar un efecto dañino y accedí al pasillo.

Al margen de la que albergaba al padre paralítico, había otras dos habitaciones a ambos lados del corredor. En la de la izquierda solo vi una máquina de coser, una silla y un baúl con telas y ovillos de lana. En la otra debía de dormir Manuela, la hermana del Legionario. Estaba bastante más amueblada que la primera. Busqué en el interior del armario y debajo de la cama, pero no encontré al niño ni rastro de que hubiera estado allí. Lo único que tenía relación con la infancia era una muñeca pepona, engalanada con un vestido rojo de ganchillo y colocada encima de una silla. En general, todo estaba recogido y ordenado, sin señal alguna que indicara una fuga precipitada.

Estaba convencido de que Manuela no podía haber huido muy lejos. No disponía de medios motorizados ni la veía capaz de recorrer a pie largas distancias cargada con el pequeño Nacho. Pero yo tampoco podía contar con mi coche en ese momento y mi capacidad física, ya de por sí limitada, se había visto reducida

primero por la herida y luego por el producto que me había ocasionado una asfixia y un gran mareo nada más entrar a la casa. Por todo ello, me sentía físicamente inferior a cualquiera, salvo a la persona que ocupaba el último espacio de la vivienda y que no paraba de llamar a su hija y preguntar si había alguien en la casa, con esa voz que podría resonar hasta en un infierno transmutado en corral.

Abrí la cortina y lo vi en la cama, con la cabeza levantada, esperando una respuesta. Cuando se percató de mi presencia se quedó con la boca abierta, pero callado, algo inusual en un hombre al que costaba quitarle la palabra.

Tomé la iniciativa.

—¿Sabe dónde ha podido ir su hija?

Mario Moya me miró con un gesto de extrañeza. No debía de esperar una pregunta, sino una explicación.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —Recuperó su voz atronadora—. No he hablado con ella desde hace horas. Solo he oído ruidos, y sobre todo a usted cuando tosía tanto. ¿Qué ha pasado? ¿Se encuentra bien? Tiene mala cara, como si hubiera visto una aparición.

Prefería ser el interrogador, así que ignoré sus dudas y me centré en lo que me interesaba.

—¿En estos últimos días no ha oído a un niño pequeño hablar, gritar o llorar?

Se quedó pensativo unos segundos. No creo que entendiera a qué venía esa cuestión, pero por su carácter yo estaba seguro de que alguna respuesta iba a dar. No me defraudó.

—Solo al crío de la Pascasia llorando alguna vez y llamando a su madre.

—¿La Pascasia?

—Sí. Es la hija del Pascasio y la Ester, mis vecinos, que ya murieron hace varios años. Después de eso, la hija se fue a Madrid a servir, pero me contó mi chica que había vuelto al pueblo hace poco ella sola con un crío. ¡A saber de quién será! ¡Menuda ha sido siempre esa muchacha!

—¿Dónde vive esa mujer?

—En la casa que linda con mi patio. —Señaló hacia la ventana, aunque desde su cama no podía ver apenas el exterior—. Habrá traído muebles nuevos, porque he oído que cuando ella se fue a Madrid sus tíos arramblaron con todo lo que había allí dentro. Y se ve que tiene al crío en el cuarto que da a la fachada del patio, porque cuando mi chica me abre la ventana para ventilar a veces lo oigo. La madre, ni caso.

Ya sabía el lugar por el que empezar a buscar, y no porque creyera que allí era donde Manuela había tenido encerrado al niño. Más bien, todos los indicios (la cuerda, el lecho de paja, un plato vacío en el suelo) parecían apuntar al corral como la prisión improvisada, pero la casa vecina, si era verdad que estaba deshabitada, podría ser un sitio adecuado donde esconderse sin sospechas.

Un destino al que yo podría llegar sin más esfuerzos agotadores, al menos en teoría.

39

Salí otra vez al patio por la cocina, con el candil en mi mano más operativa. A la izquierda observé una fachada agrietada con una ventana doble. Tenía que ser la casa de los vecinos fallecidos. Esperaba haber acertado con mi recelo acerca de la vuelta al pueblo de la hija de estos. Si no era así y realmente estaba viviendo allí con su bebé, iba a suponer una situación muy incómoda, a pesar de que lo único que me importaba en aquel momento era la integridad de Nacho. Cada minuto que pasaba retenido por una desesperada Manuela corría peligro su vida.

Me acerqué a la ventana, que estaba cerrada, y me asomé. Dentro no se distinguía nada, porque estaba oscuro. Solo podía ver el reflejo de la luz del candil en el cristal.

Empujé el marco de madera y la ventana se abrió con facilidad, al contrario que mi intento de entrar a la casa por el hueco, y eso que no estaba a mucha altura, con el estorbo del candil y lastimado por mi herida. Casi me caigo de cabeza cuando iba a consumar el allanamiento, puesto que el pantalón se me quedó enganchado en algún clavo saliente.

Logré evitar el desequilibrio y la tragedia en el último momento agarrándome al dintel, si bien la prenda no corrió la misma suerte. Se había rasgado por la parte trasera del muslo, con unos quince

centímetros de trayectoria, aunque no parecía haber ninguna costura vital afectada. La única sensación reseñable fue un frescor por la retaguardia que mi escaso vello corporal no pudo contener, una adversidad más que añadir a las anteriores, como las capas de una cebolla podrida.

Había accedido a la vivienda por una sala vacía, sin mueble alguno ni bombilla y con las paredes desconchadas por el tiempo y la humedad, según fui apreciando con el candil como guía. El suelo estaba sucio, con polvo acumulado de varios años y cadáveres de insectos a medio enterrar.

Salí a un pasillo corto donde vi tres puertas cerradas. Abrí la primera y me encontré con una habitación en la que sí había un mueble, por llamarlo de alguna forma. Era la estructura metálica y oxidada de una cama, sin colchón o sábana que la vistiera. Un esqueleto en aquel cementerio.

Parecía claro que allí no habitaba nadie desde hacía mucho tiempo, por lo que, seguramente, los gritos y llantos infantiles que el paralítico había oído provenían de su corral y pertenecían al niño secuestrado. Manuela le había contado a su padre la historia sobre el regreso de la Pascasia con un bebé para justificar los lloros y quejas de Nacho.

De nuevo en el pasillo, oí una especie de gruñido, como el de un pequeño animal. Con la seguridad de que el sonido provenía de la puerta del fondo, fui decidido hasta allí, tapándome la nariz con el brazo para evitar efluvios malignos.

Al abrir la puerta y enfocar una pared de la sala con el candil, comprobé que había dos sombras sentadas en el suelo, como si fueran animales asustados. Aunque uno de ellos era un depredador.

40

Manuela tenía amarrado a Nacho por el cuello con un brazo. Con la mano del otro tapaba la boca del niño. Recordé la fotografía que me había dado su madre, donde el pequeño aparecía sonriente, y el contraste con ese momento era desolador.

La luz del candil había provocado que la mujer cerrase los ojos al principio, pero enseguida los abrió y miró fijamente hacia mi posición. No me pareció una mirada asustada, sino perdida, sin emoción.

Al contrario que ella, yo sí me asusté, porque ciñó el brazo al cuello del niño hasta el punto de que su cabecita se inclinó hacia atrás por la presión. Tenía la sensación de que lo podría dislocar con un tirón.

Mi objetivo era hacer todo lo que fuera posible para que soltara a Nacho sin hacerle daño, así que opté por la persuasión en vez de la imposición. Se trataba de evitar una tragedia en el último momento, dada la fragilidad del niño y la fuerza desesperada que intuía en aquella mujer.

Me agaché en cuclillas para quedar a la altura de ella. Enfoqué mi propia cara con el candil para que viera que yo estaba relajado y que no suponía una amenaza, a la vez que vigilaba sus movimientos.

Antes de comenzar a hablar, medité mis palabras, con el objetivo de que resultaran adecuadas y contenidas. No me podía permitir ni una mínima alteración negativa en aquel quebradizo ecosistema.

—Sé que no quieres hacer daño a Nacho, Manuela, así que vamos a acabar esto de la mejor manera. Tú lo sueltas y yo me marcho con él, sin más, y te dejo tranquila, ¿de acuerdo? —le ofrecí con la voz más calmada y suave que pude.

No contestó. Tampoco cambió su posición ni disminuyó la presión sobre el cuerpo del pequeño.

El pobre niño emitía hipidos de llanto, ahogados por la mano que presionaba su boca y que yo esperaba que no subiera hasta la nariz.

—Tengo claro que tu hermano Mateo era una mala persona y que os hizo la vida imposible, sobre todo a ti. Pero tú no eres así. Tú cuidas a la gente, no la lastimas.

Esa vez los músculos de su cara se tensaron al apretar la mandíbula.

—Aquella noche no fuiste a su casa a llevarle pisto, sino porque él te había pedido ayuda con el niño. Seguro que no sabía qué hacer cuando el pobre crío no paraba de llorar. Se asustó y llamó a la única persona que podía ayudarlo sin pedir nada a cambio, a la mujer que lo había cuidado tan bien cuando era pequeño y medio huérfano, a quien había ejercido realmente como una madre toda su vida.

Quería apelar a su humanidad, si es que no la había perdido, y, aunque no tuviera hijos, a ese instinto maternal que impide hacer daño a un niño.

No reaccionó, solo respiraba ruidosamente por la nariz, con la mirada fija en la puerta de la habitación a mi espalda. Me incorporé,

ya que agachado me dolía todo lo que antes no me había dolido. Un mal día.

Seguí con mi monólogo.

—Y mira que tuviste que luchar para sacar adelante a tu hermano, porque era rebelde y pendenciero, y siempre creaba problemas. Tú trabajando como una mula y él despreciándote siempre; para colmo, vuestro padre se queda paralítico y, de la noche a la mañana, tienes que cuidar a dos impedidos: uno físico y otro sentimental. Dos desagradecidos que nunca te han valorado y que se han aprovechado de ti hasta que no has podido más. —Estaba procurando hablar lentamente, sin variar la modulación—. Luego, Mateo también os quitó las tierras, que eran el único sustento que teníais tu padre y tú. Os dejó tirados como ropa vieja, sin pensar en nadie más que en sí mismo, el muy egoísta. —Resoplé como muestra de empatía—. Yo no sé qué habría hecho en tu lugar, pero te garantizo que el culpable habría tenido su merecido y la exigencia de que me devolviera lo que me pertenecía por derecho, aunque fuera mi propio hermano.

Silencio. También el niño, que me miraba con sus ojos de agua, dejó de emitir sollozos. Seguía asustado, pero al menos mi presencia parecía darle esperanza, o eso quise pensar, si bien no creo que entendiera nada de lo que le había pasado los últimos días. Primero, su padre lo había dejado en manos de un hombre al que no conocía y que lo encerró en una habitación de un pueblo perdido, y luego fue a parar a un corral sucio donde lo habían atado como un animal, custodiado por la mujer que ahora le apretaba el cuello y la boca. Esperaba que todo el sufrimiento y la maldad que le habían infligido

esos canallas se le borraran de la memoria con el tiempo, como si hubiera sido solo una pesadilla.

—¿Qué pasó esa noche, Manuela?

La mujer no respondió, pero esa vez sí hubo una leve reacción. Una lágrima le recorrió la mejilla hasta detenerse ya seca al borde de la mandíbula. Con la luz del candil se podía ver el rastro húmedo que había atravesado sus irregulares manchas. Una metáfora de la vida. Yo esperaba que en el rastro que dejara la suya no hubiera más tragedias.

Intenté aprovechar ese brote de humanidad que suponía la lágrima.

—Llegaste a la casa y Mateo te exigió que cuidaras del niño a cambio de nada. De malas formas, como siempre. Y tú lo habrías hecho de corazón, pero ya estabas harta de abusos y le plantaste cara.

Oí el ruido de un coche que pasaba cerca de la casa. Esperaba que fueran los refuerzos de Cuenca, aunque no podían suponer dónde me encontraba yo. Solo ante el peligro.

—¿Qué hizo tu hermano cuando te negaste? ¿Te insultó? ¿Te pegó? —pregunté a la mujer mientras me acercaba unos centímetros a su posición, muy despacio.

Me miró fijamente, pero no percibí recriminación o amenaza por mi cercanía, sino más bien abatimiento.

—Te pegó, porque él creía que tú existías para servirle en todo y para obedecerlo sin rechistar. Pero estabas muy cansada de aguantar golpes y gritos sin motivo. Nunca oíste una sola palabra de cariño o reconocimiento, solo insultos. Entonces, para defenderte, porque te quería matar, cogiste lo primero que tenías a mano —dije,

suponiendo que había sido el atizador de la chimenea que vi en la casa de su hermano— y así conseguiste que no te pegara más. Cualquiera habría hecho lo mismo. Fue un accidente. Tú no querías que pasara, ni mucho menos.

Carraspeé después de mi discurso. Todavía notaba picor en mi garganta, aunque ya no me costaba respirar como minutos antes.

—Después te llevaste al niño para cuidarlo, porque tú sabes lo que supone estar solo y abandonado. Y también sabes cómo cuidar a las personas. Es lo que has hecho toda tu vida con los demás. —Señalé a Nacho—. Tuvo suerte de que fueras tú y no algún desalmado.

No quise mencionarle lo de la nota de rescate que había recogido Claudia, la madre del pequeño, en el buzón de su domicilio, uno de los miércoles que Manuela solía viajar a Cuenca a la mercería, elaborada con recortes de *El Mensajero de san Antonio*. En mi primera visita a Fuentefría, cuando vi a la mujer que en ese momento tenía delante guardar con extraña urgencia las revistas en un lugar inadecuado, ya me había sorprendido la acción. Por fin tenía sentido aquella duda.

Pero iba a seguir intentando apelar a su lado compasivo, sin atribuirle todos los delitos que había cometido. Entre otros contra mí, con el líquido vertido a la entrada de su casa para dejarme sin sentido o matarme.

—Lo has cuidado como si fuera tu propio hijo y, gracias a ti, ahora sigue vivo. Con tu hermano no habría durado mucho tiempo, me temo. Habría muerto de hambre, frío u otra causa. —Por fin, la mujer aflojó un poco la presión sobre el cuello del niño y su cabecita recuperó una postura normal—. Pero tienes que entender que la

familia de Nacho está muy preocupada. Solo quieren ver al niño para saber que está bien.

Cuando las lágrimas hicieron una aparición más fluida en los ojos de Manuela, estiré con cuidado una mano hacia su posición con la intención de que me entregara al pequeño.

Obediente o agotada, retiró el brazo del cuello de Nacho y la mano de la boca. Aproveché para acercarme y coger del bracito al niño, que me miraba con extrañeza y parecía no fiarse de otro desconocido que lo podría arrastrar hacia un nuevo cautiverio, un infierno más de los varios que había transitado en poco tiempo, tan injusto como el mundo.

Con cuidado, sin movimientos bruscos, lo atraje hacia mí y lo llevé hasta el otro extremo de la sala. Me agaché a su altura y le pedí que esperara allí. Él se limitó a usar la pared trasera a modo de refugio.

Se sorbió varias veces con la nariz, como si quisiera comprobar que ninguna mano se lo impedía.

Cuando entendí que iba a quedarse en ese sitio, me volví hacia la mujer, que seguía sentada en la misma posición, aunque con la cabeza gacha.

—Por favor, Manuela, levántate y date la vuelta.

Lo hizo con un movimiento mecánico, igual que un militar ante la orden del superior.

No sentí rencor ni rabia cuando la esposé sin petición de manos previa; solo dolor en mi hombro herido y un cansancio más allá de lo físico. Esas sensaciones se habían agravado con la aventura final.

En realidad, estaba deteniendo a una asesina, secuestradora de niños y homicida en grado de tentativa de un agente de la ley, nada

menos. Pero yo tenía la impresión de estar terminando de quebrar una vida astillada, de encadenar a una mujer que ya vivía atada.

La puerta que daba a la calle se encontraba en esa misma estancia. Llamé al niño, que vaciló antes de empezar a andar hacia donde estábamos Manuela y yo.

Los tres salimos a la calle con la misma comunicación y apego que una familia mal avenida.

Una de las mejores sensaciones que he tenido en mi vida fue cuando reuní al pequeño Nacho con su madre, Claudia. El capitán Muñoz insistió en que fuera yo quien hiciera de maestro de ceremonias.

Sentí como si estuviera devolviendo la armonía al universo. De eso se trata.

Un gesto que da sentido a toda una vida.

En cuanto al padre…

Irónicamente le habíamos salvado la vida.

De lo que no se iba a librar era de una buena temporada en la cárcel y del repudio absoluto de todos sus allegados y familiares, dada su participación en el secuestro de su propio hijo, al margen de la condena añadida por tráfico de drogas. Un futuro negro para un alma del mismo color.

Así acabó una de las semanas más desconcertantes que recuerdo, en la que el orden natural había dejado paso a una oscuridad intolerable.

Al dolor de un niño causado por quien tenía el deber de protegerlo.

No sé si fui mejor persona después de esa aventura, pero sí aprendí que, aunque las sombras avasallen todo a su paso, una pequeña luz puede guiarnos a la esperanza.

Epílogo

Hacía muchos días que no veía a Paz. Demasiados. Las llamadas habían paliado, solo en parte, esa ausencia física, pero una voz desamparada no podía completar el conjunto de sensaciones que me producía su figura, su tacto, su olor. Enfrentar el deseo con la presencia, harto como estaba de los terribles incidentes de la última semana.

Después de resolver los trámites administrativos del doble caso criminal, me encaminé a Villanueva, acelerado en todos los sentidos y a bordo de mi utilitario (un nombre de lo más acertado).

Convaleciente aún por el virus de la burocracia, había concretado la cita con mi novia por teléfono. Ella me esperaba, deslumbrante con su traje de faena de carnicera provisional, a la entrada del pueblo junto al pinar donde habíamos disfrutado de nuestro primer roce labial.

La abracé como si fuera un salvavidas; y en el plano sentimental, que yo antes había dado por ficticio, lo había sido.

—¿Qué tal estás? —me preguntó después de un beso que me pareció demasiado breve y funcional.

—Cansado en todos los sentidos, pero ahora contento.

—¿Y tu hombro?

—Mejor. Solo fue un rasguño. Apenas me duele ya.

Parecía una conversación con un familiar de segundo grado al que no hubiera visto hacía meses. Imaginé que nuestra penúltima llamada telefónica, donde no había resultado muy convincente acerca de mi instinto paternal, había tenido que ver con la tibieza de su ánimo.

—No lo sé, Andrés, un día te va a pasar algo más serio. Este trabajo tuyo es muy peligroso.

—No exageres. Fue algo puntual. Normalmente los tiroteos solo se dan en las películas de vaqueros.

La cogí de la mano y empezamos a caminar entre la flora local, con un movimiento casi reflejo.

—¿Y cómo está el niño? —preguntó Paz—. Hay que ser un canalla para hacerle algo así a tu propio hijo. —Sus últimas dos palabras resonaron en mi mente como el mazo de un juez al dictar una sentencia condenatoria o el sonido de una celda de aislamiento.

—Está bien. No sé si recordará todo lo que le ha pasado. Espero que no. Igual de lo que menos se acuerda es de lo que ha hecho su padre, porque quienes lo retuvieron fueron Manuela y su hermano.

Paz soltó mi mano y se encaró conmigo como si yo hubiera sido uno de los culpables.

—No tiene comparación. Un padre es un padre y tiene que cuidar a su hijo, en vez de secuestrarlo para ganar un miserable dinero. Eso no es humano. No tiene perdón de Dios.

—Tienes razón. Lo del padre es lo peor —dije, a la vez que trataba de volver a asir su mano algo desesperado; sentía que no había nada más triste que el desapego.

—Sí. Mucho peor. —Me concedió su mano sin ataduras, pues la notaba como un pez que se iba a escurrir en cuanto relajara mi

fuerza—. Al fin y al cabo, esa mujer lo cuidó aunque solo fuera para sacar dinero. A saber lo que le hubiera pasado al pobre niño si el hermano lo hubiera retenido más tiempo. Se habría muerto de hambre, seguro.

Expresó lo mismo que yo le había dicho a Manuela para que entregara a Nacho. Aunque en mi caso había sido una actuación.

—Pero recuerda que asesinó a su hermano y pidió un rescate a la familia. Por no hablar de que quiso intoxicarme con un líquido que apestaba a lejía —apunté mirando su suave perfil.

—Sí. Hizo todo eso, pero también me contaste lo que ella había sufrido toda la vida. Por llamarla de alguna forma, porque eso no es vivir. Siempre a merced de dos tiranos; a su servicio, sin descansar un momento. No hay alma que aguante esa tortura.

Decidí dar otro rumbo a la conversación porque la veía cada vez más alterada. Y si antes me había dolido su desidia, su creciente indignación estaba mutilando mi ánimo.

—Me dijiste que tu padre estaba recuperándose bien —comenté para cambiar de tema—. A ver si ya se cura del todo y puedes venir a Cuenca. Tenemos que ver el piso que te conté que alquilaban, aparte de la tienda de muebles donde quieres trabajar… —Dejé caer los planes como los últimos triunfos bajo la manga.

No contestó enseguida. De forma distraída, palpó el moño que estiraba su pelo y despejaba su frente,

—Pues no sé qué decirte, porque anoche se levantó de la silla y volvió a notar un chasquido en la espalda. Tuvo que venir don Pablo a verlo. Otra vez está casi inmóvil en la cama, así que no sé para cuánto tiene.

Esa información añadió más tiempo a mi condena. Mis palabras siguientes delataron, con un desentono agudo, mi creciente angustia.

—Bueno. Espero que se mejore. ¿Y no vas a venir a Cuenca hasta que esté del todo recuperado? ¿Aunque sea un domingo o una tarde? Yo vengo a por ti cuando me digas, salvo que esté de servicio. Y aun así, creo que podría escaparme.

Se paró en seco y volvió a soltarse de mi contacto.

—No está el asunto como para cerrar un domingo y perder un montón de dinero —dijo al tiempo que negaba con la cabeza—. Mi madre está deslomada de limpiar casas e ir al huerto a deshoras. Yo la ayudo en las faenas que puedo cuando no estoy en la carnicería, y no me queda casi un minuto libre.

Respiré hondo y contuve una contestación más sincera.

—No te preocupes. Entonces, cuando puedas.

Me contempló fijamente durante unos segundos, como si su mirada estuviera tatuada.

—Me tengo que ir ya, Andrés. He dejado la carnicería a cargo de mi prima, pero ella se tendrá que marchar a sus asuntos.

Ya me había avisado por teléfono de que no dispondríamos de mucho tiempo, pero en ningún momento imaginé que el encuentro sería tan breve. Tuve la pregunta en la punta de la lengua y me obligué a tragarla. Aunque su sabor era amargo, la respuesta que intuía podía ser mil veces peor.

Su beso de despedida rozó la comisura de mis labios, sin llegar a acariciar mis recuerdos, y se marchó sin mirar atrás, con el paso resuelto de quien ha cumplido con un deber necesario.

Me quedé inmóvil, envuelto en la nostalgia de los desterrados, contemplando su figura cada vez más pequeña en la distancia. Separarse de ella se estaba convirtiendo en un hábito.

Otra de esas malas costumbres que, según parece, los seres humanos no podemos evitar.

Cuando la ley no era igual para todos, encontrar al culpable podía ser un grave problema…



Cuenca, años sesenta. El día que aparece el cadáver de un vecino conocido como el Legionario, las miradas se dirigen hacia el tipo con quien tuvo una fuerte discusión la noche anterior y que ahora ha huido de la ciudad.

Se trata de un asunto sin complicaciones, según todo el mundo, pero el brigada Andrés Valencia tiene el mal hábito de cuestionar lo más evidente (un rasgo peligroso en una España inmersa en la dictadura). Por este motivo, lo que parecía un caso resuelto se va enredando poco a poco mientras el policía se esfuerza por desentrañar la verdad… Aunque esto signifique poner en duda el relato oficial.

Con una prosa directa y un profundo conocimiento de la época, Jorge Ortega nos presenta a un protagonista inolvidable al tiempo que nos ofrece un agudo retrato de la España franquista.

Jorge Ortega (Madrid, 1970) es licenciado en Derecho y Ciencias económicas por la Universidad Complutense de Madrid, pero en la actualidad es director del Colegio Santa Beatriz de Silva en Madrid. Apasionado de la literatura en general y del género negro en particular, ha publicado hasta el momento varias obras entre las que destacan *En mis manos levanto una tormenta* o *Mi horizonte es mi tumba*. Ahora se incorpora al catálogo de Grijalbo con *Las malas costumbres*.



Primera edición: noviembre de 2025

© 2025, Jorge Ortega
Autor representado por Silvia Bastos S.L. Agencia Literaria
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marina Martínez
Ilustración de portada: © Alberto Aragón

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7240-7

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros

Instagram: @grijalbo_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Las malas costumbres

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Jorge Ortega

Créditos